

FRANCISCO ESPINOLA

TOMO  
2

# DON JUAN, EL ZORRO



Uru  
863,6  
Esp  
don  
v.2

# • DON JUAN, EL ZORRO

FRANCISCO ESPINOLA

Tomo II

VIII. *La Mulita está sola en su casa. El Peludo, su tío, ha muerto. Don Juan, el Zorro, acusado de ser el autor de esa muerte y perseguido por la policía, ha tenido que refugiarse en el monte. Cuando la Mulita trata de ordenar sus pensamientos y hacer un balance de los vertiginosos sucesos ocurridos en los días anteriores, el menor de los Aperíá, un ser humilde y bueno, se apersona ante ella y la interrumpe en sus cavilaciones. Es que ha llegado para advertirle sobre los planes tramados por el Comisario Tigre y el Chajá (dependiente de la pulpería "La Blanqueada") quienes pretenden responsabilizarla también del trágico final del Peludo y así adueñarse de la herencia.*

*Antes de que el Aperíá pueda comunicarle todas sus aprehensiones, el Comisario rodea la casa con sus subordinados y ordena que se entreguen. Los dos indefensos, sin embargo, deciden resistir y no dan cumplimiento a la imperativa orden del Tigre.*

*Así es como da comienzo el largo sitio: en la casa, el Aperíá y la Mulita planifican los modos de subsistencia y las formas de huir; en el campamento sitiador, a cuyo frente queda encargado el viejo Sargento Primero Cimarrón, los soldados se disponen a esperar la rendición incondicional de los sitiados.*

*El primer intento de huida que llevan a cabo los dos jóvenes inocentes resulta frustrado por una circunstancia inesperada que protagoniza el Soldado Cuzco Overo. Mientras el Cimarrón toma conciencia de la gravedad de la situación y resuelve enviar al Asistente Macã, en una misión secreta, a la búsqueda de Don Juan, el Zorro y sus huéspedes con el fin de salvar a la Mulita, el Aperíá arriesga un nuevo intento -el último y desesperado- para escapar del sitio que, él ya lo sabe, le costará la vida.*

*El Sargento Segundo Cuervo, que ha regresado al campamento, se da cuenta rápidamente de todo lo que ocurre e impide que la Mulita huya, haciendo entonces inútil el sacrificio del Aperíá. También descubre la ausencia del Macã (y de la operación planificada por el Sargento Primero). Pero, en este caso, ya es tarde para intervenir. El Asistente, montado en su caballo, se dirige, a gran distancia del campamento, hacia el encuentro con Don Juan, el Zorro.*

**DON JUAN, EL ZORRO**

**TOMO II**

Uru  
863.6  
Esp  
don  
U.2

FRANCISCO ESPINOLA

# DON JUAN, EL ZORRO

TOMO II

Uru 863.6 ESP don  
Don Juan, el zorro /



\*FHCE/120635\*

26.12.85

120635

arca

A Lat.  
N.º 928 los 2 v.  
D.O.B.

Carátula: Ignacio González

© Copyright by Arca Editorial.  
Andes 1118, Tel. 90 03 18, Montevideo  
Impreso en Uruguay — Printed in Uruguay  
Queda hecho el depósito que marca la ley

## Capítulo VIII

### El sitio de la Mulita

Como quien, caminando muy campante, siente de pronto que se le pierden los pies, y cuando quiere acordar se encuentra hasta la cintura en un pozo; igual a aquel que, en un oscurecer, ya apreciando casi llegado el fin de su viaje, dierra un tropezón y se hallara con que por los cuatro costados arrímanselo y arrímanselo lianas sigilosas, ñeríos de zarzas, frías raíces aún con ese su tan entristecedor olor a tierra, y que tuvieran asimismo el poder de desplazarse llevando a sus árboles consigo... así salió la Mulita de la paz de su pesado sueño y abrió dilatadamente los ojos. De adelante, las cosas de la casa se le vinieron encima; por detrás, hicieron aparición en su memoria todas la terribles circunstancias de los días anteriores; en seguida, un bulto inmóvil, yacente, como estaqueado, se recortó al frente: el de su tío, el Peludo, a pie junto a otra figura, la de Don Juan, el Zorro, quien, sobre el tostado de gran alzada, destacábase en una planicie sin una mata de pasto, como de roca, la cual planicie de pronto se le desplomó a la Mulita, quién sabe hacia el fondo de qué abismos, por el lado de su tío, para dejar solo a Don Juan cada vez envolviéndose más en una vegetación, de imprevisto llegada, que acentuaba su maraña y entre la que surgían hacia arriba, enormes troncos de viraroes, molles, urundays y hasta de lapachos. Don Juan estaba inmóvil, perdidos los ojos como en un punto muy lejano; su caballo ni las orejas movía. Y esa rigidez era lo más angustioso para la Mulita porque daba a sugerir que ni bruto ni jinete

advertían la espantosa soledad que acrecía en torno; el imponente ensancharse del monte cada vez más poblado de miedos, a los que arreaban con sigilo tan aleve unos ruidos misteriosos, unas sombras impenetrables, unos aires fríos y muy húmedos, sobrecogedores por su sin pausa, lentísimo seguir.

— ¡Ay, lo van a matar! —sollozó, arrojándose de la cama la Mulita—. ¡Lo van a matar, y por culpa mía! ¡Y por culpa mía se murió mi tío, y yo no sé qué tengo ahora, que no hago más que daño, sin querer!

Calmada luego, tristemente fue lavándose la cara y se secó. Y al mirarse en el pequeño espejo, su imagen igual que si diera en el arroyo, emergió temblada y como con ganas de desquiciarse. Era que los ojos de la Mulita seguían manando, inagotables... Cuando entró a la cocina y en su silla de vaqueta ella, como con un tierno cuidado, se sentó, de inclinada que tenía la cabeza fue sobre sus faldas que rodaban las lágrimas amargas. Las que no le caían una sobre otra, parecían desvanecerse porque eran extendidas con rapidez y por la zaraza de la pollera en evidente afán de borrarlas y de que no fueran vistas ya más nunca. Pero pronto aquellas gotas se encimaron, y el lloro se hizo una mancha que no se extendió más porque el sol ya iniciaba por el piso su angosta franja cotidiana y, ante su muda presencia amiga, la Mulita se desensimismó, advirtió que estaba llorando, sacó su pañuelo, se enjugó los ojos.

Despacio, diríase que como con dulce cautela, la luz comenzó a dorar las patas de la silla gemela de la que, fogón por medio, ocupaba la Mulita, y cuyo asiento vacío afligentemente acentuaba aún más la soledad.

— ¡Qué cosa! —pensaba la Mulita— ¡Qué cosa tan grande!

El campo debía de sentirse muy solitario, porque ni el menor rumor llegaba de afuera. Y adentro, si el silencio se entreabría, era sólo para recibir un tembloroso suspiro, un entregado gemir de la Mulita, y volver a cerrarse allí como

la única puerta de un muro inexorable que, de tan alto, llegase al cielo.

Ratos hacía que sollozaba, ahora sacudida, las manos en la cara.

Había tratado de ocuparse en algo. Sacó del viejo arcón, junto con una lata de yerba, dos ya bien curados mates para reponer los que se habían llevado tan sin disimulo los fríos acompañantes del velorio; intentó, sobre todo, barrer, dejar como jaspe el suelo, donde muy cortitos puchos se diseminaban por todas partes. Se abstraía, pero por lo menos de restos de cigarros dejó limpios hasta los rincones. Era que le atraía, más que cosa alguna, la presencia de los visitantes de la noche anterior; le exponían a lo vivo la melosidad pegajosa y la codicia del Ñacurutú, la confianza desaprensiva e hiriente de la Lechuza y, del mayor de los Aperiá, la rapacidad impávida.

— ¡El único bueno era él! — pensaba al envolver aún en su reconocimiento a aquel callado acompañante que le ofreciera, único, el mate calentito.

Mas resultaba inútil a la Mulita hacer algo para distraerse; y no le era dada la paz de recordar separado de los otros, solo, al menor de los Aperiá. En su imaginación, detrás de él, amontonados, surgían los demás, estirados los pescuezos, empinando sus caras muy serias hacia adelante —sin dejar translucir ninguna que ellos se estaban apretando a los codazos—, como cuando todos queremos salir retratados o ver algo triste tendido en el suelo.

En ciertas circunstancias, aunque sea el de una flor, aunque sea el del simple pétalo de una flor, asusta un roce inesperado. Lloraba, pues, lloraba la Mulita, cuando retiró de pronto el pañuelo y miró, estremeciéndose.

Era que,

— ¡Tenga pacencia, esté... no sea ansina! — oyó que le decían.

Y, fogón por medio, bien iluminado por la franja de sol ahora posada en la banquetta que hacía juego con la que la



Mulita tenía por asiento, el sombrero color café y casi sin uso, al lado, en el suelo, mirándola con el aire de quien, a su vez, le falta poco para empezar a llorar, la Mulita vio nada menos que al Aperiá solícito de la noche anterior. De mirarlo bien, habría percibido que ahora no estaba descalzo, sino con unas zapatillas viejas aunque esmeradamente recién cortados los flecos de la suela; y de chiripá sin remiendos, y limpia la camisa blanca, y con prolijidad anudada al cuello la golilla de luto, el huérfano. Mas ella no pudo advertirlo porque entonces, sí, fueron los sollozos; entonces, sí, rodaron lágrimas. Y entonces surgió otro pañuelo. Pero éste, más que pañuelo, simple trapito sin dobladillo, al cabo de un momento fue introducido con energía en el bolsico donde hacía su nido. Y en esfuerzos por dominarse, bastante menores, sin embargo, de los que se hubiera podido suponer porque contribuían a serenarlo la responsabilidad que le imponían las graves preocupaciones traídas de la pulpería, el llegado habló:

— ¡Usté tiene que tranquilizarse! ¡Hay mucho que hablar! ¡Sequesé esos ojos y sepa que desde anoche usté... está contando con un amigo!

Como aprobador testigo se sonrió para sí el Aperiá al escuchar sus propias palabras. E inclinándose de nuevo hacia la que había levantado a medias la cabeza y le estaba fijando, entre pucheros, los entrecerrados ojillos,

— ¿Soy muy poco, noverdá? — agregó cambiando penosamente de tono. — ¡Pero ya vendrán otros mejores, usté va a ver!

Ella levantó más la cabeza para contemplar al amigo, cuya imagen le hacían borrosas las gruesas lágrimas que no se desprendían.

— ¡No, señor, usté no es poco! — dijo con firmeza.

Y se agobió otra vez la Mulita y juntó sobre el pecho las puntas de su rebozo como si, de afuera, hubiese llegado un frío.

Bastante dominado ya, el Aperiá, sin embargo, no sabía

cómo empezar a hablar, a comunicar las terribles cosas que había oído en el mostrador de “La Blanqueada”. Por eso se levantó de su silla, que volvió a quedar iluminada pues el rayo de sol ocupó el sitio frente a la Mulita, avivó ese Aperiá el fuego abanicando el rescoldo con una hoja de palma que evitaba el arrodillarse a soplar, le acercó la caldera y, mientras el agua hervía, limpió uno de los dos mates que halló sobre la alacena; aquel que, por cierto brillo en la boca, le hizo ver que era para cebar dulce.

— Desde ayer, quién sabe a qué horas, usted no ha tomado nada, estoy seguro —decía sin mirarla, ahora de espaldas, ocultando su angustia. — Hay que tomar algo.

— Desde los mates que usted me dio, no, señor, es verdá—. Y pensó la Mulita, pero no dijo: — ¡Cómo se acuerda, él! ¡Cómo está en todo, el pobre!

— ¿Le gusta con mucha azúcar o con poca?

— Con mucha —respondió ella, siempre hundida la cabeza pero empezando a sentir como que una sutil atmósfera la levantaba en peso, con asiento y todo, y dulcemente la mecía.

— ¡Ah, sí! ¡Bien me estaba pareciendo, ahora! Pero anoche... ¡Mire qué lástima! ¡Es que... qué sé yo! Uno se embarrulla... y... ¡Qué cabeza! ¡Anoche, en el velorio, le pude cebar dulce y la hice tomar amargo! ¡Si usted me lo hubiera dicho...!

— ¡Pero valiente! ¡Pero valiente!

Mientras tanto, con cuidado de no derramar, él echaba yerba y, haciendo esfuerzos por disimular una creciente agitación, siguió acariciando con palabras a la que ahora estaba a sus espaldas. Y sin posarle la vista le decía lo que el destino tenía escrito que no fuese ya otra cosa que un insuñable ensueño suyo.

— Usted siempre va a tener que decirme lo que le gusta. Conmigo, usted, no tiene que hacer cumplidos, ¡ya sabe!

Ahora la Mulita estaba más conforme. Igual a cuando la flor, entre la tierra dura como piedra, empieza a sentir que le llega agua, así ella iba levantando la cabeza. Y esto, esto,

precisamente, acentuaba la desesperación del Aperiá...

Pronto el mate estuvo preparado y ella ya estuvo tomando; el azucarero en el suelo, junto a su sombrerito color café, ahorraba ya el visitante toda tarea que no fuera alargar el brazo para ofrecer. ¡Tenía, pues, que empezar a revelar el objeto de su presencia allí! ¡No había más remedio! Pero a cada palabra que pensaba, ésta, en vez de atraerle compañeras, se quedaba, al principio, como cosa agarrada por detrás; y, en seguida, cortándose ella sola, provocaba un desenvolvimiento hacia el futuro por el que se llevaba al Aperiá consigo para mostrarle las visiones más embrolladas y crueles. El pensamiento del protector de la Mulita —desde ya se debe otorgarle, y con justicia, este honroso título— se sumergía allí. Y cuando el Aperiá podía retroceder y se recobraba, ya al ir a hablar veníansele otra vez turbiones terribles que le arrastraban aquello que se proponía decir.

Justo al revés del Aperiá, la Mulita se iba calmando poco a poco. Ahora, entre los entornados párpados del gesto aun compungido, su mirada descansaba reconfortándose en el que tenía al frente, porque aquella presencia era un refugio.

— ¿Y vio, don, que el dependiente ni siquiera por cumplimiento ha aparecido?

El Aperiá no se resolvía a referirse a aquello para lo que, corriendo peligros de caer atrapado en la trama que tejían el dependiente de la pulpería y el Comisario Tigre, había venido. Mas, sin querer, la Mulita lo había situado ante el tema; y él sintióse ya como entre la espada y la pared. Así que se sacudió levemente el chiripá, le quitó un polvillo de azúcar muy brillante por el rayo de luz que le daba en la rodilla y, con amargura, empezó, ahogándose:

— Sepa usted... que ahora él dice... que no entrega nada... porque el finao le debía no sé cuántos años de sueldo, y que era habilitado, además.

— ¡Pero esa es una gran mentira, don Aperiá!

La Mulita se había incorporado en su asiento, los ojos secos de la sorpresa.

— ¡Ya sé, mi amiga, por favor! ¡Pero la cosa es que el Comisario dice que él es testigo de que no le pagaba desde hace más de cuatro años!

— ¡Se embromó el dependiente, don Aperiá! ¡Si el comisario hace solito dos años que está en el pago! ¿No ve que con mentir no se saca nada?

Al Aperiá le dio más pena, porque, demasiado sabía él que con mentiras se saca, ¡y mucho!, desde que el mundo es mundo. Y se le hacía cada vez más cuesta arriba el tener, con urgencia, que empezar a hacer añicos el candor de la Mulita con cada revelación como pedrada. El brusco enardecimiento que lo sobrecogiera, y gracias al cual pudo, tal vez, animarse a seguir hablando si la tan triste hubiera permanecido callada, se le desvaneció enseguida, al atender y advertir lo lejos que estaba la Mulita del terreno sobre el que él debía situarla de inmediato. Ahora se hallaba el Aperiá de nuevo librado a sus propias fuerzas débiles para afrontar la violencia de comunicar, como ensañándose, lo que era tan apremiante; las bárbaras noticias cuya revelación lo colocaba a él igual a quien, constándole la inocencia, se ve obligado a dar de rebencazos a un amarrado de pies y manos, que tiene mordaza. Sacó su pañuelo. Pero el amigo de la Mulita se halló sin una lágrima. Eran vidrios secos sus ojos.

— Mire —seguía ella, pensando la mar de cosas a la vez porque, como si le amaneciera una luz odiosa, ya algo, algo estaba intuyendo— lo que podemos hacer es que, por ahora... es que por ahora siga la pulpería como está...

— ¡No, entiendámé...! —el Aperiá se incorporó en su asiento, demudado. Y soltó, golpeándose insistente la cadera con su pequeño puño crispado: —Sepa usted que se han confabulado el Comisario y el dependiente. ¡No! ¡Atiendámé! Usted tiene que entender que va a ser brava la lucha. Esos se encarnizan y no sueltan. Pero no se me desespere. Yo, usted ve, soy muy poca cosa; puede decirse que no sirvo para nada. Pero no se disguste, que mientras yo pueda agachar el lomo, necesidades usted no va a pasar.

Con su pobre trapillo a modo de pañuelo se secaba copioso sudor, al finalizar.

— ¿Pero, y por qué me dice eso? ¿Pero entonces usted cree... que estoy perdida?

No lloraba la Mulita. Había corrido la silla alrededor del fogón, y el otro debió girar la suya porque, si no, no podía verla de frente, tan al lado se le puso. Pero no la miró el Aperiá. Cuando iba a hacerlo, las palabras de ella le doblaron la vista hacia el suelo, sobre el azucarero y el color café de su chambergo casi sin uso.

— ¿Eh? ¡Hable, don Aperiá! ¿Entonces me sacan todo? ¿Entonces me desean males? ¿Entonces...? ¿Y Don Juan, dónde estará? ¡Que con él no juegan, esos!

Revolviéndose en su asiento, siempre mirando el suelo donde el sol alargaba su tibia franja, y sin poder contener el pensamiento que se le iba hacia las horas y hasta hacia los próximos días ya más que envueltos en espesas sombras, el Aperiá respondió:

— Yo no creo que Don Juan tarde en hacerse ver de alguna manera; porque él se ha refugiado en el Arazatí. En cualquiera de estas noches, por venir a cubierto de la policía, se le aparece. Y, si no, esperamos unos días y, después, yo la hago a usted dar con él. Ganamos el monte, y yo le aseguro que lo hallamos.

La Mulita se había puesto de pie.

— ¿Y por qué no nos vamos ya? ¡Ay, qué vida! ¡Lléveme ahora, don Aperiá, se lo pido de rodillas! ¡Sí, nos vamos los dos con Don Juan!... ¡Ahí está la salvación de nosotros!

— ¡No, no se apure, déjeme estribar, compañera! —exclamó el amigo, abandonando su silla y tomándole la mano—. Usted, consérvese serena. Salir del pago no es juguete. Y de día, ni qué pensar ¿sabe usted? Ni qué pensar por las partidas del Comisario Tigre que ya andan buscando presa. Para bien de poder safarse hay que marchar a pie, de noche, en la oscuridad. Yo soy baquiano. Dándole fuerte, antes de la barras del día bien podríamos estar en el monte que hay antes de lle-

gar al estero grande. Allí nos guarecemos y descansamos todo el día. Y para la otra noche llegamos al río. Mi hermano fue a buscar unas armas que los matreros le habían dejado en la Taperá de las Garzas, y se encontró en el camino con un quinchador que le dijo que en esa dirección marchaba Don Juan con los suyos. Si a la luz del día nos mantenemos costiendo medio apartados de la orilla para que no nos tapen los árboles, en una, Don Juan o algunos de los suyos nos tienen que ver y nos salen a la cruzada.

— Sí, señor; Don Juan nos ve y nos sale en seguida, ¡cómo no! Y usted dijo que Don Juan iba con otros; ¿con cuáles otros?

— Con unos cuantos amigos viejos y con aliados de que se hizo en “La Flor del Día” cuando se armó una gran trifulca con la policía, que hizo un papelón, pues el acompañamiento de Don Juan la dejó hasta sin espadas y sin carabinas. Bueno, pero, ahora, usted se me queda calma. No salga ni aunque la llamen, óigamelo bien. Ni aunque se den por amigos, sean quienes sean. Ni aunque le digan que vienen en nombre del mismo Don Juan. Y yo voy a retroceder hasta la pulpería por ver de pialar alguna noticia. Tome usted su mate tranquila. Si demoro, es porque ando en algo suyo, ya sabe.

Agachándose para agarrar su sombrero, el Aperiá salió sin darle tiempo a su amiga ni a dar las gracias. Y la Mulita, para obedecer, se tornaba a coger el mate que había quedado junto al azucarero... cuando sintió a alguien trancar la puerta y precipitarse corriendo en la cocina: ¡el Aperiá, otra vez! Pero ahora con los ojos dilatados, saltados, enrojecidos, ¡y sin el sombrero!

— ¡La policía se viene! ¡Me dieron la voz de ¡Alto!, pero me le descaté! ¡Es un ejército, le garanto!

—¿Y qué quieren aquí, don Aperiá?

Desplomándose en la silla que antes ocupara la Mulita, el Aperiá respondió:

— ¡Quién sabe!— por no decir lo que presumía que an-

siaban, carniceros: ¡la vida de ella!—.

— Bueno, vamos a ver qué dicen que quieren...

Con los ojos muy entornados, la Mulita parecía tranquila. Y hasta ella misma pudo haberlo supuesto. Pero la verdad es que temblaba como vara verde cuando el Aperiá la interrumpió para recomendarle desesperado:

— ¡Por favor, no se me mueva y no conteste ni palabra! —mientras, dejando su asiento, la empujaba apiadado hacia un rincón, contra la alacena.

En la entrada se había detenido el milicaje, machetes en mano, en medio de un griterío ensordecedor. ¡Suerte que el pasadizo era tan angosto! Sin ese peligro —el de ser fusilados de a uno al pretender adelantarse— los enardecidos milicianos se meten no más, porque con poco trabajo hubieran podido echar abajo la puerta.

— ¡Entreguensé! ¡Salí, Aperiá, que te perdonamos la vida! ¡Y también se la perdonamos a la asesina!

La alacena sostuvo a la Mulita; y en ella se apoyó para no caer redonda. El horror había ahogado la fuente de las lágrimas y de los sollozos. Como en galopar sin freno, sólo quedaban libres las palpitaciones.

— ¡Salgan, salgan, que así se están echando arriba todo el peso del Código! ¡Salgan a las buenas, con todas las garantías!...

Y, al mismo tiempo, a su gente el Comisario hacía señas negativas con la fulgente espada, dando a entender que estas palabras eran engañifa y que para nada ellas contrariaban la orden de hacer fuego a discreción sobre la Mulita en cuanto la legítima propietaria de la pulpería se asomara por el pasadizo. Muerta allí mismo, se proclamaría que la prueba de su delito estaba patente en el hecho de haberse resistido a la autoridad.

En la cocina, pegados a la pared y agarrados de la mano, los sitiados permanecían todo oídos al espanto que se agolpaba afuera.

Rocoso era el sitio donde se sujetó la partida. Por eso, las

voces enardecidas del Comisario Tigre, el clamoreo de los soldados acentuaban su dureza al recortarse sobre el rumor de entrechocar de palos producido por los cascos sin herrar que, bajo la iracundia de los jinetes, golpeaban, ellos también enardecidos, el sitio, rayando a resbalones el suelo en las pechadas y llevadas por delante con las ancas, pues se amontonaban en muy apretada confusión.

Adelante, el Comisario Tigre parecía que se le había enhorquetado a un potro recién boleado. —¿Ah, sí? ¿No contestan? —Luego de haber esperado un tiempo prudencial, profirió arriba de los saltos de su overo, la mano bien abierta apretando de arriba el quepis. — ¡Pues ya van a tener que salir algún día!

Y tal ciega calentura le hizo agarrar una costalada del caballo, que, a punto de rajarle la boca del tirón, casi, casi suelta lo que quería mantener en rigurosa reserva para los sitiados:

— ¡Ya pueden irse dando por sentenciados a muerte!

Pero logró contenerse gracias al inútil esfuerzo que tuvo que hacer por sujetar su cabalgadura, cuya resbalada sacudió al Soldado Gato Pajero sobre su picazo, el cual largó un par de patadas al rosado del Cabo Pato, dándolo sobre el rabicano del Tamanduá, quien por no caerse se afirmó en el hombro del Soldado Aguila y lo aplastó como jerga en su rosillo al tiempo que, a los brincos de un doradillo media sangre, de coces y encontronazos trataba de desviarse ese Cabo Lobo...

Consiguió zafarse del remolino el Tigre, hizo caracolear a su overo y, ya dando el frente a la inquietud de bombachas rojas, de azules chaquetillas, de golillas coloradas y aquellos quepis, él quedó tieso.

Ante semejante actitud —era una estatua pronta para ser llevada a la plaza y subirla el Comisario— los caballos sintieron el imperio de la disciplina. Así, atentas las orejas, fueron rápidamente serenando. Clarito se oyeron las respiraciones de ellos y las de los que tenían encima.

— Soldado Cigueña y Soldado Carao, ¡de frente, marchen!



Los mencionados avanzaron, apartándose del grupo.

— ¡Alto!...

— ¡Sargento Cimarrón!

El aludido adelantó dos pasos su caballo, se estiró en los estribos y se hizo palo.

— ¡Usté me va a acampar aquí con el resto de la gente, Sargento!

— ¡Pie a tierra! —previno el Cimarrón a la soldadesca. Y ordenó:

— ¡Tierra!

Nuevo fragor de cascos, y brusco chocar de espuelas desde el grupo de unos quince o dieciséis soldados que obedeció a la orden. Un poco a retaguardia, alguien, uno que contrastaba por vestir de particular y por el poncho, descabalgó también: el Terutero que ya conocimos. Se había incorporado como voluntario; tan voluntario que ni al Comisario ni a la soldadesca les había caído en gracia lo entrometido del aporte.

— ¡Desensillen y maneen...! ¡Des!

El Sargento volvió a enderezar su bayo hacia el superior, echó a pie a tierra, también, y, de ojos encapotados, bajo la ráfaga del chasquido que provocó a sus espuelas y a su sable, quedó como poste haciendo la venia.

Mientras tanto, lo habitual de la maniobra que estaban ejecutando sus dueños lograba aplacar por completo a las cabalgaduras. Un trecho marcharon de tiro todas juntas hasta que, al disponerse sus soldados a escoger el lugar de clavar las correspondientes estacas, se diseminaron tras ellos. Hallado el terreno con algún árbol de sombra, retiró maletas y recado cada miliciano; para quitar el sudor, pasaba enseguida el lomo del cuchillo, a contrapelo, sobre el caliente sitio donde se posaron las bajeras; sacaba el freno, pero no el cabestro...

Mientras tanto, echado hacia atrás en el overo, decía el Comisario a la cuadrada rigidez del Sargento que tenía delante:

— Adentro, adentro están, por lo menos la Mulita y el cachafaz ése que se me desacató y que un ciego ve que es cómplice. Usted me cuida esta salida, que yo he resuelto hacerles un sitio por hambre, ¿comprende?, porque el pasadizo que hay que seguir para bien de llegar a la puerta es muy angosto y yo no quiero perder ni un hombre sin necesidad. ¿Comprende? Guarecido en el ombú de aquella loma, usted me tiene siempre un bombero, por si se aparece Don Juan queriéndole dar una sorpresa con sus facinerosos, cosa que entra en la probabilidad. Y de noche, de noche, ojo, me pone usted unas guardias reforzadas en los pasos. Usted tiene gente de sobra para pararlo al taita. Pero nada más que eso, ¿comprende? Persecución no me vaya a hacer, porque entonces me desatiende aquí y, a lo mejor, lo que intentan los matreros es hacerle a usted una dispersión, como se han dado muchos casos, ¿comprende? Bien acomodados sus tiradores entre esas piedras, usted puede aguantar el peso de un ejército. Esta milicada, para ser franco, es una chamuchina que no le importa nada de nada, pero obedece. Y después que se calienta, es otra, hay que decirlo. Por eso, óigamelo bien, siempre es bueno hacerla entrar en pelea al griterío, que da entusiasmo.

Revolvió su poderoso overo el Comisario Tigre hasta quedar de espaldas a su Sargento. El quepis bien a la nuca, y siempre echado atrás recorrió con la vista el vasto panorama, conjeturando en silencio. Tanto se le frunció las cejas, que la mirada debía adelgazarse y hacer fuerza para salir a ver.

Al frente, sobre el pronunciado declive, a un cuarto de distancia del arroyo, visible aquí y allá, cuando conseguía zafarse del sauzal y los juncos de sus bordes, surgía una islla de talas. Tornando la cabeza, muy alta cuchilla con un ombú en su cima, hacía muro dilatado; al oeste, encajonadas entre lomas, las largas bandas oscuras de los chilcales; y al este, justo al este, la inmensa línea del horizonte era turbada por bosques sin principio ni fin. Salpicando la extensión, los ganados se diseminaban bajo el sol del verano.

Haciendo girar de nuevo su caballo, el Comisario Tigre volvió a quedar ante aquella expectación que era el Sargento Primero Cimarrón.

— Usté ve que le dejo al Trompa, Sargento — habló al cabo de un momento de meditación, mientras sus ojos, ahora concretándose a lo inmediato, pasaban muy escudriñadores del airoso horno, al palenque; del barril de rastra, a la batea de lavar yacente al lado, sin que su mirada se ablandara ni se detuviera, siquiera un instante, cuando cruzó por las achiras, los malvones, el rosal, los floripones y las blancas florecillas del jazmín del país, de un esmerado jardinillo contrastante con la fosca piedra prominente que hacía techo y pared a la casa en infortunio. — Si usté ve que lo quieren atacar, óigame bien, primero da órdenes a toque de clarín; pero ya me ha prevenido a sus subordinados que a éstas no les hagan caso y que no atiendan más que a las de palabra bien clarita, ¿comprende? Usté hace ordenar con el clarín solito lo que quiera que el enemigo crea. Y hasta puede destacarme alguna vez al Trompa, agachadito entre los cardos y las chilcas, a que toque por el lado de los sauces del arroyo, y corriendo se venga oculto, y dé unas clarinadas aquí, ¿comprende? Hay que hacerle suponer al enemigo que usté está fuerte como para echar abajo el gobierno. Y ahí, de ese carguero, hágame bajar mi carpa y uselá, no más, mientras no esté yo, que tengo la corazonada, no sé por qué, que esto va para largo. Por ahora, yo voy a hacer el Cuartel General en la misma Comisaría.

Con ahinco pensó un momento el Comisario Tigre, a ver si en el fondo de su memoria hallaba alguna olvidada recomendación. Y luego, satisfecho de que no había quedado nada adentro, confió a su subordinado:

— Yo me retiro, Sargento Cimarrón. Y, de pasada, voy a hacer un interrogatorio a la Curandera. Quiero consultarla para ver si ella es también del parecer de que la Mulita, para quedarse de una vez con la herencia, porque el Peludo tenía una salud de fierro, ha envenenado a su pobre tío. Eso lo veo

yo ahora como a esta luz. Y viéndolo yo tan claro, ella, por más Curandera que sea, no me va a salir discutiendo que no lo ve. Eso es una combinación con Don Juan, cuando se les chingó lo de la arrastrada del potro...

Allá adentro, la Mulita trastrabilló y se agarró a un brazo del Aperiá para no caer bajo el peso de lo que oía. Al apoyarse en su amigo, otro horror hizo a ambos permanecer estrechados: el producido por un fuerte ruido de hierros que se les levantó junto a las piernas. Era que, en el traspíés, la Mulita volcó un pico y también volcó una pala —ya se verá pronto la utilidad de estas dos herramientas— que estaban en la penumbra, contra el caballete del apero muy bien acondicionado del finado dueño de casa.

— ¡Pero qué ha dicho! —sollozó ella por lo bajo, cuando se pudo hablar. — ¡Que yo soy asesina! ¡Y de mi tío!

Ante la revelación de nuevos peligros que ya iban buscando su sitio para tenderse en batalla, el Aperiá hacía de tripas corazón.

— ¡No haga caso! No hay que hablar, hay que pensar. Tenemos que salir de aquí de alguna manera porque, si no, estamos perdidos. ¡Y como bala hay que andar! Al ladito, tenemos al hambre y a la sed. Son los primeros enemigos. Y los peores, si es posible. ¿Hay mucha agua en la tinaja?

— Alguna hay.

— Es lo principal. Lo principal, mire, es el agua.

Mientras esto decía, el Aperiá no sacaba los ojos del pico y de la pala cuya presencia recién se hacía sentir para él porque desconocía la casa.

Emergiendo del espanto que le produjo el ruido al ellos caer, se halló otra vez con la situación de su amiga. Y quedó en esa tragedia. Pero ahora, ahora sí se verá un buen pico y una buena pala... como para... abrir... camino.

Cuando les retiró la vista fue porque advirtió que la Mulita lloriqueaba, ahora.

En otra circunstancia, tal vez, no más momentos antes, el Aperiá habría perdido el ánimo contemplando aquel dolien-

te ovillo azul y blanco sobre la banqueta. Pero ahora, al exclamar:

— ¡Tenga valor, amiga... tenga valor! —le fue permitido hasta seguir pensando firmemente en lo que estaba pensando, y que —debemos saber— era algo promisorio, algo que abría a la esperanza un cauce si bien estrecho, cauce, sí, al fin y al cabo.

Fijaba otra vez la vista en el rincón oscuro de donde como una luz le venía sin embargo a su mente, cuando se oyó de nuevo movimiento de caballos, y entrecinocar de armas y órdenes y palabrotas...

Un tropel, en efecto, tomó al trote, descendió hacia la llanura, evidentemente en busca del vado, emprendió el galope, casi en seguida. Era el Comisario, con el Soldado Cigüeña y el Soldado Carao, de escolta en dirección a lo de la Curandera, la Lechuzza, donde estaba él seguro que seguiría desenvolviendo la madeja, como él decía. El Sargento Cimarrón esperó un ratito. Luego, conteniendo la trepidación del sable y afirmándose el quepis, observó de reojo cómo se disponían a levantar la carpa, se encaramó a una piedra y se puso al modo de las estatuas. Ahora, el marcial aspecto del Comisario momentos antes era nada al lado del que ofrecía el veterano Sargento Cimarrón.

— ¡A ver, Soldado Halcón y Soldado Cuzco Overo! —gritó. ¡A ver, Voluntario Terutero!... ¡A ver, Cabo Pato!...

La caballada, arriada al trote, se encaminó al arroyo a beber y a ser bañada. Por las dudas, dos tiradores, el Soldado Flamenco y el Soldado Avestruz, carabinas en mano, en protección, acompañaban a los de la fajina. El Soldado Gato Pajero, con dos hombres —Soldados Aguila y Tamandúa— salió a la carneada. El Soldado Mao Pelada, ya puesto de delantal un culero viejo, hacía surgir el fuego en el centro de un brazal de ramas estratégicamente situado al borde de la rala sombra de un espinillo desde cuya comodidad, más tarde, el cocinero seguiría el dorarse de los asados y, si el sitio se prolongaba y era traída la gran olla de la Comisaría,

asimismo atendería el puchero y prepararía su pirón suculento.

Ya se escucharon hachazos entre unas piedras, junto a la pila de gruesos troncos que el finado Peludo hiciera acarrear para el abasto hasta al lado de su casa a fin de que la Mulita tuviera todo a mano. El caballo del Voluntario Terutero había sido apartado de los que se dirigían al arroyo. Su dueño — no tuvo otro remedio — volvió a ensillarlo más que ligero, sin saber la razón de la contraorden. Y ante una nueva voz imperiosa que le llegó desde la piedra del pedestal del Sargento Cimarrón, montó — muy contrariado por la soledad que le esperaba en su guardia — y salió a todo galope, para ir a apostarse de bombero en el ombú de la alta loma. El Terutero, que acudió a incorporarse de comedido porque lo que quería era hacer daño, no más, al que fuese, empezaba a comprender que, hasta eso, tan feo, da trabajo.

Dos calderas habían sido llenadas de agua en el barril. Ahora, ellas, muy negritas, esperaban pacientes el crecimiento del fuego. Llevaban las cacharpas a guarecerlas del sol bajo los escasos árboles el Cabo Lobo, el Trompa Tamandú, el Soldado Guazuvirá.

— ¡A ver, Asistente!... ¿Dónde anda ese Asistente?

Casi se viene abajo de la piedra, cuando la pisoteó frenético.

Entre los cardos surgió un joven Macá. Venía ese Soldado bastante desacomodado de ropa y con el quepis casi a la espalda. Traía una caldera en la mano. Medio ladeado de cadera, al llegar frente a su superior se cuadró y se quedó como ciego al que le están hablando sin parar. Hubo un silencio. Al fin, el Sargento siempre desde arriba de la piedra, bramó: — Usté me va decir que fue a buscar agua al barril; yo sé muy bien que usté me va a salir con eso; pero, ahora, usté no venía del barril. Usté, digamé, ¿qué tenía que hacer entre los cardos? Usté tiene siempre que ponerse a hacer lo que no iba a hacer y, por eso, después se encuentra con que no sabe para qué está haciendo lo que hace, y se pone a ha-

cer otra cosa al tuntún. ¡Vaya, caliente usted esa agua y apronte el mate! ¡Y tenga ojo, que lo voy a dejar a usted hecho ovillo en el cepo colombiano!

Aunque sabía, ¡vaya si sabía!, que su superior era incapaz de cumplir sus amenazas, el Asistente se encogió todo. El tenía eso. Le decían una cosa y, para él, ya era. También se achicó el Sargento Cimarrón, pero porque se disponía a saltar a pies juntos de la piedra. Y, primero que el otro, recobró, ya en el suelo, su estatura. Luego, con creciente desazón por algo, que le estaba escurriendo en la mente, se dirigió a su tienda a grandes pasos lentos; adrede sin levantar casi las botas, a fin de arrastrar más las grandes espuelas. Es que se empeñaba en contener fuera de la mente cierto efluvio que tal vez podía llegar a convertirse en imagen perturbadora, aunque él no sabía bien figura de qué podría tomar ella si se le hacía...

Dos Cuzcos, desarmados para aliviarse en la faena, ya habían levantado la carpa y ataban sus cuerdas a estacas bien hundidas en el suelo. A la maniobra atendió ceñudo un momento el Sargento, y, después, ordenó duramente que le llevaran su apero adentro.

Al recomendar, siempre estentóreo, que en previsión hicieran, con su buen desagüe, una zanja alrededor, porque el tiempo a él no le estaba gustando nada, vaciló, de súbito, y como recibiendo un empujón se introdujo en la carpa. Pero esto resultó contraproducente. A solas ya y medio en la penumbra, sin nadie en quien, ya rezongando ya con órdenes, buscar apoyo bien resistente contra algo interior que se le venía a la mente exigiendo ser tenido en cuenta también él, se atemperó el Cimarrón. Y era lo que, precisamente, bajo ningún concepto quería nuestro Sargento Primero. Porque, entonces, debió antender sin decir ¡ay! a una especie de desaliento que empezaba a desmorrarle que era una lástima la enhiesta ufanía de su suprema autoridad sobre el destacamento. No sabiendo bien qué hacer, desenganchó el sable de la pendiente cadenilla y lo

apoyó contra la pared de lona de la carpa. Sin sacarse las botas se echó sobre el recado como cama tendido en el suelo por los diligentes subalternos. Y así, así se entregó, no más, a su bondadosa debilidad inmensa.

— ¡Pucha, esto que se está haciendo con la Mulita, esto que con ella se está haciendo... es un crimen!

Realmente, pretendió decir "lo que estamos haciendo". Pero al llegar a la palabra involucrante, el Sargento Cimarrón hizo un quiebro, y él y su consiguiente responsabilidad quedaron afuera.

— ¡El mate, mi Sargento!

A la voz, un poco recelosa por la reciente reprimenda, del joven Asistente, respondió otra voz muy tierna, ahora; sumisa, casi:

— ¡Pasá; pase m'hijo! ¡Pase, no más!

Conteniendo con el antebrazo el casco al inclinarse, pues traía las dos manos ocupadas, el Macá traspuso la baja apertura de la tienda de campaña. Mientras su superior, que se sentó sobre los cojinillos, sorbía el mate, él le lanzó de boleo una mirada. El Sargento se había puesto de buena vuelta, intuitivo. Mientras eso durara, habría buen tabaco y, tal vez, algún trago de caña de la Habana que él mismo, como buen Asistente, luego de observar que estaba llenita hasta el tapón, no había olvidado de poner en la maleta al salir de la Comisaría. Y ambos conmitones, a solas bajo la carpa, le darían de lo lindo a la sin hueso.

De cuclillas ante su jefe, con la caldera entre las piernas, le llegó por momentos apagado golpear. Cavaban una zanja poco profunda en torno a la carpa. Así, de llover, el agua no se escurre por debajo de la guarida. Y los cojinillos permanecen tan sequitos, tanto, que es un gusto yacer sobre ellos mientras la lluvia castiga inútilmente la lona y mientras las estacas resisten con firmeza los sacudones del viento, y, así, uno se encoge, mimoso consigo mismo, bajo el poncho calentito, sintiendo por contraste que la vida es lindísima, y que lo sería muchísimo, muchísimo más si no fuera tan corta.



Luego, el rumor cesó. Se alejaron voces. En el silencio, ahora total, de la tienda, la mirada del Sargento Cimarrón cruzó furtiva a posarse sobre el joven Asistente. Este, con gran delicadeza, vertía breve chorro junto a la bombilla. En seguida, el dedo dejaba que era un jaspe el borde del recipiente. Verdaderamente no debería ser oportunidad, pues, aquélla, para escuchar lo que, sin embargo, el joven Macá escuchó:

— ¡Usté tiene que andar más prolijo! ¿Usté no ve que en su chaquetilla le ha sobrado un ojal por arriba y un botón por abajo?

El Macá entregó el mate, confuso, y siguió revolviendo los ojos. Era que todo lo que miraba parecía exactamente repetirse lo mismo; lo mismo y con la misma falta de acritud del Sargento, y como si cada cosa que le dirigía la palabra fuese una piedra para él. Desabrochando por completo, en seguida encajó en su ojal respectivo cada grueso botón de bronce, y agachó más la cabeza, aturdido.

El Sargento Cimarrón iba a seguir cuando una racha de piedad cerró paso a las palabras. Sin embargo, tozudas, éstas se le organizaron con zaña en el pensamiento, para proferir:

— ¡Usté me tiene todo que es un desastre!

Al supuesto ademán de protesta que, de haber hablado, era de prever en el Asistente, nuestro Sargento Cimarrón resolvió no dejarlo chistar; e imaginando con rotundidad que retomaba la palabra (sin dar alce a los intentos de justificación, cada vez más empecinados, que fantaseaba estar provocando en el otro):

— ¡No, no! —parecíale al Cimarrón que decía, aunque de boca torcida. Usté me deja todo tirao; usté desensilla mi bazo, que es mi crédito, y me deja el apero en desparramo...

Ante el silencio (y debido asimismo a que no veía en aquel momento la admonitoria cara de su superior por lo abatida que éste tenía la cabeza y, además, por la visera) ante aquel silencio tan como el del pozo, el Macá se iba serenando, mientras:

— ¿El qué? —creía manifestar, siempre callado, su superior. —¿El qué? ¿Cómo me dice usted que no, si después, si después, cuando lo mando a ensillar, tiene que andar revisando entre las cacharpas de la tropa para bien de juntar las prendas de mi recado? El soldado debe ser prolijo. Y con las cosas del superior, más.

Como la perorata no obraba para el Macá, éste, bien contento, ahora, anhelaba ya que el jefe rompiera su mutismo y se cortara solo con alguna narración de las suyas; de ésas que el joven, cuanto más imposibles, más creía a pie juntillas. Por su parte, su Sargento, en la creencia de que vociferaba, sin despegar los labios seguía:

— ¡O usted se cree que todo es chacota en la vida, me va a decir? ¡No, no, m'hijito! A usted ya lo he sentenciao un sin fin de ocasiones. A otro subalterno ya me lo tendría descoyuntado, descoyuntado, sí, a fuerza de cepo. Yo, con usted... ¡Sí, no me discuta!... Y, con usted... ¡Cállese esa boca, indisciplinado!

— ¿Pero por qué será que éste está tan callao? —se preguntaba el Macá mientras el Sargento siempre sin desplegar los labios, agregaba a la perorata:

— A usted, Asistente lo que le gusta es meter la cuchara en todo. Y usted todo lo quiere saber, qu' es lo que más me calienta. Usted no se da cuenta que todavía precisa mucho mundo...

Hasta gestos, ¡y qué gestos!, se estaba viendo hacer el Cimarrón. Mas los imaginaba tan solo, igual que con canda en la boca, palabra no le brotaba. Cada frase que pensaba decir, le resonaba clarita, dentro, como si la hubiese largado, no más. Pero inexplicablemente, la dureza del sentido para alguien que lo hubiese escuchado era atenuada por la contradicción del tono pues éste se hacía cada vez más y más afectuoso. Y cuando el joven Asistente estaba ya casi resuelto a empezar a tirarle de la lengua al superior porque para él aquello ya era mucho mutismo, el superior, creyendo que había callado de golpe alzó la cabeza y miró como ex-

traviado. Había advertido que la imaginada amonestación [(...)] se le desviaba por declives en que bullían sus experiencias más confidenciosas y tiernas; de esas que provocan melancolías mayores y que, en su marcha siempre en retroceso capaces son de llegar hasta el seno mismo del corazón y despertar allí, allí despertar hasta a la más dormida y enternecedora de las tristezas.

Como una llamarada de cariño fue lo que en los ojos pasados sobre el Macá iluminó y apagó un instante; sobre este joven que se hace necesario presentar, ahora; torpe, olvidadizo, desaseado con las cosas propias y con las de su jefe. Embustero, vamos a decir, también era. Y, lo peor, tenía un mentir muy particular, cuyas intervenciones producíanle al Cimarrón, cuando por su parte estaba embelesado en urdir una mentira, la impresión perturbadora de la aceptación de baldazos de agua fría. Falto por completo de imaginación, las mentiras del Asistente consistían tan sólo en aprobar como testigo presencial cuanta cosa husmeara con visos de no ser verdad. Y esto desesperaba al Cimarrón, y con razón. Porque el mentiroso —hay que saberlo de una vez por todas— no puede sentirse a gusto cuando le aparean otro caballo. Como condición forzosa, uno tiene que estar, en cierto modo, como aislado ante los que escuchan para, así, poderse ir oyendo a sí mismo y conseguir creerse su decir a medida que va siendo aceptado por los otros. En verdad, los otros, aquellos que atienden, cuentan, sí, pero cuentan poco. Necesitamos estar muy con nosotros mismos; y el auditorio debe hacer las del espejo, no más. Los comedidos sobran. Ellos, aun con sana intervención corroborante, lo arruinan todo, y dejan la ficción que es una lástima. Así no hay silencio, entonces, ni recogimiento, ni nada entre dos platos. Véase, si no, para aclarar las cosas, este ejemplo: una de aquellas últimas noches, en que el Cimarrón agarró al Asistente lejos del fogón, atrás del ombú de la Comisaría y (muy por lo bajo y dejándolo como de día, con los ojos, de la rabia ) le prometió que otra vez que se pasara al

patio le iba a hacer dar una estaqueadura, tenía razón. Ratos antes, estaba todo lo más, lo más bien; y cinco milicos sin darse cuenta, habían parado el mate, para escuchar embebecidos al Sargento, que les confiaba: "...Cuando al finao Coronel mi padre..." Y ese Asistente Macá ¿no se pone a ayudar, de voluntario, exclamando: "¡Jué pucha! ¡Lo estoy viendo al Coronel viejo en aquel overo rosao, con un uniforme de Teniente General, lo menos, por lo cruzao de cordones, y por las charreteras y galones de oro; y por las palmas...!"?

Ahí se turbó el Sargento. Lo desacomodó la aparición así empujada en su marote de la imagen de su finado padre, que hacía inútiles esfuerzos por echarse atrás y no mostrarse como realmente fue a la mente del Sargento, su hijo, de pata en el suelo... desgranando maíz en lo de la viuda del Vizcachón, que tenía tahona... y más, todavía, cuando, por obra de una brusca asociación, el finado padre fue arrastrado a cambiar la dirección del trayecto a aparecerse viniente con muchas copas y a pie de la pulpería —aquí me caigo y allí me levanto— en los hombros el poncho que se había hecho con una vieja cobija llena de agujeros, caída de una carreta y encontrada por tres o cuatro viajeros antes de que él la levantara.

¡Sin embargo, el Sargento quería tanto al Macá!... ¡Y eso que el Sargento cuando tomaba un asunto y se cortaba por su cuenta, veíase obligado a clavarle los ojos con imperio al Asistente para mantenerlo mudo! Lo que creaba problemas. Porque este modo fiero de mirar, si el invento es de guerra, persecución o peligros en general, cuadra; pero si él ha tomado cauce pacífico, en ocasiones decididamente melancólico, o triste, derecho, semejante cara no pega. Y se le daba el caso. Porque no siempre se tiene ganas de hacer creer a los demás que uno es una cosa bárbara. A veces, vaya a saberse por qué, se da en sentir ganas urgentes de que los que se tienen al lado queden convencidos de que uno, no importa cuándo, ha sido testigo de tristes escenas y hasta de que uno

mismo ha pasado desolaciones. Hay gente que dice que esto se debe a que en ocasiones uno tiene con apuro necesidad de que lo compadezcan; sí, de que lo compadezcan, y no se anima a revelar el real motivo. Y también dicen que a veces, no es por no querer descubrirlo sino porque el doliente no sabe, de tan íntimo y nuboso, cuál es el motivo verdadero del ansia de que no lo abandonen; y le flota esa ansia, y su causa le permanece escondida. Aún así, decíamos antes de este ineludible paréntesis, porque más que de continuo había que soportar las irrupciones del joven Macá cuando el veterano Cimarrón se enfrascaba en un embuste, éste no podía pasarse sin aquel. En el fondo sabía lo que al joven le pasaba. El Macá creíale tanto, de tal modo se transportaba a la mentira, que los agregados que ella con poder inaudito le provocaba eran como para jurarlos por un puñado de cruces, pues lo estaba viendo patente todo...

Seguía creyéndose, sí, el Sargento que guardaba un momento silencio y que, después, continuaba diciendo esto y lo otro a su Asistente y que le retrucaba aquello y lo de más allá; pero sin acritud y siempre, ya dijimos, sin hacer sonar las frases. Es que en el fondo ninguna era de su gusto, aunque, a decir verdad, él mismo no sabía cuál era su gusto en aquel momento. Hasta que, muy repentinas, unas palabras cobraron relieve y se le fijaron adentro, cual si esperaran impulso para manifestarse. Tal como uno anda paseando sin rumbo en el monte, se araña entre las zarzas, lo traban los matorrales y las lianas, lo atajan troncos, anda a las eses para adelantar y, de pronto, los mil rumores son hendidos por un canto de vidrio, y se pone a seguirlo por verle el pájaro, a ese canto, y, con eso, lo que hace es alejarlos a los dos, al pájaro y a su silbo, hasta que, cada vez procediendo con más cautela, logra al fin sorprender al ave detenida ente las hojas y, si guarda quietud el intruso, es capaz que hasta le ve abrir el piquillo y otra vez lo vuelve a escuchar; así, de esta manera, de emoción en emoción, la mente del Cimarrón se halló con un sentimiento para el que su atención le quedó aguaitante.

De pronto, al tiempo que la mirada del Cimarrón se hundía dominadora en los ojos del Macá y permanecía allí hecha puntal de rancho, una voz comenzó a levantarse despaciosa, apagada, como la de los que de toda soledad se sienten solos en el mundo:

— Yo he peleado... ¿sabés vos?... he salido bien, he salido... he salido, te voy a decir, ¡bah!, regular... Yo he dejao muchos difuntos por esos caminos y esas pulperías, y a mi mismito también me han dejao... no difunto, ¡claro!, pero por difunto, lo menos en dos ocasiones...

El Macá cabeceó aprobatorio, abandonando el mate a tientas, a lo ciego contra la caldera, porque no quitaba sus cada vez más grandes ojos de los ahora emparejados de su superior. Pero se acordó de las reprimendas de siempre y ya iba a seguir cebando, cuando las palabras que siguieron le derrumbaron la intención, lo hicieron olvidar de todo. Así, pues, embelesado de antemano, con mucha circunspección sin acordarse más del mate se puso cómodo nuestro amigo y se dispuso a dejarse introducir en un mundo cuya existencia dependía, tanto para él como para su interlocutor, de la muda aceptación, que ya estaba otorgando con todo gusto.

— ... Por eso, m'hijo, me cuesta, me cuesta mucho luchar en estas condiciones, sabiendo que estos infelices de la Mulita y el Aperiá no van a hacer resistencia. Pelear así, mirá, es como si uno diera sablazos en el agua. A este Aperiá sólo lo conozco de vista. Al que conozco más es al hermano, al coimero de "La Flor de un Día", que sin ser una cosa del otro mundo, es bastante decentito. ¡Pero a la Mulita...!

Tal como sobre las verdes, más altas hojas y entre la radiante luz, el pájaro canoro que hace un momento trajimos al caso, se da cuenta de que quedan muy, muy abajo los sigilos de la víbora con sus dos chispas malditas, y no distingue en el contorno los agoreros círculos de las aves carniceras, y así, en esa bienhechora paz, en vez de volar, de tan complaciente que está el mundo, canta y logra, sin tener ne-

cesidad de mover las alas, sentirse de bien lo mismo que si volara, así, así seguía hablando el Cimarrón, faltando, con cautela, a la verdad:

— Debes de saber vos que con la Mulita tengo trato desde que ella era una criatura. ¡Vieras vos qué mano tanto para los pasteles y empanadas como para el loco! ¡Y te sabe preparar unas humitas!

La sonrisa extática que le apareció al Cimarrón hizo innecesarias las palabras. Pero como cae el guijarro en el medio de la escarcha del charquito, se oyó un,

— ¡Pah! -del Macá.

El Sargento, entonces, quedó de golpe serio. Pero la ternura siguió con sus efluvios, otra vez desde lo más adentro:

— A mí, debés de saber vos, debés de saber vos que a mí, ella me quiere... como a un padre. Es un cariño, mirá... ¡Bueno, habés de saber vos, ella es huérfana desde chica!

De un salto el Sargento se puso de pie, la mano en la cabeza para sujetar el quepis, y corrió fuera de la carpa (forcejeando por sacar el sable que al pasarle al lado había agarrado) hacia el chocar de dos machetes con zaña empuñados entre un griterío por el Cabo Pato y el Soldado Halcón.

— ¡Entreguen esas armas y densen presos y encomuni-caos! ¿Y ustedes, en vez de apartar, presenciando, muy regocijaos, el espectáculo? ¡Ya van a tener pelea para rato cuando se topen con Don Juan y los suyos, pierdan cuidao, que esos no son de arriar con el poncho, y que en el monte van a tener tiempo de militarizarse como ustedes, estoy segurito! ¡A ver esas armas!

Abrumado, el Halcón envainó, desenganchó y entregó el machete, yendo a buscar el quepis que, en uno de sus salvadores esquivos, había rodado varios metros. Aunque sabía lo que se le vendría encima, el Cabo Pato estaba tan ciego de rabia, que agachó la cabeza y no se movía. Su superior se adelantó, le retiró el machete como quien maniobrara con un espantapájaros por la rigidez del desarmado y, lue-

go, desviándose en el pensamiento hacia donde menos quería, les habló con austeridad, pero tan sin energía que asombró al destacamento:

— ¿No ven que los están oyendo? ¿Les parece lindo que los que tenemos que prender se estén diciendo que somos una manga de indisciplinados?

Al sentirles el peso advirtió que tenía los dos sables en la mano.

— Bueno —continuó— tomen sus armas, vayansé como dos hermanos al fogón, y no me obliguen a mandarlos arrestados a la Comisaría. Ustedes saben que el Comisario anda con la sangre en el ojo.

Y tornó a entrar a la carpa seguido por su Asistente, que al salir tras él, sin querer se presentó ante el tumulto mate y caldera en mano.

Atento a su jefe, se decía el Macá presa de gran preocupación:

— ¿Pero qué le pasará a éste?; ¿qué le pasará, que cualquier cosita le pone tan basilisco? Este es muy capaz de... Y como, por más que empleara a fondo su imaginación, ella se negaba a traerle alguna imagen inconveniente de su Sargento, el joven dio un furtivo chupetazo al mate, manteniendo asimismo, con ello, su reflexión.

Se estremecieron los sitiados, soltando el pico el Aperiá, y la Mulita, la pala, al oír el ruido de machetes. Ninguno de los dos reveló que, con brusca iluminación de esperanza, una misma imagen a ambos se les había aparecido al escucharlo: la del grupo de Don Juan y sus amigos llegados presurosos a correr a la "autoridad"; a libertarlos y a llevárselos con ellos hacia su escondido refugio de los montes. No lo dijeron, pero el penoso dialogado, que el estrépito interrumpiera, tardó en recobrar, al continuarse, su reconfortante estímulo; mayor, es claro, sobre el ánimo ingenuo de la Mulita que para el criterioso Aperiá.

Las herramientas del rincón, traídas por el Peludo cuando plantó los frutales, le habían sugerido al Aperiá la idea de



hacer un túnel a través de la pared que no era de roca (la del lado de la tinaja y del caballete del apero del finado), buscar algunas raíces y abrir salida detrás de ellas. Pero no escapaba a su agudeza que el trabajo sería abrumador por la rapidez con que habría que obrar dado la escasez de alimentos y la posibilidad, muy remota pero admisible, de un ataque en cualquier momento por el pasadizo. O algo peor, aun: humo, fuego: ¡el horror!

Con cuidado de no hacer ruido, lo que obligaba a proceder todavía con mayor lentitud, retiraron entre los dos el caballete del recado y, pronto, iniciaban ya el hueco de la esperanza. A pesar de que la Mulita constituía muy menguada ayuda, el Aperiá calculaba que para el anochecer el túnel podría llegar hasta un poco más atrás del horno, a espaldas de la casa. Por consiguiente el boquete quedaría oculto a los soldados, cuyo fogón, a juzgar por las voces, estaba situado en el lado opuesto, de donde ya llegaba olorcillo de carne que se asaba.

La tierra, a poco, era arenosa, fácil de excavar y de retirar hacia adentro con la pala. Además, en el pronunciado declive, la humedad aumentaba hacia arriba, porque la lluvia caída días antes (demasiado fuerte, por lo que lavó el suelo y corrió) había penetrado algo, sin embargo. El Aperiá, que a fin de afirmarse mejor se había quitado las alparagas —calcetines no tenía— paraba de cuando en cuando su trabajo, más que para descansar él, para dar resuello a la Mulita, de cuya frente el sudor manaba inagotable.

— ¡Hace un calor! —decía el Aperiá sonriendo con esfuerzo—. ¡Pero, después, afuera, ya verá que va a estar fresquito!

Y otra sonrisa le permitía ocultar la idea de que, una vez a campo raso, los esperaban peligros intrincados y que, aunque la Mulita y él ganaran distancia, aquellos peligros los seguirían sin perderles el rastro hasta el momento justo en que Don Juan o alguno de los suyos los pudieran ver desde el monte, si es que tenían la suerte de llegar a alcanzarlo.

Con frecuencia resonaban voces de la soldadesca, alguna inocente risotada que al penetrar se hacía corrosiva. Sin embargo, la angustia oprimía más el corazón del Apería cuando el silencio se prolongaba mucho. Entonces detenía su empeño, iba hasta el estrecho pasadizo, aguzaba el oído... Por su parte, la Mulita, asustada, cuando eso, se recostaba a la pared opuesta y soltaba la pala creyendo que algún ruido sospechoso, que ella no oía, hubiera llegado a su compañero.

Mas, allá arriba, nadie pensaba en desatender las órdenes del Comisario. Al contrario, éstas se cumplían punto por punto. Bajo el ombú de la alta loma, primeramente el Voluntario Terutero avizó horas el horizonte, pronto a dar la señal de alarma. Hasta que después, claro, de la hora del rancho, lo relevó el Soldado Tamanduá. Frente a la boca del pasadizo, sustituyendo al Soldado Flamenco, un viejo Avestruz armado de carabina montaba guardia ahora al rayo del sol, con la mirada siempre junto a la salida, como si allí la hubiera atado a estaca. Y ya el Sargento Cimarrón tenía resuelto que, desde el anochecer, el valeroso Cabo Lobo se apostara con dos hombres de confianza sobre el paso del Sarandí, y el Cabo Pato, con otros dos veteranos, en la picada de la Taperá.

Poco después del bullicio provocado por el almuerzo del destacamento, el Apería interrumpió con más frecuencia su zapa porque reinaba un silencio sobrecogedor. Y había que prestar mucho oído, internándose hasta el fin del pasadizo, para percibir ya la presencia de la soldadesca.

Era que en el campo marcial no se hablaba más que en cuchicheos, en atención a que el superior hacía su siesta. Pero en el interior de la carpa, como si sus rígidas botas apoyadas en el rincón cabecero lo estuvieran haciendo objeto a él también de severa vigilancia, el Cimarrón se daba vueltas en su recado, sin poder conciliar el sueño. Veía claro que la Mulita y su defensor tenían las horas, a lo sumo los días, contados. Y que, muy pronto, el sol iba a hinchar, primero, y a reventar, después, dos cuerpos inocentes, abandonados en el campo...

Ratos antes, de hallarse realmente en confidencias con su Asistente, el veterano Sargento hubiera dicho:

— A mí denme un taita, un matrero, pie con pie y mano a la espalda, si quieren. ¡Pero esto... de ensañarse con dos infelices...!

De este modo, en el salvador fantaseo, y con la ayuda del delirio entusiasta del joven Macá, habría podido huír de la malhadada situación presente, y abrirse paso, entre tiros y puñaladas, hasta dar en un radiante ensueño de consecuentes felicitaciones y de ufanías embebecedoras.

Mas así, solo en su carpa, acostado, no surgió nada que atenuara su desaliento. Y se quedaba apenas con su desolador,

— ¡Esto de ensañarse con dos infelices...! —que le sostenía su sentimiento como la prolongación de una campanada. — ¡... dos infelices!

Envuelto en su conmiseración por los dos sitiados, y bajo el influjo de un reflejo de la frase, lo fue embargando intensa piedad por sí mismo, también. Al principio, resultó como si la mención de la cifra fuera desvaneciéndose, al tiempo que, desde lejos, pero insistente, alguien aproximara un nuevo guarismo. Y éste lo exponía al Cimarrón de cuerpo presente junto a los del encierro... Tres, no dos, eran, sí. Al poco rato, la idea desapareció llevándose de tiro la frase entera, con todas sus palabras y la imagen par de la Mulita y del Aperiá encima; ¡y un sitio allí vacío, ahora, pues, como en su tienda, así estaba el Cimarrón en su propia mente, ya! Sólo, él. Por eso, por eso llegado al término normal de la siesta, todavía la cabeza del viejo se revolvía de una a otra cabezada del basto. Ahora, para librarlo del asedio de aquellos sentimientos, le insinuaba como una picada cierta imagen ecuestre que parecía llamarlo con el brazo desde la orilla de un monte distante. El aparecido en la mente del Cimarrón, apenas una mancha imprecisable al principio, cobró absoluta nitidez, de golpe. Sin embargo, el brusco reconocimiento no causaba al Sargento la menor sorpresa; co-

mo si antes de saber algo, ya lo estuviera sabiendo todo. Medio ladeado en su malacara, corpulento y bastante barrigón, tenía sable y bombachas rojas, de reglamento; pero no chaquetilla, sino un saco, asimismo mucho más chico que él, el de los llamados lejanos: el Carpincho.

— ¡Ah, Recluta desertor! ¡No sólo no te hallo delito por no haber querido estar más en la milicia; te tengo envidia, derecho! ¡Y tan de poca cabeza que parecías!

Para espantar su desaliento el Sargento alargó el brazo, cogió las botas y, acostado no más, se las puso. Después, sacó las piernas a fin de no pisar los cojinillos y se incorporó, gacha la cabeza, cuidando de no dar en el travesaño de la tienda. Se aseguró de seguido el correa, acomodó la pistola, enganchó el sable. Y salió encasquetándose con rabia el quepis, entre un trinar de espuelas duramente arrastradas. Su mirada, antes de proyectarse sobre la soldadesca tendida en sus recados a la sombra de los árboles, se fijó en un punto lejano del horizonte. Detrás de éste, leguas más atrás, estaba, en lo para él invisible, el monte que cobijaba, entre otros, al Recluta Carpincho de la deserción. A esas horas ya se habría levantado de la siesta. En torno al fogón, estaría mateando contento, con Don Juan, con el sublevado Avestruz Tuerto, con el Zorrino, con el Venado payador y el compañante de éste, el Montés alarife. Sabedor el Sargento Cimarrón de que el Venado había llevado su guitarra (porque fue lo primero que le contaron sus subalternos que con tan poca fortuna actuaron en la pulpería) no le fue difícil imaginarse hecho un rey al Recluta: sorbiendo el mate, escuchando con embeleso décimas bizarras... La brusca media vuelta, casi de salto, que dio el Sargento, fue porque ya se iba a ver él también en aquella rueda matrera. Y al recobrar la estabilidad, gritó a quienes, muy como dormidos sobre sus aperos, no le sacaban sin embargo la mirada, desde los párpados apenas entreabiertos:

— ¡Qué siesta ni qué siesta! ¡A traer leña para la noche! ¡Y esos caballos se les van a pasar de sé! ¡Y salga el Cabo

Pato, y el Cabo Lobo y el Soldado... Comadreja y el Soldado... Pajero a hacerme una descubierta!

Como no veía al Macá entre los que presurosos se incorporaban, se ponían los quepis, arreglaban sus cacharpas o se dirigían hacia las estacas de sus respectivas cabalgaduras, soltó otro grito colérico:

— ¡Asistente, caray! ¿Ande anda ese Asistente?

Restregándose los ojos, surgió detrás de un tala el requerido. Al llegar a dos metros, se sacudió la tierra y las pajitas de la ropa y se cuadró:

— Que quede mi caballo en la estaca pa que me le arreglés los vasos. Fijate en el de la mano izquierda, que se ha desemparejado. Y después usted mismo me lo lleva al arroyo y me le da un buen baño... que a él le gusta.

Tornábase el Sargento, cuando pensó que si se introducía otra vez en la carpa iba a ser peor, porque lo embargaría otra vez su desánimo. Giró de nuevo, pues, y alcanzó entre una agitación de soldados al Asistente. Montados en pelo el Soldado Flamenco y el Soldado Tamandúá, arreaban ya la tropilla hacia el arroyo, siguiendo el sendero que el barril de rastra del finado Peludo había trazado entre la grama.

El Macá ya estaba junto al bayo, cuchillo en mano.

— Dejá. Vamos a bañarlo primero. Yo voy al arroyo con ustedes dos.

Interrumpió su triscar el bayo, dio vuelta la testa, paró sus orejitas, contento, al oír espuelas y, mientras el Asistente retiraba el maneador de la estaca, su dueño, sumergido de nuevo en grave meditación, se le puso al lado. Alzando y bajando la cabeza, el bayo comenzó, mimoso a restregarla contra el militar correaje. Entonces, el anciano Sargento, iluminado por un resplandor de gratitud, acarició a lo largo del tuse, palmeó el cuello tan tibio. Como el pingo continuaba su cabeceo, el Cimarrón fue experimentando, poco a poco, muy íntimamente, la necesidad de agradecer aun más. Y como hablar a un caballo es más que inútil, obediente el Sargento Cimarrón a la incitación interna rindióle a su flete,

al menos, público reconocimiento:

— ¡Yo, con éste, mirá, Macacito, he hecho cosas...!

El extremo de la sogá en la mano, el Macá, que aguardaba la orden de ponerse en movimiento, se concentró. El Sargento inició la marcha. Adrede, fue apartándose de la senda tomada por sus subordinados.

— Agarrá por aquí, que cortamos... Tomá la chuspa... Pues sí, yo y él hemos hecho cosas que no tienen nombre, te aseguro.

Todo oídos, el Asistente avanzaba con los ojos fijos en el suelo para no dispersarse.

— Y no te digo de ahora; te estoy hablando de cuando andábamos por la frontera.

— ¡Ah, sí, seguro!

— Agarrá para los sarandises... así nos abrimos de los otros. No envuelvas la chuspa que yo también voy a liar... ¡Pues, che, te garanto que a este bayo... le debo la vida!

— ¡Ah, sí, seguro!

— La plata que por él me han ofrecido, vos ni te figurás.

Como iban tan próximos, la confidencia podía surgir con tono monologante sin perder el Sargento, en su recogimiento, la sensación de que aquello era participado.

— El Coronel Puma se quedó casi una tarde entera mirandoló. Y cuando se resolvió a despegarse, me dijo: ¡Mire, Sargento, usted no sabe lo que tiene! Si algún día se quiere desprender de él, preséntese en la Jefatura; y es mío por la plata que usted estipule... Porque me imagino que no me lo ha de querer cambiar por mi tordillo...

— ¡Ah, sí, seguro que no, mi Sargento! —saltó alarmado el Macá.

Y si no hubiera sido por el grito alarmado de su superior, allí no más el Asistente se estrella contra un tronco seco, de tan inclinado que llevaba el pescuezo, tan absorbente era la atención que, en espera de entrar a un hondo hechizo, iba dispensando con todas sus fuerzas.

Tal como cuando uno, todavía con luz, descabalga en el

palenque del rancho del baile y, mirando de cabeza agachada, se queda en arrobo junto a su caballo, oyendo las guitarras, el acordeón y las espuelas; y así aguarda a que algún comedido entere de que hay forasteros y en la puerta se aparezca el viejo de la casa para gritarle que pase si es gusto, y se asoma alguien a curiosear y no es dueño de casa ni de los allegados y no avisa, y vicha después otro y tampoco es quién para invitar y tampoco avisa, y uno, siempre allí parado, calcula que adentro la cosa debe estarse poniendo cada vez más y más linda... así mismito se hallaba el Asistente. Y con caballo de la rienda, para mayor exactitud de la comparación.

Al revés de siempre, sin embargo, no arraigaba en el Sargento nada capaz de conseguirle al fin, ante su Asistente, el despliegue de su fantasía. Caminando al lado del Macá, que se había puesto hecho pozo de propicio para recibir cualquier eco, el distraído flete al tranco, del cabestro, tomaban los tres el ahora pronunciado declive, dejaban a sus espaldas ya los primeros sarandíes, y los juncos, sin que la imaginación del Cimarrón pudiera emprender un franco vuelo. Y sorprendió con desagrado a éste que, después de un silencio de más de media cuadra de largo, el Asistente exclamara:

— ¡Ah, sí, seguro!

Mirándolo como para partirlo se detuvo, entonces, el jefe. El Macá se detuvo asimismo, y se detuvo el bayo, también, tiesas las orejitas. Pero ante el abrumamiento de su subordinado (quien se fue achicando a ojos vistas, al punto de ensanchársele las bombachas al descender su soldadote medio palmo) el Cimarrón se mordió y siguió la marcha, mudo. Hasta que, llegados a la barranca, se sentó bajo un sarandí y quedó mirando más el agua que al bayo ya metido del cabestro en la corriente y ya empezando a nadar porque el cauce era muy hondo en aquel sitio.

De la escarpa opuesta, sus inmensos festones verdes dejaban caer dos sauces llorones sobre la corriente. El Sargento alzó la vista y se puso a contemplarlos. Pronto para su

mente ya no fueron dos sino cientos los que tenía delante. Miles, al poco rato, mezclados, en espesa proliferación de lianas y enredaderas, con talas y con espinillos, con molles y sombras de toro, con ñandubays, con viraroes, con coronillas, con mataojos, con laureles... Y, vaya a saberse por qué razón, con algunas palmeras yatays de las que sólo se ven en el este del país.

Cuando el Asistente retiró al bayo del agua, aguardó sus sacudimientos y luego lo condujo a poca distancia de su dueño, para sacar después el cuchillo y con él empezar a escurrirlo a favor del pelo. Su superior salió de su ensimismamiento. Siempre sentado en el borde de la barranca, sin sacar los ojos de un punto distante, las botas pendientes sobre la correntada, confió en voz baja, entonces:

— Yo, te voy a decir la verdá, a los matreros los he perseguido por cumplir con mi deber; pero no siempre por mi gusto. Hay matreros malos y matreros buenos; y debemos distinguir, ¿no hallás?

El Macá repetía en demasía, innecesariamente las pasadas del cuchillo por un mismo sitio de la luciente piel del bayo. Era que, ahora, tendía su atención hacia las palabras de su jefe, a quien, por haberse situado de espaldas, no veía. Afirmaciones de tal naturaleza a un representante de la autoridad y que es clase, además, no se oyen dos veces en la vida. Sin embargo, el Asistente presintió que debía de ser una verdad grande como un rancho. Y luego de exclamar:

— ¡Ah, sí, seguro! —se quedó semejante a quien aguarda encogido a que lo empujen por detrás para salir deslizado suave y con creciente rapidez por un declive.

— Ese bayo que vos ves ahí... bueno, habés de saber que ese bayo...

El Sargento bajó más la voz. Y casi en un susurro; porque al principio a él mismo se le estaba haciendo un poco cuesta arriba imaginar lo que imaginaba, terminó:

— ... ¡es regalo de matrero!

Iba a agregar “Sí, aunque no lo quieras creer, de matre-



ro" ayudando, a la vez, un poco, con una ancha sonrisa convincente, cuando hizo a ésta innecesaria, aunque el otro la hubiera podido presenciar, un nuevo

— ¡Ah, sí, seguro! —rotundo, del Asistente, que como cerro pretendía afirmar al Cimarrón en sus dichos.

El Macá había suspendido su tarea para tornarse hacia su jefe. Este, alzando las piernas de la barranca, giró sin incorporarse y, ahora, tuvo atrás el arroyo de donde, a la distancia, iba ya la caballada ascendiendo, y empezaba a ser arriada hacia el campamento entre el vocerío de los soldados que apuraban para no dejarla revolcar.

Con la firmeza ya del que está viendo patente lo que menciona, el veterano Cimarrón confiaba:

— Figurate vos que yo, recién entrado al servicio de la frontera, me topo con que un Coatí más malo que un salado, tenía resabiada a la policía y había muerto a una muchedumbre. Cuando me presenté, el Comisario nuevo, con su luto al brazo por el otro Comisario, que era su tío carnal, me sacó aparte creo que para no desmerecer a los otros; sí, en fija que fue por esa razón, y me habló: "Mire, yo he oído las mentas de usted. Lo recibo gustoso. Y sepamé que le pongo las jinetas de cabo si usted me acaba con esa plaga".

Nada contenía la imaginación del Macá que, a impulso de aquellas palabras, se iba, no más como por una cuesta abajo:

— ¡Ah, sí, seguro! Y usted me lo ha agarrado una siestita y...

Con todo el brazo reiteró una amplia negación el Cimarrón, exclamando:

— ¡Estás muy equivocado!

Hizo una pausa, se rehizo con paciencia del efecto perturbante de la intromisión y, luego, apurando para no darle alce al que se le estaba saliendo de la vaina, siguió, clavándole los ojos, sujetándole las ganas de hablar, con la mirada:

— Salía yo de un montecito al lado del camino real, allá por Bañado de Medina, y me lo topé que venía al trote en un bayo, con su gran sombrero de paja, canturreando baji-

to. Y figurate vos que, sin parar el talareo y el bayo, ya me había descerrajado su trabuco. Como de rebote, mi pistola le dio respuesta. Se le soltó su arma al Coatí, abrió los brazos asombrado, medio como no queriendo creer todavía lo que le había pasado, y se desmoronó al lado del bayo, de sombrero puesto siempre, porque lo tenía con barbijo. “¡O senhor me tem ferido! ¡De facto, um valente tem dado morte a outro valente!...” Yo me tiré al suelo y...

Ante los ojos dilatados del Asistente; bajo los fijos ojos, también del lindo bayo, el Sargento Cimarrón se había puesto de pie en la barranca.. Hizo como que amagaba a guardar presuroso una pistola descomunal; avanzó dos pasos... Luego, pasando de golpe de aquella agitación a una solemnidad lenta, se quitó el quepis, lo mantuvo a la altura del hombro.

— ... y me le acerqué con el quepis en la mano porque, sepaló, mi amigo, y no se me olvide nunca (esto es orden, como superior que yo soy suyo; esto es consejo, porque, por su edá, usted es como hijo) sepa que, sea quien sea el muerto por usted, usted tiene que respetarlo. “¡O senhor me tem matado em boa lei! ¡De facto, a culpa foi minha! ¡Aceite o meu bayo velho como atenção de um vincido, e sem despreço a seu pangaré soberbio!”

Para ir a hablar ya abría tamaña boca el Asistente, cuando una mirada de su jefe como con tapón se la cerró y se le fue hasta las vísceras. Mas el Cimarrón, por el esfuerzo de la vista, había sido desensimismado. Meneó, él, la cabeza; se la volvió a cubrir, y ordenó con sequedad:

— ¡Agarrá el cuchillo y arreglale el vaso!

Contrariado, el Asistente fundó en tierra una rodilla, en la otra apoyó la mano dócilmente flexionada del caballo, y con el cuchillo empezó a contornear el casco, quitando delgadísimas lonjas coreáceas para emparejarlo. El Sargento Cimarrón, luego de observar un momento, se apartó por no inquietar al bayo, a sigiloso paso. Al fin ya a prudente distancia, bien resuelto enderezó hacia el campamento. Arrastra, entonces sí, con fuerza, las espuelas. Pero al pisar una

eminencia del terreno, se sujetó, como si el panorama que se le tendió de súbito le hiciera fuerza de adelante. A la manera de quien, a medias entrado en el agua, se detiene y estrecha los brazos, cruzándolos sobre el pecho... y a dos manos se los restrega, escalofriado, así, en un movimiento instintivo, el Sargento Primero pareció intentar arrancarse las jinetas. Bajo los árboles ya estaban otra vez en sus estacas los caballos de la tropa. Dos o tres calderas agrupaban en su torno al milicaje, resguardado también del aire encendido. Más allá, la gran piedra, el horno, el barril del agua, el palenque, alguna mata florida, el pequeño corral de palo a pique. ¡Y la oscura entrada del pasadizo!... ante la cual, inexorable, iba y venía una carabina, posada en ese instante sobre el hombro del Soldado Pajero, y, por encima de todo esto, pasaba y seguía su marcha alguna nube indiferente.

\*

Las sombras empezaron a aparecer y buscaron de posarse sobre el campo. Como del lado del arroyo se levantó un aire fresco. Salió, al fin, la luna. Pero, adentro, hacía bastante rato que los sitiados habían encendido un candil. Estaban en más que necesario descanso. Revolviendo el fuego, luego de deschalar varias mazorcas tiernas, la Mulita las ensartó en sendos alambres ennegrecidos por el uso, y los dispuso entre el rescoldo. De cuando en cuando hacía girar los choclos de modo que el calor les diera parejo. Una vez asados, ella los retiró. Mientras se entibiaban, fue a la alacena haciendo un rodeo que le evitó pasar por sobre el montón de tierra y guijarros y pedazos de raíces extraídos del túnel, y ofreció al Apería un pedazo de pan casero muy sabroso por haberse amasado con chicharrones. Trajo un trozo también para ella, y se sentó a comer frente a su cabizbajo, desfallecido amigo, que apenas si dijo:

- ¿Es hecho por usted?
- Sí, señor.

— ¡Flor de pan!

Criado por ahí, a la de Dios es grande, sin nadie desde chico que se cuidara de inculcarle buenos modales, el Aperíá hacía ruido al comerlo. Pero no lo advertía la Mulita. Callada, ella lo miraba llena de agradecimiento. Pensaba contarle a Don Juan, cuando llegara al monte, todo lo que su amigo había sudado aquel día por ella...

— ¿Y para cuándo será la salida, don Aperíá?

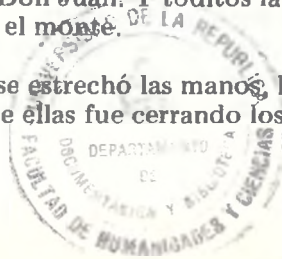
— Para después que se entre la luna. Por las dudas, lo mismo habría que esperar a que nada más que las guardias queden despiertas. Yo calculo que ya estamos cavando entre la piedra grande y el horno, que son los que nos van a ocultar. Ahora nos tomamos un descanso y, después, usté me alumbrá con el candil y yo pico derecho para arriba. Cuando aparezcan raíces de gramilla, paramos y esperamos la hora. Entonces, empenándose un poco con la cabeza, el suelo se abre...

— ¿Y después? —interrumpió ella, ansiosa.

— Después salimos agachaditos o arrastrándonos, si cuadra; despuntamos el arroyo y, para las barras del día, nos guarecemos en la isla de ceibos o, si el día nos agarra antes de llegar allí, estaba pensando, quedamos escondidos en la tapera que hay como quien va para la pulpería de “La Flor del Día”. Allí aprovechamos para descansar y esperamos hasta que caiga la noche... y volvemos a tranquear. Como segurito nos vuelve a sorprender el día sin llegar al Arazatí, estaba pensando que yo tengo un rancho amigo, en el camino. Es el de la vieja Chancha Negra, que tiene una hija de peona en “La Flor”. Usté se queda con ella, porque va a estar más que rendida. El hijo, que sirve con ella, no está, salió con tropa. Pero yo le pido el petiso que tiene la vieja y, a la noche, sigo viaje hasta dar con Don Juan. Y toditos la vamos a buscar a usté y a llevarla para el monte.

— ¡Ay, qué suerte!

Al exclamar así, la Mulita se estrechó las manos, las como expuso delante de ella, y sobre ellas fue cerrando los ojos.



— Ahora —continuó el Aperiá arrojando al fuego un marlo ya desgranado a diente —consiga alguna bolsita y vaya poniendo pan, un chifle para agua y esos choclos que han sobrado. Fríos, no son de dar apetito a nadie; pero los vamos a precisar en el camino. No podemos llevar nada más, cosa de ir livianos.

El Aperiá se sacudió las migajas, se incorporó y tomó ya no el pico sino la pala que dejara sobre el gran montón de tierra y de guijarros y deshechos de raíces que había arrasado a la cocina desde el ascendente túnel.

— Bueno, ahora usted alumbra.

La Mulita asió el candil. Arrodillándose y alzándolo delante de la cueva, contempló cómo, detrás de una sombra que adquiriría en ocasiones formas y dimensiones sobrecedoras al repetir con exageración los movimientos del cavador, el Aperiá, cuidadoso de no provocar ruidos delatores, hundía la pala, la atraía hacia sí y poco a poco se internaba en las frías entrañas de la tierra. La Mulita, con su luz, iba avanzando también. Y cuando se le fatigaba el brazo, ahora muy bajo, pasaba el oscilante candil a la otra mano.

En una que se interrumpió para descansar, mientras su ya empapadísimo pañuelo enjugaba cara y pescuezo, el Aperiá cuchicheó con un aire sombrío que la Mulita, por suerte, no percibió:

— Bueno, ahora unas cuantas paladas más... y se abre boca. Estoy en las raíces de un cardo que debe ser el que queda atrás del horno. Ya no hay más que cavar bien para arriba una nadita, siguiendo las raíces. Con su permiso.

Para darle paso retrocedió muy agachada la Mulita hasta salir del túnel. Y el Aperiá, que ya momentos antes creyera escuchar unos golpes sordos, atravesó la cocina y se asomó de puntillas al pasadizo, poniendo el oído.

Atrapando palabras sueltas de la soldadesca, conjeturó que los sitiadores ya habían cenado y se disponían a acostarse. Las voces le advirtieron que con varas gruesas clava-

das a modo de horcones y con gajos hojosos se estaban improvisando sendos ranchejos, los soldados. A eso se debían los golpes. Una pesada estaca convertida en maza hundía en la tierra las ramas previamente aguzadas por ambos extremos, que obrarían bien curvadas, de sostén del techo.

El Aperiá retrocedió abrumado de fatiga y se sentó en un banco. Frente a la alacena, en un bolsito, la Mulita introducía pan casero y varios choclos, para ir en seguida a avivar el languideciente candil, echando dentro grasa en rama.

— ¿No habrá algún chifle? ¿Si? Entonces no se me olvide de lo que le dije. Y no ponga nada más, que...

Se interrumpió el Aperiá. Y con espanto cerró los ojos la Mulita. En el silencio de la noche, una vibrante clarinada se había clavado como filo de cuchillo.

— ¡No se me asuste, que es para bien! —previno en seguida el Aperiá, repuesto de la sorpresa. —Es el toque de silencio. Ahora los soldados van a acostarse y quedarán solito las guardias. Para dentro de un rato, vamos a hacer... vamos a hacer...

Iba a decir: el intento. Pero le dio pena aquella presencia todo ojos que tenía delante. Y sustituyó, con rotundidad:

— ...vamos a hacer la salida —mientras terribles inquietudes, que su incesante ajetreo con el pico y la pala había, en parte, ahuyentado, comenzaban de nuevo a hacer su aparición y a traerle ahora más intensas sombras, si cabe, todavía.

— Y dígame: el finado tenía que tener armas ¿no? Si pudiéramos agenciarnos una pistola... ¿sabe? ... —repuso todo confundido al ver a su amiga entreabrir la boca con espanto. —... siempre es bueno... por cualquier evento en el camino.

— Mire, don Aperiá, registre en el arcón —balbuceó, aun recelosa, la Mulita. —Ahí hay armas y de todas cosas.

Se incorporó él. Y marchó tras la joven al otro cuarto, con el candil. En seco los volvió a parar una nueva clarinada. Esta vez lejana, como del lado del arroyo. (Se cumplía

al pie de la letra las instrucciones del Comisario, con la finalidad de hacer creer a algún oído espía que en torno a la casa del finado Peludo estaba acampado un verdadero ejército).

— ¡Qué barbaridad! ¡Tienen un mundo de gente! —se dijo para sí el Aperiá, que tragó el anzuelo. Y agregó en voz alta: — ¡No es nada! Es otro toque de silencio. Van a dormir, ahora. Con esto es con lo que yo contaba.

Reponiéndose de su sofocación, abierta y apoyada contra la pared la tapa de un antiquísimo arcón, se asomó dentro. A pesar de sus preocupaciones, quedó asombrado ante lo que aparecía a sus ojos... y lo que seguía apareciendo en cuanto allí se revolvía un poco. Meció la luz de un lado a otro. Había blancas y coloradas golillas de seda, había engastados yesqueros, había espuelas con alzaprimas de plata y oro, había relojes y cadenas enchapadas y macizas que rutilaron, había varios puñales, había dos facones como estoches... Y debajo de esas prendas, una pistola de dos caños también había. Todo lo que en la pulpería el gauchaje dejara en caución cuando se pasaba en la jugada o en el mostrador, yacía dentro del arcón inexorable, con mucha prolijidad acomodado.

El Aperiá mantuvo un momento la contemplación, embelesado con tanta cosa linda como no había visto nunca junta y como no vería nunca más, ya. Pero en seguida vuelto a su dura realidad, pasó el candil a la joven, retiró la pistola, se cercioró de que estaba cargada, y se la atravesó por delante. Luego, buscó entre los de más abajo hasta dar con un saquito con balas, que con rapidez distribuyó en los bolsillos del tirador y de la chaqueta; abandonó entre las prendas su cuchillito cabo de guampa a cambio de una daga de excelente hoja. Pensó sacar un puñalcito de plata y otro para la Mulita; pero al instante desistió, meneando compungido la cabeza.

— Siempre es bueno... Para el viaje ¿sabe? —enteró al bajar la pesada tapa de cedro, deseoso de que la que detrás de

él lo estaba mirando fijo, por nada del mundo fuera a sospechar que había que admitir la posibilidad de una pelea —y si había pelea era sin salvación— porque ¿que podrían hacer ellos dos solos contra tantos?— en cuanto hiciera pie fuera del túnel.

¡Qué silencio, ahora, tan tenso! Convertía en ruido el respirar de la Mulita, encima y detrás del Aperiá, que se incorporaba y le dio el frente y quedó sin habla al verla. Estaba rígida, la Mulita; rígida, los ojos dilatados y con un brillo en ellos más que el de la fiebre; el brazo insistentemente alzado porque, sin necesidad ya, mantenía siempre el candil en alto. La luz de éste, ahora, dio de lleno, también, y de cerca, en los ojos del Aperiá. Mas estos parpadearon como para sacársela de encima. Y a través de su aleteo y del encandilamiento, él percibió más fijos y más dilatados aun aquellos dos vidrios de la cara de su compañera.

Al Aperiá también lo invadió la angustia. Pero sacó energías de la piedad que le provocaba el susto que tenía enfrente.

— ¡No esté parada! Deje ya ese candil. Siéntese un rato, para descansar bien... --Y agregó, sonriendo apenas, con un gran esfuerzo— ...sientesé, que luego hemos de darle duro al talón.

Retirándole el candil de la mano hecha goma; la tomó por el hombro, la condujo hacia su asiento, la ayudó a sentarse. Pero no logró que, aunque más no fuese, un leve parpadeo diera vida a aquellos ojos que nada miraban, como si su propia luz les pusiera barrera.

— ¡Sí —pensaba el Aperiá —demasiado ha aguantado! ¡Está que no da más...! ¡Y pensar que ahora viene la más fea!

Alzó la tapa de la caldera para ver si había agua suficiente. Callado, después de arreglar con lenta prolijidad el fuego, se puso a aprontar un amargo. Quería distraer a la Mulita con sus movimientos y sin la perturbación de sus palabras, pues él no sabía decirle ahora que, como a la espera de al-



gún gran ocurrir, parecía haberse detenido el tiempo, empecinado en no seguir su marcha mientras eso, el tal acontecimiento, no fuera.

— ¡Y pensar... la madeja que se ha tejido para hacerla desaparecer; todas las fuerzas que han agolpado para esta debilidad!

Como de hierro seguían aquellos párpados; hierro que engarzara en su fijo círculo dos manchas de luz ciega, inmóvil, malamente dura.

En el momento de disponerse a llenar el mate, el Aperiá volvió a mirar a la Mulita. Achicándose de congoja, vio cómo dos gruesas lágrimas pendían un momento y rodaban sin ser enjugadas. Entonces él se tornó para no ser advertido. Y con premura sacó su pañuelito.

\*

Al primer toque de silencio y ya retirado a su carpa el Sargento Cimarrón, los soldados sin servicio se encaminaron a sus ranchejos, casi todos construídos bajo los árboles por mejor resguardo, bajo los árboles por mayor resguardo, para arrastrándose introducirse en donde, al abrigo del rocío, y del fin de su evaporación, ya estaban tendidos sus aperos.

Pero hubo un miliciano joven, precisamente quien resultó más confortablemente ubicado, que no se hizo "bendito". Cuando por la mañana echaron pie a tierra, al contrario de sus conmitones, que miraban suspensos al Comisario Tigre; al revés de éste mismo, que con ira reconcentrada avizoraba la lejanía, el Soldado Cuzco Overo, como si nada, escrutó hecho un lince lo más inmediato de lo cercano para elegir el donde dormir. Vio la gran piedra, vio el horno... y siguió, no más, oteando; y vio la batea de lavar la ropa, vio el barril del agua, muy campante sobre su rastra... y siguió figando; y vio el palenque, y, al llegar a ver el jardincillo de la Mulita, retrocedió la vista sin hacerle caso, pues bien se sabe que dormir respirando perfumé de flores sobre todo de jazmín de clavel, de nardo, es agarrarse en fija un dolor de

cabeza para todo el día. Y tomó resolución, contento por sentirse seguro de que quedaba librado de andar buscando varas y ramas para hacerse su nocturna morada. A su apero él lo metería bajo el sostén del horno, el cual estaba como sombrero que, con sumo cuidado, sin ni tocarle la copa, allí lo hubieran puesto de vista sobre un escaparate. Así decidido, al toque de desensillar, y en el instante en que el Comisario señalaba con el rebenque la distante loma del ombú hacia donde, mientras se cumplía la orden, sólo un par de ojos no tendió su mirar, el Cuzco Overo recogió presuroso apenas el sobrepuesto y los cojinillos por miedo de que alguien le ganara de mano, y corrió con ellos al sitio privilegiado para sentar su real. Después, ya sí con parsimonia, terminó de desensillar su caballo y condujo el resto del apero al lado del horno, recostado al cual también dejó el sable.

— ¡Aquí voy a estar hecho un jefe!

Meditó un momento. Luego, sin mirar una sola vez hacia atrás, sin dispensar su atención al diseminarse de sus conmitones con los recados a cuestras en la búsqueda de propicios lugares, así, cual si estuviera solo en el mundo, adelantó cuchillo en mano hacia un saucécito, le tronchó una hojosa rama y, con ella por escoba, se arrodilló, metió la cabeza, bien gacha por miedo al cabezazo, abajo del horno y procedió a barrer carbones y cenizas en el sitio limitado por los cuatro toscos cilindros de ñandubay que mantenían la plataforma donde se fundaba la cúpula de barro. Y cuando aquel piso quedó sin un brillito negro, ni una mota de polvo, aunque, sin embargo, reteniendo un uniformemente lindo color gris, entonces, recién entonces, el joven, siempre de rodillas, con prolijidad dispuso encima: primero, bien abierta, la carona; después, las jergas. Palmeó, alisó y ya les echaba uno de los dos cojinillos, cuando

— ¡Putá! ¡Se han agarrado todos los buenos lugares, esos vivos! — pasó diciendo uno sin verlo por lo cabizbajo que le imponían marchar el rencor y el basto a cuestras. Y como enderezaba al macizo de floridas enredaderas del jar-

dincillo, el Cuzco Overo le previno en momentos en que, por su parte, quitaba el poncho de la maleta:

— ¡Ojo con el perfume! ¡Para ahí te aconsejo que no, Flamenco!

-- Sí, ¿y a dónde?

-- ¡Pero muchacho! ¿Me vas a decir que se ha achicado el mundo? Correte para el lado de atrás o para los costados, que todos se vinieron para el lado de adelante.

— ¡Putá; no se me había ocurrido!

Ahora, con el basto hizo cabecera, el joven, y sobre él colocó, en rollo, el otro cojinillo para su almohada. En seguida, plegó prolijamente al medio el poncho y lo tendió bien liso y sacó la cabeza y se incorporó con la mirada suspensa en el futuro dormitorio.

-- El que esta noche me vea aquí se chasquea. ¡Mirá un ministro dormido!, capaz que se dice.

Exclamando esto, su mirar se proyectó sobre el cielo, en el norte un poco roído abajo por una sombra.

— Agua no va a caer hoy... y puede que ni mañana —se dijo recogiendo el sable y volviendo a colocarlo en su cadeni-lla. —Y en último caso, si llega a llover, me mando para adentro del horno, hago puerta con la carona y asunto concluído; sigo durmiendo en paz. ¡Como torta!

Y sonrió tiernamente.

Tal cual lo narramos pasó en la mañana. De ahí que, ahora, a la blancuzca pero intensa claridad, el Cuzco Overo abandonó el fogón sin la más mínima preocupación, sabiendo que de toda la gente de tropa él iba a ser el mejor ubicado —y mucho mejor si llovía— y atravesó el pequeño campamento con unos bostezos que le paraban la marcha, cruzó con un “¡Adiós, che!” frente al centinela Avestruz apostado a la salida del pasadizo, y siguió de largo... Llegado a su excepcional refugio —ni con la carpa del jefe permitía comparación— ganó a rastras abajo del horno, encendió un cigarro y, de espaldas, el sable tendido a su lado izquierdo, se echó a fumar poniéndose por entero a disposición del sueño.

La blanquecina luminosidad, ya menos intensa, tal vez, como si la luna ahora medio quisiera retraer su brillo, se sostenía siempre sobre la tierra. Todo callado, todo más que calmo estaba. Ni una brisa de nada cruzaba la absorta suspensión. Y la luciérnaga con su corto chispacito y el grillo con su apenas audible chirriar, eran índices que al distraído señalaban, precisamente, la constancia del lechoso blancor y el insistir del silencio. Aquello daba la idea de que el horizonte hubiera dejado afuera a todo lo inquieto. Lo que ya no estaba en su sueño se disponía a caer en él dentro de la inmensa redoma, abajo de cuya comba las estrellas que no quedaban muy próximas a la luna ardían entre también quietas nubes con ese fulgor, con esa nitidez del vidrio que anuncia un tiempo malo.

Asimismo el Soldado Cuzco Overo se había quedado quieto. Atendía a que en su mente se encendían y se apagaban cosas, se encendían y se volvían a apagar, cuando se halló de manos a boca nada menos que con que estaba siguiendo a un mirar que le llegó sin dejar descubrir su origen, y que lo intrigaba mucho porque él tenía la idea de haberlo sentido encima alguna vez. Siempre tras ese mirar en incesante retirada, el soldado topó con una tapera ya hecha yuyos. Los siete ombúes que allí había (siete y ¡qué extraño! iguales en altura de troncos y en ancho de copas) siete ombúes, pues, comenzaron a mecerse, a mecerse parejos, como a compás... y cuando él quiso acordar, se hicieron humo. Mas en la noche cerrada se clavó de pronto una estrella, venida bien apagada quién sabe de dónde hasta que estuvo a la vista del joven miliciano, que fue cuando se encendió. Después de un ratito de mostrársele inmóvil, ella hizo en el cielo unos giros, como atrayéndole bien la atención... acentuó más su luz, por las dudas, y se puso en marcha, aunque con bastante lentitud, en fija para que él no tuviera que seguirla a raja cincha, aplastando al pobre lunarejo. Así, entre el fresco que se levantaba, trotando sin apuro en pos de aquel alto deslizamiento celeste (ahora la estrella había desplegado

una cola como de veinte metros, lo menos) el Cuzco Overo sintió unos ruidos y advirtió que atrás, muy iluminado, venía el finado su tío en la misma dirección que él con la estrella llevaban, al trote de su tordillo por el camino como tabla. Reconociéndolo, el buen sobrino taloneó su lunarejo, se apartó para dar paso a la tropilla que tras el cencerro de la yegua madrina su tío venía arreando y, cuando ésta le llegó al lado, él dijo esperando la cortés detención del finado: “¡Muy buenas noches! ¿Qué es de esa vida, mi tío?”, y le alargó la mano con respeto. Mas el finado siguió de largo, sin mirar, aunque empezó a hacer gestos y movimientos de cabeza y de brazos y hasta de piernas, después como en peroración acalorada. Entonces, picado por la intriga, el sobrino Soldado se le apareó, y púsosele a trotar a la diestra, sin sacarle el ojo. Parecía que con rotundidad aprobaba algo su tío porque, a cada cabeceo, el mentón aplastaba el nudo de la blanca golilla... De repente, el viejo se tentó. Tales risotadas soltaba, que debió agarrarse a la cabezada del recado para no irse al suelo. Y cuando medio se le pasó eso, dio en encogerse de hombros y en menear la cabeza negando con resolución, aunque la boca le seguía siempre como si le hubiesen puesto candado. Manteníase trotando a su lado el retacón Cuzco Overo, con el ojito hacia arriba (el finado Galgo viejo, su tío, fue famoso por su larga flacura) a la espera de que el otro se quedara quieto para entrar a tallar él. Pero su deudo no daba sitio. Ahora muy echado hacia atrás, la vista siempre hacia adelante, mecía con parsimonia el rebenque casi sobre las inquietas orejas de su tordillo, en actitud de dar consejos de peso. Entonces el Cuzco Overo detuvo su caballo y dejó que su tío continuara así, con la costumbre que de finado había agarrado ¡vaya a saberse dónde! de conversar sólo él, no más, y callado, como lo siguió haciendo, y de nuevo con calor, sin duda, ya que, hasta que se perdió tras una cuchilla con sus redomones, su yegua madrina y su cencerro, el desairado sobrino veía otra vez sus ademanes, revoleos de pierna y cabezazos. Pero bien se dice que

no hay mal que por bien no venga. Ganó plata con esto el Cuzco Overo. Porque, en ese momento al rayo del sol, tornó su lunarejo, enderezó a la pulpería... Allí, entre los que se agolpaban en la cancha de taba clavó, cobró, aceptó apuestas y tiró otra vez el hueso... Cayó éste, ahora, con un golpe seco. “¡Suerte, no más!” Pero, desdichadamente, el ruido que hizo la taba al clavarse otra vez entre la admiración general, despertó al joven Soldado Cuzco Overo. ¡Había dormido un buen tirón! ¡Debía ser ya más de medianoche!... Mas volvió a oír otro golpecito, ¡Que taba ni que taba; ahora él estaba despierto!... ¡Y, otra vez y otra vez, parece mentira, el golpe!...

— ¿Qué es esto? —se preguntaba el Cuzco Overo. Intentó sentarse en los cojinillos, cuando su rudo cabezazo contra el piso del horno le obligó a recordar dónde se hallaba. Mas otro golpecito sordo lo sacó del aturdimiento. Con muchas precauciones para no repetir la topada se asomó y, de seguido, se arrastró hasta salir.

El ruido venía de poca distancia... ¡y de abajo de la tierra!

Iba el joven Soldado a poner cara de asombro, cuando se sonrió ampliamente iluminado por la tranquilidad. Creyó darse cuenta de que en ese momento estaba como piedra de dormido. Y que en lo que andaba metido era en unos sueños locos como para no poderse contar porque no los creen y dicen que no son sueños, que son mentiras. Si no, ¿era posible que un cardo se moviera como lo hacía el que tenía delante? ¿Y sin que por allí anduviera el menor viento? ¿Eh? Esa era la prueba de que soñaba. Estaba copiando el cardo, y con torpeza, a los siete ombúes del sueño anterior. Pero de golpe la sonrisa se le apagó. El Cuzco Overo se puso serio, no más. Y lo invadió el estupor. Porque, no había nada que hacerle: salían ruidos, no más de abajo de la tierra; rompía los ojos que el cardo se movía y por consiguiente, aunque pareciese mentira, él estaba más que completamente despierto... Y en ese instante, otra vuelta se le apareció

la sonrisa; sonrisa esta vez como dispuesta a quedarse allí toda la vida.

— ¡Pero mirá lo que venía a ser! —se dijo. Y estiró con mucho, mucho sigilio el brazo hacia el costado, sin mover la cabeza, palpando con delicadeza hasta agarrar el sable. Entonces se arrastró fuera del refugio, se incorporó y, cuidadoso de no hacer ruido, desenvainó. — ¡Pero mirá, vos, qué cosa! La Mulita y el Aperiá quieren apretar el gorro y están abriendo una salida. ¡Pero mirá qué planchazo me le voy a encajar al primerito que saque la cabeza!

Fijos los ojos, atento el oído, aguardó inmóvil, sin respiro. Un pequeño sector de la gramilla comenzaba a alzarse... se resquebrajó... y medio quiso aparecerse una cabeza sobre la que el sable empuñado a dos manos fue abatido con todas las fuerzas.

\*

Al grito de alarma que dio el Cuzco Overo, corrieron en la semioscuridad los guardias. El campamento se hizo hormiguero al que le plantan la pisada. Sin chaquetilla ni quepis, pero espada al cinto y pistola en mano, el Sargento Cimarrón se asomó, muy agachado, desde su carpa, el corazón achicándosele y suspendida la respiración. A la confusa claridad, su penosa mirada envolvente le permitió descubrir que no se trataba de un ataque del enemigo, y que ya estaba en pie todo el milicaje.

Entonces, impelido por brusca fiereza, pasó la pistola a la mano izquierda, desnudó con la otra el sable y se abalanzó impetuoso para unirse con los que, rezagados por buscar a tientas el lugar donde dejaran sus armas recién abandonaban sus "benditos" y corrían a tropezones.

— ¿Qué hay! ¿Qué hay! —gritaba el Sargento Primero dejándolos atrás porque avanzaba con una decisión que no ha-

bía hecho presa del todo en aquellos subordinados.

Era atrás del horno el agolpamiento, la detención de las sucesivas sombras y la bulla.

— ¿Qué hay! ¿Qué hay! —repitió al llegar, y estiró a medias los brazos para mostrar las manos con armas.

— Yo estaba como un ser aquí... —ya se hallaba explicando el Cuzco Overo, todavía con el machete desenvainado. —Y siento unos golpecitos sordos... y me veo un cardo moviendosé...

— ¿Cómo moviendosé? ¿A ver, cómo es eso, muchacho!! ¿Cuál cardo, cuál?

¡Ese que ha quedado ladiado! ¿Sí, mi Sargento, moviendosé! ¡Temblaba el cardo... se quedaba quietito un momento... volvía a sacudirse...!

— ¡Ahá?

— ¡Ahá!

El Soldado Cuzco Overo cabeceó con suficiencia. Y luego, adoptando un confidencioso aire paternal, acentuado sobre su jefe, pero que se extendía sobre el marcial conjunto suspenso, siguió:

— Yo calculé lo que era. Chapé el machete, y me perfilé. Y en eso, ¿no se me levanta, amigo, la gramilla...?

— ¿Cómo que se levantó la gramilla? ¡A ver qué es eso, criatura!

La soldadesca estrechó aun más el círculo de palpitaciones.

— ¡Seguro! ¡Como que empujaban de abajo, con la cabeza! Y en cuanto ella quiso aparcer, le afirmé un planchazo sin darme tiempo a ver de quién era. ¿No ve?

— Y señaló en el suelo un pequeño boquete, a medias vuelto a cerrar. Ahora el círculo se desplazó, hizo del agujero su centro, y quedó agachado.

El Cabo Pato, que en el apuro sólo se había puesto las bombachas, y que estaba descalzo, echóse a tierra con la intención de mirar hacia adentro.

Dando un pisotón al Soldado Gato Pajero y otro al Cabo



Lobo quien, al intentar salvarse llevó al Voluntario Terutero entre las firmes botas del Veterano Avestruz hecho pasmo,

— ¡Atrás! —gritó el Cimarrón, en un retroceso de dos pasos. ¿No ves que te van a dejar seco de un balazo, por zonzo?

Como si se la hubieran refregado con ortigas, el Pato retiró la cabeza. Y se incorporó más que ligero.

Una voz cascada atrajo la atención. Menos pregunta directa que cavilación interrogante fue la del Veterano Avestruz.

— Pero, vamos a saber, ¿y el cardo temblaba asunto de qué?

Comenzó el Cuzco Overo, acercándose solícito al de la extrañeza:

— Sí, ¿sabés?, yo estaba... como un ser aquí. Y de repente...

Cierta ansia nacida en el pecho de la soldadesca ya los iba a estrechar en un haz de nuevo a todos cuando la impaciencia del Sargento relajó la atención.

— ¿Pero y ahora vamos a tener el cuento hasta el día? ¡Soldado Pajero, usted se me pone de imaginaria en este buraco! ¡Y que ninguno se me asome ni a la entrada del pasadizo ni aquí, porque pelagra que a boca de jarro le hagan fuego...!

— Y ahora que dice fuego —surgió una voz aguda y con la fuerza de quien llega y anuncia a la familia que sacó la grande —yo tengo una idea.

— ¿Cuala?

— ¿Cuala, a ver?

Todos se tornaron hacia el Voluntario Terutero.

— ¿Por qué no prendemos un hojerío medio verdión en los dos lados de salida, y hacemos humo y se acaba de una vez?

Algunos de los lentos en pensar, [(...)], cabecearon, aprobatorio; los otros, los de inteligencia ágil con penosa inquietud miraron al Cimarrón, quien, por suerte, se revolvió co-

mo mordido. Un momento contempló como para partirlo, al que hablara. Y mientras embarullado buscaba algún argumento eficaz, tartamudeaba el Sargento en forma que hizo errar a los milicos pues lo atribuyeron a la ira cuando, en realidad, era el brusco reaparecer del sentimiento de piedad por los sitiados lo que le perturbaba.

— ¡Usté, Terutero, es Voluntario... y no tiene voz! ¡Se me deja usté de ideas ahora mismito y... y no grite que aquí ninguno es sordo!

La energía con que quería hablar se le iba debilitando al Sargento. Y para rehacerse de un atisbo de desfallecimiento, siguió:

— Usté, si quiere, cumpla con el deber de venir aquí, que ha dicho que tiene aun siendo particular, y que yo no se lo veo. Y si no, no lo cumpla al deber. Y nosotros cumplimos con el militar nuestro.

Y en dudas de que la idea del Terutero contara con cierta aprobación, barbotó:

— ¡Al primero que me venga con ideas, lo mando de plantón toda la noche!

De pronto, tornóse de nuevo hacia el aturullado Voluntario, estiró el brazo señalando a la lejanía envuelta en sombras, y preguntó:

— ¿Y usté no tenía orden de estárseme de guardia en la loma del ombú?

— Sí, mi Sargento, pero me tocó el relevo.

— Bueno, agarre la carabina, vayasé y releve a su relevo. Y ya sabe que...

Lo interrumpieron unos alarmados

— ¡Qué hay! ¡Qué hay! ¡Qué hay! — que se acercaban a los saltos.

Se dio vuelta el Cimarrón, y de inmediato cruzó los brazos, iracundo. Pero los brazos, al sentir el calor del duro estrechamiento, por su cuenta aflojéronse un poco. Era el Asistente Macá que, ante la furia del Superior, se clavó rígido a tres pasos, desarmado, descalzo, cubierto sólo con las

bombachas cuyo rojo chupaba la noche dejándolo chocolate.

— ¿Y recién te aparecés? ¿Y recién te distes cuenta del tamaño escándalo que se ha armado? ¿Y si nos hubieran invadido? Pero, decime, ¿y vos te has agarrado al mundo por tu cuenta?

El machete le golpeaba la pierna al Sargento; le golpeaba diríase, como ofertándose para una buena lluvia de planchazos. ¡Pero, por cierto, no haría uso de él el Sargento Cimarrón! Porque la cólera era causada menos por la conducta del Asistente que por su necesidad de hacer zafar el pensamiento de un creciente embargamiento abrumador.

Confuso, el Macá aguantaba la reprimenda con marmórea rigidez, fijos los ojos en las guiñantes estrellas que las nubes, como adrede, habíanle descubierto sin ninguna necesidad, allá muy lejos. Para colmo, por otro lado, sufría también, y en mayor grado, debido a que la curiosidad se lo estaba comiendo vivo.

Sosteniendo la mirada sobre el abrumado, los ojos del Sargento Primero apagaban su fulgor. Era que lo asediaba cada vez más una nueva preocupación. Y ella borrábale el bulto del Macá y le interponía imágenes de la memoria.

— Lo que pasó —quiso volver el Cuzco Overo refregándose el pecho porque empezaba a ser sensible al frío de la noche y se hallaba sin poncho —lo que pasó fue... Yo me veo el cardo temblando y...

Como cuando al borde de la barranca, conteniendo la respiración, ya va uno a largarse al agua, así el Asistente Macá se empinó hacia el Cuzco Overo. Pero las palabras de éste habían desensimismado al Sargento Cimarrón, quién ordenó, recuperando su cólera:

— ¡Silencio y cada cual a sus cacharpas! ¡Marchen!

Giraron cabizbajos tanto por la emoción como para ver bien dónde pisaban los ya ahora convertidos en sombras, pues dos viejas nubes habían traído como un aire negro que sopló el tenue blancor hasta entonces posado sobre las co-

sas. Y entre la dispersión, haciéndose más el chiquito, aprovechaba el Macá para escurrirse, situándose adelante de los biombos andantes del Soldado Avestruz y del Trompa Tamandúá, que eran los más altos del grupo, cuando lo paró y lo alzó hasta erguirlo otra vez en su estatura completa la voz aplacada de su jefe, cuyo acento misterioso asimismo atrajo como imán la atención del joven Asistente:

— ¡Vos te me quedás aquí!

A la manera del que, medio embarado de la galopeada, al fin llega a su destino, y es ayudado a quitarse el poncho hecho sopa y el saco y hasta el chaleco también mojados... y ya en camiseta estira y pliega los brazos con holgura creciente junto al fuego, así sintió el Macá que le habían sacado un feo peso de encima.

Esperó un momento el Cimarrón, observando el alejamiento de los otros. Sacó la chuspa, lió, se la pasó a su subordinado, hizo chispear su yesquero, encendió el cigarro y, al recibir otra vez el tabaco, dio fuego al Macá, siempre en silencio cerrado. Aguardó, todavía.

Cuando los soldados se introducían de bruces en la tibiaza de sus "benditos", recién entonces, el Sargento fue a hablar. Pero aguantó aun para, seguido por el Asistente, alejarse unos pasos del Imaginaria que acababa de apostarse ante el boquete recién abierto. Ya a prudente distancia, se detuvieron, viéndose recíprocamente mejor las caras gracias a que la luna surgió del seno de un negruzco girón; aunque, en seguida, a tamaña blancura le volvieron a ganar el lado de la tierra. Como la tropilla al cencerro de su "madrina", el Macá y la confusión de su mente se sentían dóciles a todo.

— ¿Qué me decís? ¡Casi se nos escapan, no más!

El Macá presentía grandes misterios en la actitud de su Sargento, y atribuyéndoselos a aquello pescado al vuelo que tanto le acicateara la curiosidad momentos antes, dejó salir, casi cerrando los ojos, como un soplo:

— Sí, ¿pero y lo del cardo?

Echó atrás la cabeza el Sargento, muy desacomodado an-

te la imprevista pregunta. Fue a ponerse colérico y no pudo, como si hubiera obrado en su interior la intensa escurridura de la luna que volvió a dejarle pálido de arriba a abajo el uniforme. Y aunque de inmediato todo se puso otra vez negro, por sobre un "ajo", que ya iba a brotar, pasaron y salieron mansas palabras explicativas.

— ¿El cardo?... El cardo temblaba, ¿sabés?

— Sí, ya sé; ¿pero y de qué?

El joven Asistente casi tocaba con la frente el pecho de su Superior de tanto que, firmes los desparramados pies entre el pasto, se le empinaba todo.

— ¡Pero atendé! ¡No es que temblara, muchacho, es que se sacudía!

— Sí, ya sé, ¿pero y cómo?

Calentándose, el Sargento lanzó una mirada a las estrellas. Mas no las halló, casi, perdida la mayoría tras los desflecados nubarrones en marcha.

— ¿Pero ahora ya no sabés lo que es sacudirse, me vas a decir?

Como cuando cae una piedra en un espejo, así comprendió el Asistente que había resquebrajado sin remedio aquella linda atmósfera confidencial establecida al quedar solos por las primeras palabras de su Superior.

— Sí —balbuceó sudando, porque, a pesar de todo le era imposible contener la despertada curiosidad— pero yo digo, ¿noverdá?, que... ¿noverdá?, ¿eh?...

Y semejante al pájaro en una delgada rama, su ansia se detuvo, mecida y aguaitadora aun, sobre la frase que permaneció en el aire.

El Sargento se cortó. Palabras no le faltaban. E imaginación con que llevarse por delante, fuera como fuera, a aquel joven, menos. Lo que le pasaba era que tenía las cosas a rienda corta porque se sentía andar igual que por un tembladeral de pago ajeno, donde pisar cualquiera, al parecer, inocente matita de pasto, puede significar hundirse hasta el encuentro y, tal vez, dejar de recuerdo sólo el quepis, como tantos.

— Es que el Cuzco Overo estaba despierto... por desgracia... —enteró descendiendo la boca hasta el ávido oído que tenía al frente.

Bajo el recelo de provocar algún estallido de cólera, más codeado con insistencia por su curiosidad enardecida, el Macá se resignó a que viniera lo que viniese, preguntando:

—¿Pero y el Cuzco Overo qué tenía que ver? ¡y disculpe!

— ¡Nada lo del ojo, gran puta!

Volvió el Sargento a proyectar su mirada hacia lo alto, confiado esta vez en hallarlo, en firme apoyo, todo negro, como ahora su ánimo. Pero, por lo contrario, allí encontró tamaño espacio con la luna entera y con estrellas hasta de las grandes. Sin embargo, a pesar de todo, no lo distrajo lo imprevisto. Si atemperó el tono fue porque la corta distancia que lo separaba del Imaginaria hizo que lo estuviera viendo como de día.

— ¿No te das cuenta, bruto, que el Cuzco Overo estaba durmiendo abajo del horno, y que escuchó unos ruidos abajo de la tierra, y que él se levantó, y que cuando vio temblar al cardo se le puso al lado con el machete, a esperar que se abriera la tierra y, cuando el otro asomó la cabeza...?

Del susto, con cabeceos, el Macá aprobaba frenético. Aunque por su magín, sin dar tiempo a retenerlas, las palabras del Sargento se le desligaban como cuando se juega a escupir sobre una plancha caliente.

— Vos siempre serás el mismo ¡caray! ¡Para aclararte cada cosa hay que hacerte abajo una fogata!

Sin embargo, entre aquella cerrazón, el Asistente acababa de pialar la gran evidencia de que hubo intento de fuga. Entonces, cauteloso, miró de reojo al inmóvil Soldado Pajero. Imaginaria firmemente apostado ante el hoyo. Pero sin conmovederle su rigidez, una nube pareció retirárselo lejos al Macá, de tal modo ella debilitó la imagen marcial. Haciendo, por las dudas, un soplo de su voz, el joven Soldado preguntó a su Sargento con dulzura, para no alborotar la respuesta:

— ¿Y ahora?

Un suspiro aun más débil llegó del veterano otra vez en marcha:

- ¡Y ahora... hay que tener pacencia!

Algo apuraba las nubes en su viaje, tratando de despejar de una vez. ¡Pero es que una sarta de ellas no acababa más de salir del horizonte! También así de negras obraron las palabras del Sargento sobre la menguada lucidez de su Asistente. Estupefacto, recién cuando el superior cruzaba al lado del aun encendido fogón, el Macá comprendió que debía seguirlo. Por desgracia su mirada se había posado en la lumbré. Al avanzar encandilado, trabó su ancho pie descalzo en un tenso maneador y se dio contra el suelo.

— ¡Pero no ves dónde andás, muchacho! —le llegó.

— ¡No, señor! —se consideró más que obligado a responder el Macá incorporándose y sacudiéndose fulgurantes gotas de rocío.

Cierta idea que acababa de hacer un claro entre sus conjeturas se le perdió en el porrazo. Por suerte, al tiempo que rehabilitaba la vista a la oscuridad, el joven Asistente alcanzó a distinguir, gracias a su brillito sugestivo, aquel pensamiento extraviado en las tinieblas de la mente.

— ¡Este anda con ganas de meterse en un berenjenal, le estoy calculando...!

Estirando el pescuezo, los ojos sobre el suelo para no tropezar, apresuró el paso tras su jefe, a la rastra de una curiosidad que lo atraía como con imán. Y se fue de bruces contra el propio Sargento cuando, a la entrada de la carpa, éste se detuvo y le dio el frente.

— ¿Pero estás dormido? ¡Bueno, andate a descansar, muchacho...!

El tono bajó bruscamente, como quien, descalzo, pisa una piedra y afloja el cuerpo, al seguir:

— ... que a lo mejor... sí, a lo mejor, mañana te voy a precisar... para una misión de confianza.

Tras el Jefe, la cortina de la carpa cayó de nuevo. Y su subordinado, al tornarse, quedó viendo las estrellas...

En efecto: se había vuelto a abrir un gran claro en el cielo, allá muy lejos. Y a la misma velocidad con que avanzaban las nubes hacia el joven Macá, alejándose el estrellero rodeando, leal, a la luna ahora tan rauda.

El Asistente retrocedió hacia su "bendito". Una intensa franja de luz hacía que el sereno brillase sobre los pastos dormidos.

— ¿Qué habrá querido decir con que mañana, a lo mejor...?

Atados a sus estacas, ahora distinguía caballos, también cavilosos. Acá y allá, al cobijo de los árboles, el bulto de los ranchejos, cuya mayoría dejaba salir, acompasados, como los roces del serrucho sobre un tablón.

— ¡Adiós, che! —saludó en voz baja, al cruzar frente al Soldado Pajero de guardia ante la salida del pasadizo.

El fogón se extinguía rodeado de calderas, a un costado los dos asadores hundidos en tierra e inclinados como los pastos, pero en dirección opuesta al de todos ellos, que se quedaron así cuando se les hundió el sol. Daba sombra el palenque. Le relucía la calva, al horno. El Macá los dejó atrás.

— ¡Que te vele! El que mañana se va a meter en un berenjenal soy yo mismito, me está pareciendo...

La noche se presentaba ahora como el día.

Llegado a su "bendito", se echó al suelo, escurrióse dentro, retiró a un costado la espada, porque se le había acostado encima, se tapó con el poncho, y depositó su afiebrada cabeza sobre el lomillo, el cual tenía arriba el segundo cojinillo para hacer blandura. A medida que se concretaba más su pensamiento, más y más se oscurecía el ánimo del joven miliciano, mientras el coronilla le proyectaba con más intensidad su sombra a través de la rala techumbre del desprolijo ranchejo porque, entre sus estrellas, la luna era ahora límpido fanal sobre los pagos.

El Sargento Cimarrón, posada asimismo la cabeza en su recado, tenía también una gran suspensión en la mente.



Cierta idea estaba allí muy paradita.

— ¡... pero este Macá es tan desacomodado! Capaz que hace todo al revés y nos descubrimos... ¡Pucha, si yo tuviera un soldado de plena confianza como los tuve en la frontera!

Por la inercia del hábito iba a desviarse hacia las regiones de lo nunca sucedido, pero se sujetó.

— Porque moverme yo de aquí... es un imposible. ¡Pucha, si yo tuviera un soldado!

Y cuando en su refugio el joven Asistente hacía ratos que roncaba a pata suelta; y, más tarde todavía, cuando el mundo entraba ya de lleno al anchuroso amanecer, el viejo Sargento Primero Cimarrón, revolviéndose sobre los cojinillos, mantenía a raya al sueño y veía surgir de a una, detenerse un momento y, luego, desaparecer para dar sitio a otra, las imágenes del Macá, del Cabo Pato, del Cabo Lobo, del Gato Pajero, del Trompa Tamandúá, del Cuzco Overo, del Veterano Avestruz, del Mao Pelada, del Halcón, del Flamenco, en fin, de los catorce soldados momentáneamente a sus órdenes. Cada miliciano era observado con minuciosidad en aquella especie de revista militar silente y a ojos cerrados. Algunos, demoraban un rato en la mente del viejo Cimarrón; otros, pasaban en seguida, como cuando el que sabe leer aprieta entre dos dedos por el filo todas las hojas del libro y afloja después un poquito el pulgar... y antes de llegar a las últimas páginas vuelve a abarcar todo el grueso... y empieza otra vez...

— El hombre, el hombre hubiera sido el Avestruz —se decía.

Y patente se le representaba delante con la cabeza medio alzada de un costado, como cuando quería ver bien, porque ya estaba muy corto de vista el viejo Veterano. Pensaba que a ése ni lo atajaban ni era capaz de entretenerse por el camino, en ranchos y pulperías. Y que si había que pelear, ése hacía pata ancha y, allí, no más, había desparramos. Porque era serio. Pero los años acarreábanle al Avestruz el defecto de no darse idea para nada...

Se superponía el Halcón, asomando por el extremo de las botas de potro unos dedos como argollas, de estribar desde chico en un huesito.

— ¡Pero de éste nadie podrá saber nunca lo que piensa! —meditaba el Cimarrón.

Y era cierto. Imposible conocer de quiénes era amigo el Halcón, y de quiénes no lo era. Y siempre callado, empacado... ¡un verdadero cuero al sol, de seco! Capaz que se le proponía la cosa y salía como escupida entre los dientes a contárselo al Comisario...

Tapó al Halcón el Cabo Pato. Y se quedó de retrato a los pies del improvisado lecho de su Sargento Primero, el quepis asomado hacia un hombro, las piernas abiertas; atrás, las espuelas buscándose una a otra y, delante, las puntas de las botas mirando, una, bien a su derecha y, la otra, a su zurda.

— ¡No, qué esperanza! Este, lo que quiere, es agarrar todo a chacota. Buen sentimiento tiene, no hay que negar. Pero... ¡Y es comodón... como él solo! Y nunca se compromete a fondo.

También aquí se mostraba sagaz el veterano Cimarrón. En efecto: viendo un rancho cerca de su trayecto, ya estaba el caballo del Cabo Pato al rayo del sol, sin siquiera los cojinitos dados vuelta, con las riendas por el suelo; y el "clase" adentro, precedido de un ceremonioso "¡Compermiso!", para quedarse, después, prendido al mate, diciendo chuscadas por hacerse el sencillo a pesar de su autoridad, e incorporándose de a poco cuando van a poner la mesa, a fin de dar tiempo al obligado:

— "Si gusta quedarse a comer con nosotros". Y si topa pulpería, hay chupandina, guitarra y payada para rato...

— Alarife, es, no hay que negarlo —seguía en sus barruntos a ese respecto, el Cimarrón.— Y cuando cuadra, con el sable hace una raya en el suelo al que sea... Pero le propongo la cosa... y se me zambulle entre las chilcas, que no le distingo ni el quepis.

Toda la razón seguía teniendo el Sargento Primero. Andar

siempre contento era lo que al Cabo Pato le pasaba. Y no hay alegre malo ni, tampoco, muy decidido para entrar de lleno en las cosas. No es que sea cobarde el alegre, hay que aclarar. Lo que hay es que, para todo, él es regularón, no más.

— ¡Pucha, el Avestruz sí que, hace unos años, hubiera servido para una misión de esta gravedad!

La imagen de este verano, corriéndose desde atrás como en insistente oferta, había suplantado de golpe a la estampa del Cabo Pato. Mas, en seguida, cubrióla, a su vez, la de alguien que, al sentirse metido en aquella exposición escudriñante, miraba para abajo como sin saber qué hacer. Era el Trompa Tamanduá, desvanecido hasta lo rosado el rojo de sus bombachas por causa de los días que debieron estar bajo el agua con el ahogado milico que fue su primitivo dueño. De ahí, asimismo, la razón del herrumbre de la vaina del sable, el antiguo propietario del conjunto había caído armado al arroyo, y de los botones de la chaquetilla; y de ahí, también, la del tinte de ésta, que de azul que había sido, tiraba en la actualidad al celeste del alba.

— Cuando te afirmás a tocar el clarín, lo he dicho la mar de veces, hay que sacarte el sombrero. Pero a vos no te mandaría allí yo, ni aunque me encontrara en tranca.

Seguía discerniendo con justo criterio el jefe, porque, en verdad, mientras no le mojaran la oreja, el Trompa era un montón de pulpa para chorizos. A él tan sólo le gustaba echarse de barriga, meter la cabeza entre los brazos y, después, que lo despertara un rayo, si era brujo. Para cosas de la inteligencia, mejor un poste. Le dice usted que enderece al bajo, y es capaz de subirse a un cerro, en el empeño de cumplir bien la orden. Se le manda: “Andá y contestale que ¡Cómo no!, que bueno” y por el camino se le enreda todo de tal modo que al llegar es capaz de decir que “En la puta vida”. Y si se encuentra con un camoatí o una lechiguana asomaditos a alguna rama, se para ese señor relamiéndose, loco de la vida, aunque vengan degollando.

Surgióle en seguida el Fajinero Mao Pelada. Lavaba con prolijidad unas huesosas presas para el puchero frente a la gran olla del "rancho". Estaba remangado casi hasta los sobacos, y rodeaba su rechonchez con un viejo culero, a guisa de delantal. Pero no escapó a la sostenida penetración del Cimarrón que la ausencia del Fajinero, ¿quién iba a cocinar, entonces?, sería más llamativa que si, al él partir, le fuera detrás el Tamanduá tocando dianas con su clarín. Mayor incapacidad le puso de manifiesto el Soldado Cuzco Overo, que ahora se le cuadró pestañando de tiesura. ¡A éste sí habría que decirle: "¡Salime de ahí!" Ese va armando barullo desde que monta a caballo. Para peor, a todos les cae en gracia. Se encuentra, ¿quiere creer?, con un mudo, y, sobre el pucho los dos se agarran encantados en confidencias; en ambos hecha un aleteo la mano que no se ocupa de las riendas, y hasta sin querer parando en seco a las cabalgaduras por alguna brusca reclamación de la zurda. Si a dos leguas apartado de su ruta le llama algo la atención, este "tropa" deja el viaje para otro momento porque, de curiosidad, le aseguro, revienta. Y va allí, y refistolea, y hasta que no averigua todo, no cesa.

— Vos, Flamenco (se le apareció el Flamenco) lo único que tenés, es mal genio cuando andás de luna. Después... sos capaz de pasarte de cabeza gacha las horas, pensando en qué puta estabas pensando.

Ahora, quien se hacía presente era el Soldado Gato Pajero, con la bizarría de sus bigotes enhiestos, la fría voluntad de su boca fina, bien anudada la golilla roja, el uniforme hecho un jaspe de prolijo, los botones de la chaquetilla tan ardientes como sus ojos, y con las botas de charol ganadas en la última tabeada, que ya las quisiera para un domingo el propio Comisario Tigre. Botas así, las del Coronel Puma en el pueblo, cuando anda de gala; y pare de contar.

— ¡Ah, rubio, vos traés peligro! Confiar en vos... ¡ni cuando estás roncando!

De atrás, volvió a aparecer el Soldado Avestruz.

— ¡Sí, no hay caso, sí...! ¡Vos sos un Veterano! ¡Y leal conmigo! ¡También, tantos años juntos en el servicio...! A vos, lo que te jode, son los años. Vos, sí ¡ya sé! Como vos, ¿quién puta? Pero tu cabeza, reconocelo, ya no está para estas cosas tan, tan delicadas.

El Sargento Cimarrón, en su imaginación, se deslizó, como la cosa más natural del mundo, carpa afuera. De salida, rebajándolo en un grado, se le trocaron las sargentiles jinetas del hombro por una "escuadra" en el antebrazo, con la que volvió a ser el antiguo Cabo Cimarrón. Y así, todavía joven y muy serio, quedó sentado, tomando mate al descampado junto al mangrullo de cierta Comisaría que hubo hace años cerca del Arerunguá. A su frente, el Avestruz, con la chaquetilla sin insignia en el antebrazo, como lo estuvo y lo estará hasta el fin de sus días, también serio y también todavía joven, la caldera entre las piernas, lo escuchaba: "Pero mirá, vos tenés que atender a lo que te dicen y a lo que hacés. Si no, te vas a secar de milico. Cuando te dan una orden, vos grabala en la memoria como a punta de cuchillo. Y, después, andá repitiéndotela, que es útil. Yo sé por qué te lo digo. Y, entonces, no te dejés cruzar nada por la mente. Cada cosa tiene su momento. Si vos ves que se te viene, no más, alguna idea, hacé como que te calentás con la orden que tenés que cumplir, metele espuelas al rosillo y meneá la cabeza, que es bueno. Como te podés figurar, eso mantiene a raya a los otros pensamientos. Vos llegás, cumplís el cometido y, entonces sí, entonces sí podés quedarte quietito y dejar que pienses en lo que te venga. El mal de todos ustedes, oímelo bien, es que se entreveran con cualquier cosa. Mirá, todo es cuestión de práctica. ¿Querés creer que un día, el finado Comisario, que me estaba probando hace tiempo para el ascenso, me largó de sopetón: "Pero, che, séme franco, ¿de dónde has sacado esa cabeza? ¿Acaso vos sabés escribir y leer?"... Y era por esto, hermano: a mí me ordenan una cosa, y ya en la cabeza no me entran ni a hacha...

Insensiblemente, el Cimarrón volvió a ascender a su grado actual de Sargento Primero y a sentirse otra vez bajo la carpa, tendido de espaldas sobre su apero. Y hasta allí, ahora con la sensación de lo lejano en el espacio y en el tiempo, le llegaba la palabra del otro militar. Alargábale el mate, cerca del Arerunguá, hacía años, el Avestruz; le pedía fuego, encendía el pucho y le decía envuelto en humo; al pie del mangrullo, como de habitual cuando en primavera y verano llegaba la tardecita en aquellos perdidos días: “Mirá, Cimarrón, no hay nada que hacerle, ¡se nace! Nacistes vos para ir lejos. Vos no te vas a morir sin ser Sargento Primero.

¡Sí, reíte no más, Sargento Primero! Y no en una Comisaría de éstas; en una del Sur, que es otra categoría. Yo vine al mundo para soldado raso. ¡Y es inútil, mirá! Con librarme de que el Comisario no me encaje muy seguido de plantón, soy un Presidente”.

— ¡Putá que te parió! —sonreía enternecido, apretando bien los párpados, abajo su tienda de campaña, el Sargento Primero Cimarrón. —Hasta a mí me la ganastes ¿se podrá creer? Decir en aquellos tiempos a un público entero, que yo iba a llegar algún día a Sargento Primero, era un disparate.

Como la madrugada venía muy fría, y es tan mezquina la protección de una carpa, se llevó el poncho un poco más sobre los hombros, el Sargento Primero. Y sacó la mano para posarla en la cansada frente, y palmearla dulcemente, como a frente ajena y muy querida. Si hubiera tenido abiertos los ojos, habría visto que a su alrededor, todo, botas, espada, quepis, la propia mano insistentemente acariciante, todo se estaba bañando en celeste. Pero así, con los párpados cerrados, lo que se le apareció ahora fue el valeroso Cabo Lobo.

— Sí, como leal y serio, como leal y serio no tenés precio —le dijo desde que lo divisó. —Pero tenés seriedad de más y, sin ofenderte, sos negado de caletre: ¿Cómo te hago entender a vos que hay cosas más grandes que tu deber de soldado? ¿Y que hay cosas bien que están mal, y cosas mal

que están bien? ¿Y que uno no se mancha si cumple con otro deber superior al que le quieren imponer los superiores de uno, porque hay superioridades más superiores que los superiores, eh? Vos no sos hombre para esos pensamientos. Delatar no me ibas a delatar. Pero te me harías estaca si te propusiera la cosa...

Ladeada la cadera, ladeado el quepis, y con su cara de estar viendo visiones, el Macá se interpuso, como empujado; y, para él, como empujado por un hijo de puta por lo que lo contrariaba.

— ¡Sí, qué se le va a hcer; no hay más remedio! ¡A vos te elijo. —Hubo una pausa. Como la de quien, ya desnudo, parado sobre la barranca, mira para abajo, se restrega las manos y se las vuelve a restregar para darse tiempo a lanzarse por fin, por fin, de cabeza. —Vos sos capaz de hacerme una farra en el camino, y de no llegar, y de dejarme aquí, colgado, entre la espada y la paré. Pero tengo que quedarme con vos. Te voy a sermoniar un rato, te voy a sentenciar bien... y, con eso, calculo que no me vas a andar atropellándote, que es lo que te produce los fracasos.

Una vez hecha la ardua opción, el Cimarrón se aseguró en su imaginación el resultado, mejorando rápida y con creciente firmeza al elegido. Olvidando que, cuando él ascendió a Sargento Primero, se lo impuso de Asistente, para tenerlo contento, el Comisario, agarrándolo en un aparte y diciéndole: “Usted es de la guardia vieja, de los que quedan pocos; tiene edá y servicios como nadie; usted de patriota, no más, no pide el retiro, y usted, por eso, va a tener de aquí en adelante su Asistente. Usted sabe que al Sargento, por más primero que sea, no le corresponde. Pero le corresponde a usted, y basta. Yo, teniéndolo a usted aquí, voy a recorrer la sesional de punta a punta. Y como cuando termine con una punta ya la otra hará mucho que no la recorro, usted ve que yo seré una visita en la Comisaría”. Si se olvidó de esto que le había pasado con el nuevo Comisario del Arazatí quien no tuvo tiempo de dejar de ser nuevo porque casi en segui-

da fue el primero en ir a las guascas, cuando se le descubrió la gracia de asaltar mercachifles, y quedó diezmada la Comisaría, y al mismísimo Juez y a su entenado les atajaron la fuga ya arriba mismo de la balsa. Por eso, sin recordar que el Asistente le cayó como peludo de regalo y que sólo por especial correspondencia y medio en chacota los siguientes comisarios se lo dejaron, el Sargento imaginó recordar con precisión que había hecho suyo al Macá, apenas de verlo presentarse al servicio, no más, pues en el aire advirtió que era todo una inteligencia. Y al poco rato de fantasear le pareció que ya hacía un tiempito que él estaba abrigando el propósito de recomendárselo al Coronel Puma con quien de golpe, allí, ahora, bajo la carpa, se hizo uña y carne para que se llevara al joven a la Jefatura, a que hiciera carrera. En la forma más decidida aceptó, asimismo como verdad, que el Jefe Político ya en otra ocasión le había pedido, solito con mirarlo de lejos, a otro Asistente que tuviera, a un tal Macaco, inexistente paraguayo; y eso que no era nativo y que, de un tiempo a esa parte, se empezaba a murmurar en los pagos que el soldado, fuera de línea, fuera de policía, debía ser oriental.

Y como la persona instruída cierra al fin el libro que estaba ojeando en la cama, lo deposita encima de la silla o del banco donde pone la ropa, o en el suelo, no más, y se queda boca arriba, el hombre, pensando, así el Sargento Primero Cimarrón, echado de espaldas, abriendo los ojos contempló un plano grisáceo del techo en dos caídas de su tienda.

Si en las largas horas de aquella madrugada alguien hubiera traspuesto sin ruido la cortina de aquella carpa para inclinarse hacia el recado allí tendido y posar la mano sobre el pecho del yacente veterano, nunca habría podido acertar con lo que éste estaba cismando. Cada husmeo de peligro convirtió siempre aquel corazón en campana a rebato. En tales circunstancias, el viejo Cimarrón sentía bajo las costillas unos golpazos que, puede decirse, le situaban como piedras a la entrada y a la salida de la respiración. Un ataque de as-



ma era juguete al lado de esto. Y si la ocasión era de las de empuñar la pistola o el sable porque el trance se concretaba, la sangre se le ponía fría y era entonces todo muy parecido a cuando, más o menos apurado, se adentra uno en helada laguna y el nivel le empieza a llegarle al “encuentro”.

En muchas ocasiones de su azarosa vida ocurrió que el Cimarrón no se daba cuenta en lo más mínimo de la apretura en que se estaba metiendo, y, entonces, se la denunciaron, evidente, las rudas palpitaciones, como si el corazón alentara por cuenta propia. Ahora, por lo contrario, éste batía acompasado igual al de quien después de trabajar todo el día al atardecer regresa a su rancho a trote lento, silba que te silba, el sombrero despejando la frente, sabedor de que el tranquilo matear lo espera, que un churrasco, muy pronto, se irá dorando frente al desparramo de brasas y que el catre de tientos o el recado en tierra lo aguardará acogedor, porque así, así lo merece el que ha trabajado de sol a sol con empeño y está dispuesto a ensillar otra vez con las barras del día para seguir cumpliendo con su modesto deber sagrado.

Lo que premeditaba el Cimarrón, pues, lo reconfortaba, hasta le acrecentaba soberbias pero, sin embargo, era cosa de esas capaces de dar un sofocón al más pintado. Atravesar de punta a punta un campamento enemigo; salirle al encuentro, no más que con la agilidad, a un toro ya por encima de las astas echándose tierra; picar espuelas y hundirse en un pajonal convertido en llamas; estar viendo brillar en el aire la hoja de un puñal al tiempo de sentirse con una rodilla sobre el pecho y con el pescuezo como alambre, de estirado de las mechas; con todo eso junto, con todo eso, aunque parezca mentira, bien pudieran compararse los riesgos de las situaciones que, tranquilo, cauteloso, iba creando, hacia un futuro muy inmediato, el ánimo del Sargento allí, entre el imperturbable palpitar de su corazón.

Afuera, con tensas alas mansas, todavía posaba sobre toda una calma abierta. Sólo las guardias velaban. En el cielo, asimismo, el lucero. Completamente solo, ya, también.

Cuando, ratos después, una vibrante diana rompió el frío silencio del alba y sacudió el campamento, el Sargento Primero Cimarrón, que recién se había quedado dormido, dióse vuelta con desaprensión en su recado y se embargó de nuevo en la paz de un sueño de hierro.

\*

Entre las tinieblas, porque él había ordenado apagar el candil antes de hacer la tentativa, el Aperiá se aflojó en el túnel, desmayado por el machetazo. La Mulita, que aguardaba detrás, permaneció un momento anonadada. Cuando consiguió reponerse arrastró a su protector hacia abajo, sacando mañas de su lástima y lo abandonó para buscar a tientas en la alacena el candil. Encendió luz al cabo y en su propia cama, trabajosamente, consiguió depositar al Aperiá. Corrió a la tinaja a mojar su pañuelo. Le ponía ya la primera compresa sobre la frente cuando el mal herido abrió los ojos, los dilató y los entornó en seguida, sonriendo al reconocer a la inclinada. La cabeza le dolía, pero no en forma insoportable. No se produjo fractura, tal vez. Aunque el Soldado Cuzco Overo se había afirmado a dos manos con toda el alma, por suerte la punta del sable, blandido de plano, dio en el suelo y atenuó así la potencia del golpe.

Con cautela el Aperiá fue levantando los párpados.

— Y... ésta nos salió mal. ¡Me habían estado bombiando!... Yo ni llegué a ver al que me pegó, le garanto, porque no me dio tiempo ni a sacar del todo la cabeza.

Iba a agregar:

— Si hubiera sabido hacer las cosas, nos dejan salir a los dos para ganarnos después el lado de las casas—; pero se contuvo por compasión de la Mulita. Y habló otra vez:

— Ahora tenemos que empezar a urdir otra madeja.

Sosteniéndose la compresa se sentó con muchas precau-

ciones en la cama. Su compañera lo miró angustiada al advertir tamaña debilidad.

El la caló.

— ¿No ve? —le dijo él para tranquilizarla—. Puede decirse que no fue más que el susto.

Y con los ojos siguió a la Mulita, que se dirigía a la cocina para regresar portando un jarrito de agua.

Bebió el Aperiá unos tragos, remojó el mismo pañuelo y, aplicándose de nuevo, devolvió con cuidado el recipiente.

— Gracias... ¡Y no me vaya a tirar este resto de agua! ¡Esto para nosotros es oro!

— ¿Y ahora qué vamos a hacer, don Aperiá? —preguntó ella conteniendo los pucheros. —Yo creo que ahora ya no podemos hacer nada, y que estamos perdidos.

El Aperiá, al fin, había conseguido ponerse de pie. Tenía como un peso en la cabeza. Pero ya sus primeros pasos al dirigirse a la cocina fueron bastante firmes.

La Mulita lo siguió, enderezó a la tinaja a verter el resto del jarro para luego ponerlo en la alacena y se sentó frente al silencioso Aperiá, que se había desplomado en la otra silla.

— ¿Y ahora qué vamos hacer? —insistió ella.

— ¿Eh?... ¿Qué vamos hacer? —repitió él como llegando de muy lejos o como entre sueños. Pero se recobró en seguida y agregó con bastante resolución—: Ahora vamos a esperar un día más. Y si no nos llega auxilio...

— ¡Ah, si Don Juan supiera!

— ...entonces tengo un plan.

Y le contó tan al hilo lo que en ese instante estaba madurando, que parecería concebido en el tiempo de aquel su oscuro sopor entre la vida y la muerte. A la noche siguiente, si antes no ocurría algo que la esperanza mantenía vagamente, como lejano resplandor, él irrumpiría, gritando, por la abertura recién hecha. Y cuando en su persecución todos se le abalanzaran, la Mulita debería huir por el lado opuesto, ganaría las piedras y trataría de llegar de cualquier modo al

bajo para, ocultada ya por las espadañas, costear el arroyo interponiendo la mayor distancia antes de que aclarara. Después, escondida durante el día, buscaría un vado fácil, al llegar la noche, y marcharía siguiendo detalladas indicaciones hasta dar con el rancho de la anciana Chancha Negra, donde hallaría asilo seguro.

La Mulita sollozaba resistiéndose a aceptar lo propuesto. Y ya creía con desesperación el Aperiá que no lograría hacerse obedecer, cuando se le ocurrió un engaño:

— ¿Pero usted no ve que cuando me hagan declarar... Porque en cuanto me agarren... me llevan derecho a declarar... y entonces...

El Aperiá sabía lo que por piedad iba a decir; pero, aunque trataba de disimular, angustiado se trababa porque con todas sus fuerzas él quería vivir y comprendía, sin embargo, que en cuanto lo vieran los sitiadores, no le darían tiempo ni a dar un grito.

— ...cuando me tomen declaración yo me lavo las manos diciéndoles que si gané para adentro la mañana que llegaron a prenderla fue del susto; que yo no tengo nada que ver, que había venido a hacer una changa, mandado de la pulpería.

Recelosa, la Mulita trataba de asegurarse, enjugándose las lágrimas.

— ¿Pero usted me da palabra de que me dice la verdá, don Aperiá?

— ¡Palabra, sí, palabra!

— ¿Y después?

— Y cuando me pongan en libertá, yo me le aparezco a usted en el rancho de mi buena amiga vieja. Y una noche agarramos caballos y enderezamos al monte.

— ¡Lo contento que se va a poner Don Juan con usted!

Y soltó el llanto la Mulita, haciéndose un tembloroso ovillo azul y blanco en su asiento, porque se le habían agotado las fuerzas hechas para creer en todo aquello; y torvas dudas volvían a atropellar en su mente y a correrle de allí, como a ponchazos, todas sus esperanzas en medio de una confusión atroz.

Sintiendo al incorporarse un tironcito muy adentro de la cabeza, el Aperiá se inclinó sobre la silla de la desdichada.

— ¡Bueno, ahora no se me achique! Si usted no hace voluntá, amiga, para mí es un contrapeso. Bueno, vaya a traer su maletita, a ver lo que nos queda de comida.

Iba a volver a sentarse cuando se dirigió a la tinaja, y se asomó dentro. Por suerte tuvo tiempo de mirar antes de que le sobreviniera un mareo que lo hizo agarrarse a los bordes y que lo dejó ciego.

— Agua hay de sobra para tres o cuatro días. ¿No ve? Entre todas nuestras desgracias alguna suerte teníamos que tener.

Sin abandonar el asiento, furtiva, la Mulita apartó por un lado el pañuelo con que se cubría la cara para mirar a su amigo sin ser vista y exclamar sin sacarle el ojito, inquisitiva:

— ¡Pero lo que es usted, a usted lo matan! ¿Pero cómo me va a hacer creer que...? ¡Yo no soy boba, no!

El Aperiá, a punto de llorar también, y muy despacio por darse tiempo a recobrar del todo la visión, volvió a acercarse a la Mulita y posó apiadado la mano sobre la tibia cabeza estremecida. Mas, al recibir aquella sensación dulcemente cálida, reflujo la conmiseración; reflujo en golpe de ola y se lanzó sobre él y lo envolvió para arrancarlo de todo y hacerlo sentirse más solo que si pisara el fondo de la mar. Sí, pronto, horas, apenas, su propia frente, ahora con fiebre, estaría más fría que los vidrios de la escarcha. Nadie que se le acercara conseguiría hacerse sentir por él. Ni aunque le hablaran, ni aunque le tocaran con el dedo. Llamará a otros el estupefacto para traerlos allí... Entonces “¡Aperiá!” “¡Aperiá!”, gritarán todos a una, inclinándose hacia él como quien se asoma al brocal de un pozo. Y entonces, ante su silencio, toditos comprenderán que no había otro remedio que cargarlo y, de alguna manera, retirarlo para siempre de los ojos a fin de no ver lo que al Aperiá le iba a sobrevenir después; desde casi en seguida. Y quedarían

todas las cosas menos una —menos él mismo, nada más que menos él mismo— en su ranchito, en la pulpería, en el trecho de ésta a aquélla que él recorriera dos veces por día para estar acompañado un rato. Y habrá frío y habrá calor, y habrá lluvias y de nuevo sol, y habrá luna entre estrellas como si nada, ya, para el de la golillita blanca, el del aire modesto, el del eterno esbozo de sonrisa de cariño que, frente a la Mulita en este instante, sobreponiéndose, echó el pecho hacia adelante, ahora, y se situó de nuevo entre las cosas. Y así, en esfuerzos por dominar las ansias de dejarse caer al lado, en el suelo, a la llorosa, y entregarse para siempre, hasta el fin, a su propia debilidad, se sentó otra vez, diciendo con inusitado brío:

— ¡Mire, si usted no hace por ayudarme, yo, así, no puedo! Crea lo que yo le digo. Yo voy a probar mi inocencia, como más tarde usted va a poder probar bien la suya...

Luego, cambiando el tono, agregó:

— ¿Y dónde tiene su maletita que hoy le dije?

Asustada ante el acento enérgico de las primeras palabras de su amigo, se levantó la pobre y, enjugándose los ojos, salió del círculo de luz para volver con la maleta.

De adentro, ensombreciéndose, el Aperiá retiró medio pan casero, tres choclos asados y un “chifle” lleno de agua.

— Bueno, para hoy le sobra. Así que...

— ¿Pero y usted, don Aperiá? ¿Pero cómo voy a comer sólo yo?

— ¿Pero y usted ya no se acuerda de esto? —respondió el Aperiá señalando, sin tocarse, la mollera.

Y luego, manteniendo su sonrisa convincente, mintió como muy pocas veces y por penúltima vez en su vida, mientras la cabeza le pareció en ese instante que le iba a estallar:

— ¿Pero usted no sabe que con un golpe en la crisma, por poco que haya sido, la comida sienta como una patada?

— ¿Ay, sí?

— ¡Y claro! Hasta mañana yo no tengo que probar más que algún trago de agua.

Y pensó cómo sería el mañana en él; en qué consistiría eso de que el nuevo día ya le pasara al costado sin envolverlo; qué sería la muerte; entre qué para él recién llegadas corrientes nunca vistas por los vivos se alejaría hundiéndose, asomando después un poquito su lomo, sumergiéndose más lejos otra vez, hasta perderse del mundo, como en aquel atardecer, desde la barranca, viera al Peludo yéndose y yéndose sin fin con el arroyo.

— De nosotros tres, ¿quién se morirá primero? —le pareció que volvía a oírse decir.

La Mulita pasó al otro cuarto y andaba revisando estantes para pensar algo a solas...

En aquella tardecita, sobre la barranca desde la que arrojaron al agua el cadáver del Peludo, mientras su buen hermano y el empacado Ñacurutú exhalaban por las narices el humo de sus cigarros, ¿quién hubiera podido responder a esa pregunta que él había hecho con recelo, como el del que abre una puerta misteriosa? ¡Nadie! Y qué equivocado en su temor estaba el Ñacurutú cuando se enfureció al oírle; cuando atajó, escalofriándose:

— ¡Eso no se pregunta ni se piensa, bruto!

Como con mucho era el más viejo, suponía el tío de la Lechuza que él sería el primero; y por nada se quería acordar. Por eso fue que cuando, aunque para sí, el Aperiá insistió en voz alta, al ratito:

— ¡Quién sabe al que le tocará el turno! —el Ñacurutú rugió:

— Callate esa boca o te hago miñangos— en medio de gestos descompuestos y revolviéndose al punto de que el sombrero panza de burro no se le fue al agua y siguió viaje hacia la mar porque un manotazo arriba de la copa se lo alcanzó a abollar en la cabeza.

¡Es que estaba viejo, el Ñacurutú! Las patas combadas de andar a caballo desde criatura no lo sostenían ya con la antigua firmeza. Cuando quería coser alguna prenda de su apero, los tientos que cortaba ya no tenían como otrora la del-

gadez del hilo... Sí, cierta vez el Aperiá se había echado a reír con su buen hermano en el palenque de "La Flor del Día" al observar que un remiendo del sobrepuesto del overo del Ñacurutú parecía hecho como con una piola, de grueso que era el respunte y, además, de desparejo. Ya para poder ver bien tenía que echar un paso atrás y entornar los párpados, el viejo. Y, sin embargo, hacía pocas mañanas el Aperiá lo había visto descabalgár en la pulpería, avanzar rayando el suelo con las nazarenas para pedir en forma enérgica, aun desde la puerta, un vaso de ginebra, y dar así la seguridad, a quien lo atendiera, de que había Ñacurutú para rato.

— ¡Mire usted quién iba a ser el primero de los tres!... —pensaba el Aperiá acariciándose las rodillas—. ¡El más joven!

Porque, en efecto, también su hermano era mayor que él; casi un año le llevaba.

Ahora, sentado desfalleciente en la silla de vaqueta, se estaba viendo de vuelta a la casa del Peludo, después que desbarrancaron "el cuerpo" y que lo perdieron de vista en aquel su último viaje, boyando como cacharpa de rancho en la crecida. Ya dentro, mientras los otros seguían la afanosa búsqueda de regalos, fue que él se puso, allí mismo, frente al mismo fogón, como cuando uno, a la siesta, fumando echado de espaldas en el monte, pretende descubrir al pájaro que canta en la espesa ramazón de más arriba, hasta que se le borran los mismos troncazos de ñandubay y se queda en un sueño. Lo que había en el Aperiá era que por primera vez en su vida se hallaba caladamente triste. Allí, en aquel atardecer no tan distante, chupando en silencio su cigarro, lo que pasaba era que se le estaban metiendo en la mente, nunca atenta a nada, y para estrenarla con su peso, las ideas de la Vida y de la Muerte. Allá abajo, unos días atrás en el tiempo, después que regresaron sin el Peludo, pareció que le entraba hasta el fondo algo como una lucecita callada pero alumbradora, eso sí. Era una cosa callada, sí, callada, que se le venía y se le retiraba y, de pronto, se le quedaba quieti-



ta, delante. El que ha encontrado luces malas en el campo —y no les tiene miedo— podrá muy bien suponer cómo era aquello. Sí, uno va en la noche cerrada, trotando, trotando y, cuando quiere acordar, allí mismo, por entre las orejas del caballo... La luz medio verdosa y azulada tiembla, parece que lo mira a uno, parece que le quisiera decir algo y que no puede, que no puede, o que se lo está diciendo así, no más, solito con mostrarse. Nace entonces —cuando no se tiene miedo, cuando uno se asusta de nada— nace una tristeza que lo abarca todo; que envuelve a uno, primero, y que después se extiende y agarra todo el vuelo del horizonte invisible... En ocasiones hasta se sonríe uno, de triste, sobre el callado trotar que abre paso en las sombras; la sonrisa tiende sus tenues alitas y, entonces, se cimbreo en el filo de los labios, se lanza y pasa por encima de la llama fría y se pierde en la noche, lejos. ¡Y ese caballo trotando, trotando!... Bajo el techo del Peludo, así había pensado y pensado el Aperiá aquella vez, entre el ajetreo de su buen hermano, del Ñacurutú, de la sobrina de éste en busca todos de cosas con la intención de hacérselas regalar, cuando él, en una, había cogido el mate que abandonara la Lechuza para conversar aparte con su tío, lo ensilló y, aunque en aquel entonces sólo de vista conocía a la Mulita, fue en puntas de pie a donde ella lloraba, con cuidado de no derramar.

Pero ahora, a los días, ahora, otra vez en la misma casa sin suerte, con nada de todo aquello podría hacerse comparación. Y, además, en vez de, como entonces, sonrisa triste, ahora había miedo, derecho. Porque el Aperiá se sentía parado delante de una puerta sin cerrojos, como de las de abrir sólo de adentro, gris y tan alta que llegaba a las nubes, que cortaba por sus dos extremos el horizonte para seguir vaya a saberse hasta dónde, de tan ancha que ella era. Y no había nadie más que él ante aquella presencia desmesurada. Sin mirar para atrás, el Aperiá comprobaba hasta el frío que estaba solo ante la puerta. Y que en todo aquello no había proporción; que era más que bruta la diferencia entre seme-

jante tamañazo muro y su pequeñez tan poca cosa. Sólo con un pedazo como de allí hasta el arroyo y del suelo a la copa de un árbol, tendría hasta de más la puerta para acoquinar a cualquiera. ¡Y pensar que ni hacia los costados ni hacia arriba tenía fin! ¡Cómo debía de ser lo otro, lo de adentro, con semejante entrada! Aun a caballo, allí uno, si pudiese ser visto por alguien, parecería hormiga... Tenía ganas de correr, el Aperiá. De agarrar para atrás, de huir hacia la vida con su covacha de cebato, con la pulpería, el billar y alguna changa de cuando en cuando, para ir tirando. Pero estaba como rodeado por los curvos dedos de una desmesurada mano en alto, pronta a apretarlo al menor movimiento que intentara... Hasta que él se borró, se perdió en su desconsuelo. E hizo fondo en algo desde donde, firme en una tristeza sin horizonte, vio que, sumisa, la Mulita, surgida sin saberse cómo, era empujada y la plantaban allá también, ante la puerta, tal como él había estado hacía un momento, para establecer otra vez otra desproporción sin sentido. Y del seno de la creciente lástima que experimentaba, al Aperiá le brotó un poder que le ayudó a levantarse con trabajo de su silla, que lo llevó hasta la alacena, que lo hizo agarrar el mate y aprontarlo, que lo condujo después, como de tiro, al cuarto donde ya había cerrado todos sus estantes la Mulita.

— ¿Gusta servirse un mate?

— ¡Bueno!

Ella se enjugó los ojos con el dorso de la mano, y recordó, a su vez, la escena del velorio y lo idéntico del diálogo. Todo igual a como unos días antes, al regreso del arroyo. ¡Mas con una diferencia tan doliente! De aquella situación a ésta sólo hubo una distancia de días; pero de éste hacia adelante el futuro tenía para él un límite de horas. Y para la Mulita, marchando cabizbaja ahora tras él a la cocina para evitarle el acarreo del mate, intuía el Aperiá que ya se levantaba una sombra tan densa que detenía el corazón pensar en ello.

— ¡Menos mal! —se consolaba el Aperiá echando agua al mate— ¡Sin mí ella hubiera sido la primerita, estoy seguro!

Y se imaginó a don Ñacurutú, con su sombrero panza de burro y su pañuelo serenero, envuelto, al trotecito, en la linda luz del verano, muy echado para atrás en el overo y en medio de un radiante horizonte que avanzaba también, ¡claro!, agrandándose y achicándose con acompasada levedad casi imperceptible debido al escaso impulso ascendente del jamelgo. Así, el modesto y lento avance hacía parecer que los árboles, las piedras, alguna flor del pasto no se resignaban a perder de vista a ese jinete, y que era sin ganas ninguna que las cosas todas iban yéndose hacia atrás en el camino a “La Flor del Día”. Y el cariacontecido Aperiá vio en seguida a su buen hermano ante una mesa de tapete verde, rodeada de gente; lo vio barajando un mazo de naipes y alargándolo al impassible tallador; vio a ña Lechuza sonriente de satisfacción cebar su mate frente a su fuego, cerrado el ojo del lado del pucho por el humo, en medio de sus vidrios, sus amuletos, sus atados de yerbas mágicas, sus tarritos con polvo de huesos de cuanta cosa existe arriba y aun abajo de la tierra; vio a todos los parroquianos de la pulpería lo más contentos junto al mostrador, o sentados en torno a un guitarrero que estaba déle estilos y déle milongas. Y las lágrimas de una doliente envidia, envidia, sí, surgida por primera vez en su existencia, cayeron sobre la mano que ascendía la bombilla del mate hacia la boca.

Por fortuna, sentada, la Mulita estaba mirándose las azules faldas y se había puesto a alisar la zaraza sobre las rodillas, muy preocupada en cosas que, a pesar de lo inquietantes, habría sido una suerte que el destino, desdiciéndose, les hubiera dado su visto bueno y las dejara ser en sustitución de las que ya, y para demasiado pronto, estaban señaladas.

— Pero yo no sé qué cara pondrá la dueña de casa cuando me le presente como una introducida —pensaba—. Irme a quedar allí, sin conocerla... Yo sé darme mi lugar; yo no voy a ser gravosa. Los días que esté allí, le voy a ayudar en todo.

Pero una, en casa ajena, siempre...

Y habló en alta voz, sin levantar la vista.

— ¿Pero usted cree que ella me va a recibir gustosa?

— ¡Quién? —exclamó él con sobresalto, como ése que empuja cuando suben del pelo a un ahogado.

— ¡Doña Chancha Negra! Yo estoy dispuesta a ayudarla en todo. Y a ordeñar y a hacer la lidia de la casa hasta que usted llegue. Yo sé hacer manteca, y queso y yo amaso y lavo y plancho y zurzo con prolijidad. Pero presentarme así, de sopetón, sin haberla visto nunca... ¡Ay, yo no voy a saber dónde meterme cuando llegue! Si usted me diera un papelito...

— Sí, pero ¿y quién lo escribe y quién lo lee?

Se les apareció a ambos como una mano que se les parara delante con la palma estirada hacia arriba y los dedos juntos.

Siempre inclinada sobre sus rodillas, ella no pudo ver la mueca de dolor que crispó al Aperiá. Oyó, sí, que, luego de un momento de silencio, cuando cesó la puntada, él volvía a decirle, con el pescuezo un poco rígido, la cabeza un poco erguida, la expresión impasible como la de los que duermen, como la de los ciegos, como desde otro mundo.

— Usted le dice de palabra que yo se la mando recomendada. Y que no le lleva un papel mío porque aunque usted supiera escribir yo no sé ni poner mi firma y ella no sabe leer.

Iba a agregar algo más. Pero la sensación de que tal vez todo era inútil, de que casi con seguridad la Mulita no vería jamás el rancho de los tres ombúes ni a la buena negra vieja siempre inclinada sobre alguna cosa rica ante el círculo de canillas vacunas de su fogón; lo que ya era certeza firme le apagaba como dos carrillos inflados las palabras, una a una, a medida que las quería decir. Y cual si aquellos mofletes inexorables hubieran asimismo soplado el propio candil, el Aperiá quedó otra vez a oscuras.

— ¡Pucha! —exclamó cuando sintió renacerle la vista, y al mismo tiempo que el dolor se le hacía pinchazo —¿quiere creer que me estoy cayendo de sueño? Me voy a echar un

rato y usted queda de guardia. Como siempre, ya sabe, cualquier ruidito que oiga, venga de donde venga, me pega el grito. Después, yo la relevo y usted duerme toda la tarde, así está fresquita para la noche. Agarre su pistola.

Y sin darse cuenta de si dijo esto último alentado por una esperanza o empujado por la lástima, con esfuerzos para disimular su tambaleo entró al cuarto del finado, se sentó en la ancha cama. Apenas había retirado su pistola y su cuchillo de la cintura y los situaba bajo la almohada, cuando se abatió hecho una bolsa de trapos, sordo por completo a las clarinadas de la diana que en ese instante anunciaba a la radiante aurora y sacudía a los soldados sobre los aperos en que habían echado el sueño.

Pero la Mulita, alzada como por un tirón desde el techo al llegarle el desgarrón del silencio, se asomaba toda oídos al nacimiento de una y otra abertura, empuñando la pistola cual si agarrara una brasa. Recién entonces ella advirtió la claridad rosada que inundaba la cocina y que hasta allí arrastraba ahora un bronco vocerío.

Entonces fue a la alacena y sopló el candil, temblando.

\*

Entre gran correntada de nubes rojas y negruzcas —aun doradas algunas en los bordes— se alejaba el día como empujado con suavidad. Y todavía muy pálidamente, quién sabe por qué afán apresurándose tanto a no dejar a oscuras el sitio, la luna, sola, todavía privada hasta de la primera estrella, desde un rincón del espacio libre mostraba muy desvanecido lila que, al principio sin uno darse cuenta, cambiábase cada vez más en plata, acentuando su blancor.

Sí, se miraba hacia arriba, abarcando un espacio grande con la luna adentro, y primeramente parecía con tristeza que ella era cosa extraviada, muerta, abandonada, quedada allí al acaso y peligrando que la arrastraran tras el horizonte. Mas el no resignarse a esa pérdida hacía, después,

que el desolado insistiera en contemplar y que descubriera en seguida el crecimiento, lentísimo pero incesante, del fulgor. Entonces, contento, él se anticipaba ya para bien pronto la iluminante asistencia bienhechora, al sobrevenirle la seguridad de que, pasara lo que pasara sobre la inmensa tierra, iba, no más, la luna a imponer a las sombras su voluntad de que no fueran tan negras.

Al descabalgár el Sargento Segundo Cuervo ante la tienda del Sargento Primero Cimarrón, ya el Soldado Cuzco Overo había corrido para hacerse cargo de las riendas de la inquieta cabalgadura y llevarla a desensillar un poco más lejos.

Quitaba el poncho patrio, que venía terciado en el recaudo, y ya quedó en espinas el Sargento Segundo Cuervo, pues advirtió la expresión que se estampó en la cara del Asistente Macá al asomarla desde adentro de la carpa y reconocerlo. Con el cogote estirado, se había quedado un momento hecho hielo, el Macacito. Y en cuanto reaccionó, retiró la cabeza como si le aflojaran un resorte o si de adentro le hubieran dado un tirón. Disimulando su curiosidad el Cuervo se acercaba cauteloso, cuando he aquí que, sin quepis, apareció el Sargento Primero en la puerta, con otra cara que causó la segunda sorpresa al Sargento Segundo. El “Buenas tardes” en respuesta al saludo del Cuervo, a éste se le antojó como temblequeado. Y al Superior se le escurrió la mirada a un costado y luego hacia abajo en el momento en que al Sargento Segundo le fijó de lleno la suya.

Muy rápido, caldera y mate en una mano, y haciendo la venia con la diestra casi en la nuca porque llevaba la cabeza muy gacha, el Asistente salió de la carpa, pasó junto al Cuervo, ladeado como siempre, pero para el costado opuesto al recién llegado, esta vez, y siguió hacia el fogón que rodeaban rojas bombachas y chaquetillas azules, de donde surgía, con humillo casi imperceptible, el rotundo apetitoso olor de los asados ya a punto casi, por tal signo, de recibir el baño de la salmuera.

— Aquí, entre estos dos, hay algún intrínquilis... y de los

grandes —se dijo el Sargento Segundo— y me lo quieren tener tapado. Si consigo averiguar de qué se trata, de un galope esta noche mismo me lo entero al Comisario. Y, también si cuadra, le hago una zancadilla al Sargento Primero, y doy de una vez en tierra con él. Si no, no asciendo más y me van a enterrar con estas jinetas.

— Yo no creo —le pareció volver a oír las últimas palabras de su Comisario— yo no puedo creer que Don Juan me pueda pasar del monte sin que las guardias que le he tendido lo descubran. Pero, por las dudas, vos te vas a poner al lado del Sargento Cimarrón, porque ese se deja arriar como cordero. De buena gana ya le hubiera dado el retiro. Pero el Jefe Político tiene como una debilidad por él. ¡Vieras vos cuando, una vez, bajé a la Jefatura y le hablé de sacarlo! ¡Pucha, era una furia ese Puma! Golpiaba el escritorio, hizo volar el pelerío... que fue lo que le dio más rabia conmigo, yo creo, y eso que yo, por hacerle un favor, se los junté toditos. ¡Bueno, como el Cimarrón se crió en la estancia de él...!

Muy en guardia, pues, el Sargento Segundo se dispuso a obedecer a la seña de sentarse ante la carpa; pero esperó a que, antes, lo hiciera su Superior. Cuando, arreglándose la espada y cruzando las piernas con las espuelas hacia afuera, el Sargento Primero le dijo:

— Mire, Segundo—

a éste, disponiendo al costado el sable y cruzando las piernas a su vez, se le dobló la sorpresa. Era que el viejo Cimarrón, su mirada bien de frente, estaba ahora más tranquilo que un cerro, al punto de que otro menos alarife que el Cuervo habría tenido que confesarse, derecho, la sinrazón de las sospechas que al llegar lo pusieron sobre aviso. Pero, por lo contrario,

— Este se me está tapando la cara —maliceaba el Sargento Cuervo, mientras

— Mire, Segundo —se enteraba el Sargento Cimarrón— sabrá usted que anoche los sitiados nos han estado dando que hacer.

— ¡No me diga!

Mientras el Cimarrón narraba lo ocurrido, los ojos del otro se dilataban, a la vez por lo que estaba sabiendo y por el acabarse de la luz del día.

Vuelto del fogón con nueva caldera caliente, cebaba mate bien doblado en tres el Asistente Macá, sin mirar más que a hurtadillas. Y como la zozobra que le produjo la intempestiva llegada del Sargento Cuervo en realidad se le había disipado, al Sargento Cimarrón le empezó a emanar de sus palabras, que nada íntimo denunciaban, una entonación muy velada de tristeza más que comprometedora.

En el aire la advirtió el Cuervo. Y a ella atendió con fineza sin saber de dónde provenía semejante destemplanza, como quien, ante una madeja demasiado enredada, toma entre dos dedos la asomada puntita y no la larga y tira por ella con cautelosa paciencia para averiguar si el hilo estaba suelto o si sigue, no más, desenvolviéndose. Cuando se prendió a la cosa, dispuesto, ya encarnizado, a no soltarla, fue desde que, al decir él:

— Esos no van a aguantar mucho, dificulto. Si no, los mata el hambre—

el Sargento Cimarrón exclamó fuera de sí:

— ¡Dejemé! ¡Esto no es para mí, amigazo! ¡A mí, estas cosas, no me las dean!

Se quedó el Cuervo a la manera del que se guarece tras unas matas para espiar sin ser visto. Y en esa actitud, muy mansito, dejó seguir al Cimarrón, sin interrumpirlo.

— La Mulita es inocente y el Comisario nos está haciendo hacer una cosa, mire... ¡una cosa que no tiene nombre!

El magín del Cuervo se dispuso ahora en la forma, no ya de quien se oculta así no más, entre marañas, sino en la de aquel que, de sigiloso también en cuclillas, se ha puesto tras ellas. Hasta se achicó de cuerpo el Cuervo, ya que empezó a apretar el pecho contra los muslos. Y no siguió encogiéndose porque casi, casi se espolea en los fondillos.

Al Asistente Macá, oyendo las confidencias de su jefe, le



empezó a sudar la cabeza. Y cuando fue a ofrecer el mate al viejo Cimarrón, lo elevó adrede y se lo metió entre los ojos para advertirle de algún modo el peligroso sesgo que iban tomando sus palabras.

— ¡Pucha, este hombre es una barbaridad! —decíase desesperado, en su impotencia—. ¡Se calienta, pierde la cabeza y atropella, no más...!

En efecto: aquel estaba, a la vez, como sordo y como ciego. Y, además, estaba que trinaba.

— ¡Pucha, cualquier día chapo las jinetas y las hago chataasca, mire! ¡Yo no sirvo para esto, canejo! ¡Mire, le garanto...! ¡Yo quisiera que usted, Segundo, me hubiera visto en la frontera!

Atoróse el Cimarrón. Y cuando el sable, al sacudirse, le hizo ruido con la cadenilla, en tropel se le vinieron unas fantasías de órdago. Obediente, a lo lejos, a su imaginario grito de “¡Entregate que va a ser peor!”, se le apareció el mentado matrero correntino que él concebía en ocasiones, a cada vez más fiero, y más diestro en el cuchillo a cada salida a su conciencia, con quién muchas veces luchó enconadamente, al que atravesó de parte a parte, cierto amanecer, en medio de un arroyo crecido, sin que pudiera llegarse a saber jamás si lo dejó mal herido, y murió tragando agua, o fue decisiva la estocada; a quien, en posterior oportunidad, llevó atado al vientre de su propio caballo hasta la Comisaría, donde el personal miraba y no podía creer lo que estaba viendo, al punto de que el mismo Cimarrón tuvo que encargarse de desatar y descabargar a su feroz presa. Pero por primera vez en su vida —llegada ya a su fin— apenas si dueña de un corto trecho de nada en cuanto transcurriera aquel atardecer tan, tan manso que ya era un mirar de cordero; por primera y última vez, pues, el Sargento Primero Cimarrón hundió desdeñoso tras la conciencia semejantes imágenes, a las que con adustez les dejó caer como una tapa de piedra. Y defraudando al Asistente, que se rehacía de aquel pisar entre brasas y se aprestaba a contemplar en su mente, bajo sus

propias aprobaciones, lo que su jefe necesitara para el invento de cualquier hazaña, siguió con ejemplar austeridad expresiva, y con una sinceridad que, pronto, ya lo veremos, ningún lector dejará de atestiguar:

— Yo, ¡yo no quiero para los demás las injusticias que no quiero para mí!

Ahora, el caletre del Sargento Segundo Cuervo estaba igual a quien, no ya en cuclillas sino echado de bruces en el suelo, entre el matorral casi ni respira y aguaita. Y cuando sintió prolongarse mucho el silencio que se hizo, intervino con fingida desaprensión, para no turbar al Cimarrón, y así, dejarle largo el lazo.

— Yo...

La voz, con razón, porque hablaba presa de intenso recogimiento, le salió cual si fuera la de un pozo:

— ... yo no me preocupo por nada. Las órdenes son órdenes. Obedezco y se acabó. Si está mal lo que uno hace, uno no es culpante.

Y calló y quedó atentísimo al efecto provocado, mientras el joven Macá se echaba el quepis a la frente, rascándose el copete que se dejaba en medio del casco.

— ¡Está bien, Segundo, está bien! ¡Pero dejar morir de hambre a inocentes! ¡La pucha!

Gran sobresalto tuvo el Macá. Fue que, en vez de entregar el mate al Sargento Cuervo, pues a él le tocaba, se había sorprendido sorbiendo la bombilla, como si él también perteneciera a la rueda de los superiores. Por suerte, los otros no lo vieron. Ni el Sargento Segundo advirtió que el mate al primer chupetazo le quedó mediado. De modo que, tranquilamente, abriendo una melosa sonrisa —y por dentro con las ideas como hormigas cuando algún distraído le planta la pata a su hormiguero— el Cuervo exclamó:

— ¡Se está volviendo un terrón de azúcar, Sargento! —devolviendo el mate más pronto que otras veces, claro, porque en esta ocasión el recipiente presentó menos agua.

El Cimarrón había extraviado la mirada en el cielo oscu-

recido que, cada vez más bajo hasta esos instantes, ahora había empezado a ascender, pues la luna alumbraba de lleno... Lejos de ella, en un playo blancuzco, ya estaban apareciendo estrellas vibrantes, menos sobre un sitio de color amarillo rojizo, el cual, ese sí, permanecía fijo como el ojo del odio.

Abajo, cada vago "bendito" tenía próximo el bulto de un caballo atado a estaca. Más lejos, su dueño, como los otros conmlitones no dando tregua a los mates, hacía círculo al fogón y contribuía al mosquerío de miradas que revoloteaban, pesadas, sobre los asadores.

— ¡Linda noche! —exclamó el Sargento Segundo Cuervo subiendo la voz y la mirada juntas hacia el vasto estrellerío. —Y agregó, de lado: —Por mí, suspendé— entregando el mate al Macá porque, diciendo:

— Compermisó —el Fajinero Mao Pelada, ceñido por delante un culero como delantal, se apareció clavando los talones a cada paso rápido bajo el peso de un cordero destilante de jugos, y cuyo grueso espetón hundió en el suelo, ante los dos Sargentos.

El Macá recostó el mate en la caldera y se introdujo en la carpa. Volvió con una carona que extendió en el suelo frente a sus superiores. En otro viaje trajo y puso sobre ella varias galletas y un platillo con farña cruda.

Los dos Sargentos, entonces, sacaron a un tiempo sus cuchillos.

\*

Ya hacía ratos que el clarín había ordenado ir a dormir callado la boca al milicaje, mucho más hacía que la Mulita encendiera el candil, y todavía el Aperiá permanecía en la cama, con dos almohadas bajo la cabeza. Contra lo que él mismo dispusiera, a la tarde no se levantó a conceder descanso a su protegida. Cayó en un pesado sueño que, por

lo prolongado ya empezaba a intranquilizar a la joven, cuando ella, pareciéndole que la llamaba, abandonó la cocina. Mas al ir a trasponer el umbral, la Mulita se quedó hecha estaca.

— Mire, don Ñacurutú —oyó que desvariaba el Aperiá con entrecortada voz— mire también usted, buen hermano: lo legal es lo legal, ya sé, pero yo me voy a quedar aquí otro poco. ¡Ustedes ven que tiene que ser así, como yo digo!... Yo...yo, estén tranquilos, voy a entrar el primero, pero...

Y entraba, no más, la Mulita en el cuarto, porque ya las palabras eran ininteligibles, cuando escuchó de nuevo, ahora, con el acento del miedo:

— ¡No! ¡No! ¡A mí no me empujen! ¡Yo entro solo, pero esperensén! ¡Tengo una cosa que decir! ¡Tengo una cosa que decir a todos! ¡Una cosa, a toditos los que quedan para otra vez!

Con los ojos muy abiertos, con los brazos muy tiesamente caídos, lloraba la Mulita junto a la cama como quien, solo, subido en el mojinete del rancho en una inundación que ha cubierto la inmensidad del campo, ve venir, bien bajita, la noche y, después, no ve nada más que la oscuridad por los cuatro lados, y siente que el agua crece sin cesar, inatajable.

Mas el Aperiá había hecho un movimiento de zafe y abrió los ojos. Los revolvió, primero. Después, los desplazó despacio, reconociendo.

— ¡Pero mire lo que me ha venido a dar ahora!

Fue a alzar la cabeza y se contuvo. Un chicotazo en la nuca le enseñó que debía estarse muy quieto.

— ¡Pero mire lo que me ha venido a dar!

Y se quedó con la cabeza en la almohada, pensando, sereno como jamás lo había estado, en la manera de poder incorporarse y de llevar a cabo en la mejor forma posible sus últimos propósitos, dentro del estrecho claro del tiempo que le quedaba delante.

— Sí —se dijo— esto se viene sin darme alce. Yo tengo que levantarme en seguida porque me traen cortito y no voy

a conseguir hacerle la estratagema a la policía y, entonces, se pierde todo.

Lástima que enrojeció sus pensamientos con uno muy injusto:

— ¡Pucha! ¡Don Juan y toditos se han olvidado de nosotros!

La Mulita lo miraba de encima. Era que estaba como atada; era que no podía inclinarse a preguntarle y a compadecerlo y a decirle que se quedara quieto y que, después, vería cómo se sentía mucho mejor. Pero consiguió agacharse y tenderle los brazos cuando él solicitó:

— Mire, deme una mano para levantarme... ¡Estoy... que no valgo un cobre, de rendido!

Con la ayuda consiguió sentarse y sacar las piernas fuera de la cama. Quedó un momento así, sintiendo que le martillaban la cabeza y cómo, con un trapo negro, le tapaban otra vez los ojos. Recordó que se hallaba sin el sombrero. Mas la idea se le extravió en seguida, al sentir que le empezaba a volver la vista. Y al comprender que se estaba muriendo, apuró:

— ¡Ayúdeme a ponerme las alpargatas y a pararme! No se me asuste, y cuando le avise dispare hasta ganar el pajonal. Apague el candil, por favor. Y pongamé mi sombrero.

Pero debiendo sostener al Aperiá que, ya sin acordarse de su sombrero, se tambaleó hacia el túnel, la Mulita no pudo disponerse a buscárselo. Por lo demás, hubiera sido inútil campear en los cuartos de la casa sitiada al sombrero aquel color café. Rodeado también por la policía, hacía dos días que dicha prenda estaba oculta entre unos cardos, empapándose con el sereno, por las noches, y resecándose al fuego del sol desde que a su dueño se le voló al mandarse como tiro para adentro cuando, aquella vez, ya lo sabemos, vio a la partida llegar al galope y vociferando.

Al pasar frente a la alacena rodeando con un brazo trémulo la cintura de su protector, ella ladeó la cabeza, estiró el cuello, dio un soplido. La llama del candil se echó atrás y se apagó.

Ya no se vieron más los dos amigos. Bajo las espesas tinieblas, ella debió separar un poco el brazo que estrechaba la cintura del Aperiá porque él palpaba allí, no comprendía la Mulita para qué. Era que pretendía sacar el cuchillo.

— Bueno, ahora vayase a la otra salida, y no atropelle hasta que no le llegue el griterío que se va a armar. ¡Y apague el candil, ahora!

En su alelamiento, la Mulita no fue sensible al espanto que, entre tamaña oscuridad, significaba la orden, otra vez, de apagar la luz. Igual que si la agarraran por los hombros, ella se tornó y, a tientas, buscó la salida del pasadizo. Ahora era un muñeco de trapo, la Mulita. Lo que había quedado en el gran vacío que en la mente de golpe se le hizo, resultaba una docilidad de ciego en casa ajena. Esperaría a oír los gritos, correría hacia adelante sin parar... No sabía otra cosa que eso. Y aguardó.

Como pedregullo que se desmorona la envolvió, en seguida, el clamoreo, desde arriba. Y ella, entonces, a lo cascote arrojado con ímpetu, atropelló.

Pero en el extremo ya del pasadizo, se paró en seco al ser rozada en la ropa de arriba a abajo; roce en arañón, roce de manotazo que falla. Era que, saltando de su recado al oír el barullo, el Sargento Cuervo, en el aire, lo había comprendido todo. Y en vez de enderezar, como los otros, al horno, corrió más que ligero hacia el pasadizo. Allí, machete en mano, perfilando el cuerpo, esperó, iluminado por una sonrisa, la aparición de la Mulita, que se echó atrás al ver brillar la levantada chata hoja de acero, se salvó así del manotazo de izquierda que, como luz, el Sargento le largara, y fue retrocediendo de espaldas por aquella larga estrechez de piedra fría.

Cuando tropezó con la entreabierta puerta de la cocina, a dos manos se apoyó en el marco. Así, de frente todavía al pasadizo, rígido el cuello, quedó jadeante la Mulita, entre los dedos del susto. Pero el previsor Sargento Segundo no se había animado a adelantarse. Pensó que, una vez dentro, ni un ciego le erraba tiro.

— Bueno, por ahora no vas a intentar otra —se dijo el Cuervo sin advertir que, desde la abertura de la carpa, unos ojos, los del Sargento Primero Cimarrón, lo estaban contemplando todo. Y siempre ignorando que era seguido por la intensidad de aquellos ojos, el Sargento Segundo corrió hacia el horno dibujado vagamente en lo oscuro. De detrás de él, junto con algún relampagueante rebrillar de dagas y espadas en molinete, le llegaba y seguía a perderse en la quietud del campo un tropel de voces ensañadas.

— ¡Tomá! ¡Tomá este otro!

— ¡Aprendé a respetar a la autoridad!

— ¡Tomá! ¡Tomá...!

— ¡Compermiso!

— Es suyo. ¡Pero no gaste bala, mi Cabo!

— ¡Sí, a qué! Guardá vos también esa pistola. ¿Y estás herido?

— No es más que un rajuñón. Me mandó un viaje cuando atropelló, pero sin fuerza. Venía como mormoso. Me dio flojito en la hebilla del cinto, y se le aflojó el cuchillo.

— ¡A ver! ¡A ver! ¡Despejen!

Al brusco apartarse de los soldados, el Mao Pelada, su daga tinta en sangre, dejó de un pisotón al Cuzco Overo con la pierna en el aire, agarrándosela a dos manos, entre protestas.

El Sargento Segundo Cuervo se inclinó sobre el muerto.

Sin dejar de atender a la conversación, se agachaban los heridores y limpiaban su machete o su cuchillo en el pasto para envainarlos bien seco. Es que, si no, la mancha se hace indeleble en el acero. Uno raspa, friega allí y, con más o menos trabajo, se va cualquier mancha. Pero la mancha de la sangre, no; esa mancha no sale. Uno se olvida, si puede. Pero el cuchillo no puede.

El Sargento bajó un poco el chiripá, pegajoso de sangre, del Aperiá. Entreabrió la camisa. Observó las heridas del pecho... En la cara, en la cara no tenía un tajo. Cuajado le estaba en ella aquel aire recogido y modesto que el joven ponía cuando, tan respetuoso siempre, decía: “Sí, señor”, “No

señor”, “ ¡Basta su palabra!”, “ ¡Compermiso!”

El primero que se incorporó fue el Voluntario Terutero. Al guardar su daga —también había logrado “mojar”, aunque ya en un muerto— se arregló de paso el chiripá que, claro, por estar de particular, él sólo usaba entre tanta bombacha colorada.

— ¡Si será desgraciado! —exclamó riendo con desdén.

— ¡Mire que querer disparar y dejar sola a la otra!

— ¡No!— resonó detrás una voz amarga y dura.

Se tornaron los del grupo e hicieron la venia. Parado al lado de ellos, ceñudo y cruzados los brazos, con lo que situaba hacia adelante, ostensibles, sus jinetas jerárquicas, estaba el Sargento Primero Cimarrón.

— ¡No!— repitió con la vista fija en el cuerpo yacente; con un acento que tenía la imperiosa gravedad del trueno. —El no disparó para salvarse sino para sacrificar su vida por la amiga, que es merecedora de eso y de mucho más, ¿me has oído, carajo!

Lanzándole de reojo una inquisidora mirada, porque se le estaba iluminando cierta zona de sus sospechas, el Sargento Segundo Cuervo ratificó con la habitual nobleza nuestra aun en los corazones más negros.

— ¡Es razón! Y sepan que, si no es por mí, ella se escapa, no más, por el otro lado cuando ustedes se encarnizaban con él. Ese era el plan. ¡Lo ve un ciego!

Y como advirtiera que el Sargento Cimarrón, erguido, tieso, sombrío les daba la espalda y se dirigía a su carpa, el Cuervo, sin dejar de seguir a su Superior con el pensamiento, ordenó que retiraran el muerto.

— ¡La pucha! ¡Entonces era un guapo! —exclamó el Cuzco Overo. Se aseguró el quepis; tomó de las piernas al Aperiá por arriba de las alpargatitas.

También se afirmó su quepis el Trompa Tamandúa al inclinarse y cogió al yacente por los hombros, mientras reponía:

— ¡Sí, era un guapo!... ¡Vamos! ¡Upa! ¡Sí, las memorias hay que respetarlas! ¡Era un guapo este livianito!



A la vez, como al descuido, echó con toda el alma su piera hacia atrás, y derribó entre chasquidos de espuelas al Voluntario Teruterio, en castigo de haber chillado:

— ¿Pero y no le van a sacar aunque más no sea las alpargatas o ese cinto?

El círculo de soldados, que hacía cabeceos aprobatorios del elogio del Tamanduá, los continuó para, en la aprobación involucrar también a aquella ruda patada. Después, ensanchó el redondel y se abrió, callado, frente al pajonal del bajo.

Un viejo tordillo estaba en todo hacía ratos, sin que nadie --tal vez por la conmoción de espíritu-- admitiera como extraña su presencia entre ellos y en primera fila. Con vaga sorpresa fija observaba, de tan dilatado el cogote, bien por entre las orejas. Había arrancado su estaca de una sentada en los garrones al tropezar con su maneador algún presuroso, cuando la lucha. El y todos los del conjunto marcial quedaron pues, mirando aquel alejarse en la noche, atentos a cómo se atenuaban las formas en la semioscuridad del campo, cómo se perdieron también después tras una franja más sombría.

— ¿Pero y el Asistente del Sargento Cimarrón? ¿Pero y dónde anda el Asistente? ¿Eh? A ver, dónde anda, ¡digan!

Era el Sargento Cuervo quien, de pronto, empezó a insistir así, sin alzar mucho la voz; pero como con un encono.

Saliendo con zozobra de su ensimismamiento, dos milicos se ojearon las caras.

— ¡De veras! ¡Aquí no está! ¡Ese es capaz que no ha sentido nada!

El Cuervo se estaba poniendo fuera de sí.

— ¡Pero no es posible! ¿Adónde tiene las cacharpas?

— El hace noche abajo de aquel saucecito, Sargento. Allí tiene su "bendito".

Caminando delante el Sargento Cuervo, que llevaba a los flancos a los dos Cabos, el Cabo Lobo y el Cabo Pato, cerrando la marcha los demás; un poco estupefactos todos me-

nos el Sargento Segundo, que era presa de una intriga enco-  
lerizadora, llegaron al ranchejo seguidos de lejos por el man-  
carrón tordillo, al cual dejó de mirar hacia el bajo cuando  
lo hicieron los otros y, ahora, como aquellos se había puesto  
también en movimiento.

Con horquetas de varas de sauce y hojosas ramas por arri-  
ba, el Asistente Macá tenía construido flor de refugio. El  
silencio del campo raso reinaba dentro, al punto de que es-  
tar allí era como estar afuera, o más, cuando el Sargento se  
echó al suelo y metió la cabeza.

— ¡Sí, me tiraba una fija! ¡Aquí no hay nadie! —excla-  
mó, de una patada dejando el “bendito” hecho una lástima,  
y revolviendo las ramas con la bota por desahogarse de unas  
cruelas ganas.

En efecto: impecable, como para recibir, al fin, a una no-  
via, se le había presentado la cama: su basto a la cabecera...  
encima de él, con suma prolijidad desplegado, el sobrepues-  
to... Los cojinillos, bien tendidos y con la lana hacia arriba,  
dejaban ver el borde de la carona. A un lado estaba el pon-  
cho. Pronto para acudir a cobijar al durmiente y defenderle  
los sueños. Sí, allí se ostentaba la cama. ¡Pero sin su dueño  
en ella! A la mano derecha, la carabina y el cuchillo carone-  
ro, estaban. Lo que faltaba era la pistola de dos caños. Y la  
espada... Y el freno no apareció tampoco por ningún lado.  
¡Ni la manea!

Producida la patada del Sargento y el consiguiente des-  
parramo, curioso el veterano Soldado Avestruz deslizó el co-  
gote por entre el grupo. Cuando lo retiró, pareció haber  
pescado una sonrisa en la resaca de cueros, ramas y armas.

— ¡Habrá ido a pescar a la encandilada porque no está el  
farol con su vela que había al lado del horno! —comentó.  
El anda siempre con un aparejo. Habiendo oportunidad, si  
queda arroyo cerca, sin permiso se escabulle y... Yo siempre  
le digo: “¡Tené ojo!” Pero él, por pescar...

— ¡Qué pescar ni pescar! ¡El que va a pescar voy a ser  
yo! ¡A sus cacharpas todito el mundo!

De cabeza gacha en las tinieblas se dispersaron los soldados. A los zig zag entre ancas y cogotes, soltando maneadores, cuidando de no tropezar con las estacas, hallaban sus refugios y escurriánse hacia sus aperos.

Ya acostado, el viejo Avestruz, como era su hábito, se provocó tos para componerse el pecho antes de dormir. Y se decía, boca arriba:

— Está en el arroyo. Aunque el Sargento no crea. El es loco por el pescado. Lo envuelve en un papel, lo mete abajo de las cenizas y después... se va a algún reparo y se lo come y no convida. Allí en arroyo está con su pacencia.

Sin incorporarse tanteó la chuspa, armó un cigarro, encendió el yesquero y se puso a fumar el último cigarro. Como le eran tan largas, tenía encogidas las piernas. Así no las dejaba fuera de los cojinillos y por abajo, del poncho, por arriba, de la protección general del techito; y así les evitaba la empapadura del sereno a ellas y al poncho que las abrigaba.

El Sargento Cuervo, mientras tanto, permanecía a solas con su inmovilidad. Hasta que, empujado por la llegada de una idea, miró rabioso al cielo, donde el pasaje de tres nubes por debajo de un gran montón de estrellas y de la luna en mucho acentuaba la oscuridad. Enderezó después hacia las estacas. Con minuciosidad empezó a contar la caballada. Como el bastereado tordillo, al quedarse solo y sin sueño, se había puesto a triscar mansamente, no advirtió el Sargento Segundo que andaba con su maneador a rastras.

— ¡Sí, falta un caballo! ¡El salió en pelo y yo sé adónde va!

En efecto: a esa hora, entre el campamento y el joven Asistente la distancia se acentuaba cada vez más. Por la falta de poncho, el frío lo llevaba medio agarrotado al Macá. Pero galopeaba orgulloso. Su misión era de las de confianza. El zafarrancho que se armaría sería de ordago. La vida de la Mulita estaba asegurada. Con su Sargento y con Don Juan la existencia en el monte — que a él mismísimo, lo quieras que

no, esperaba después de la liberación— cuánto más preferible era, cuanto más, sin embargo, al servicio policial donde se metió en horamala. Se acababan por fin, las arbitrariedades y el andar persiguiendo gente. Y el no distinguir ni solito una sola vez entre quien hace cualquier cosa medio regularona siendo malo y el que hace, siendo bueno, una barbaridad. Y eso, encima, ¡que es ya el colmo!, de pasarse en ocasiones las horas parado, con el arma al brazo y sin poder fumar, mientras el preso, maneado, claro, está muy sentado en el suelo lo más cómodo, hecho chimenea.

Ignoraba en sus radiantes ensueños el Macacito que bajo aquel mismo cielo, a una legua más o menos, un triple trote, casi marcial, lo precedía. Y que el nuevo sol, justito en cuanto apareciera, ya iba a iluminarle vicisitudes sin cuento, de esas que, para atenderlas a todas, no hay marote que pueda dar cumplidamente a basto.

## Capítulo IX

### Los tres viejos

Más o menos a las cinco de la mañana, un rosillo, un bayo y un malacara ensillados se espantaban a colazos las primeras moscas bajo la enramada de una población próxima al vado al que se ha dado en llamar el Sauce Chico. Boleadoras, lazo, repletas maletas dejaban ver las monturas. De la barriga del malacara, y sujeta a la cincha, pendía pequeña pava como carbón. Las cabalgaduras, de reajo, observaban el ir y venir de herrumbrienta medialuna, por acción de la cual la figura para ellos habitual del viejo Lechuzón que la enarbolaba, estaba creándoles un interés bastante punzante. Este asombroso empacado escudriñaba sin cesar el ruedo del horizonte. El, su compadre Chimango y su compadre Carancho habían partido la madrugada anterior alarmados los tres por la noticia llegada a “La Flor del Día” de que “la autoridad” tenía sitiada la casa del finado Peludo con el propósito de apresar a la pobre Mulita, su sobrina. Se les hizo imposible a los ancianos, entonces, aguardar más la orden de Don Juan para alzar el poncho, ya que, sin precisarse bien por qué razones, ellos consideraron que el viento resueltamente se les ponía de la puerta y que la situación iba a hacerseles insostenible cada vez más. Era necesario, pues, incorporarse de inmediato a los matreros. Tomada la resolución una tarde, allí mismo, en “La Flor del Día”, el trío fue eclipsándose con disimulo, montó y salió a muy inocente trotecito . . . para clavar espuelas en cuanto la primera loma no lo dejó ver desde la pulpería, para salir en procura de sus pilchas y de

sus armas de guerra. Bastante pasada la media noche, ya estaban concentrados en el rancho del Carancho. Junto al ya casi extinto fogón, en sendos bancos de ceibo, el Chimango y el Lechuzón se sentaron y quedaron como dos piedras contemplando sus lanzas recostadas en la pared, a las que el oscilante candil de sebo encandecía al menor movimiento del aire. El de incesantes entradas y salidas de la cocina al otro cuarto y a la enramada, el de tanto revolver en el arcón y en la alacena, era el dueño de casa, era el Carancho. Había esperado con creciente inquietud a sus compadres. A las barras del día tendrían que hallarse muy lejos del pago, en su exclusivo pensar, claro, vuelto de golpe un hormiguero de peligros para ellos. Antes de decidirse a cerrar todo, el dueño de casa les hizo a aparceros y a caballos, revisión muy minuciosa. Al freno del malacara del Chimango le cambió una rienda, porque la que traía presentó al examen dos añadidos inseguros. Ciñó fuertemente con alambre el astil, que estaba astillado, de la lanza del Lechuzón. Volcó el agua de una pavita para llevarla consigo, pues los otros olvidaron ese precioso detalle; y tomar mate en rueda grande es no tomar, casi, casi. Aguja e hilo, lezna y lonjas para tientos y remiendos, tampoco habían traído. Se debió incorporarlos a una de las maletas. Las flácidas alforjas del viejo Lechuzón, las más desprovistas —y no por imprevisor— engrosaron, asimismo, con una muda de ropa todavía bastante en buen estado, y con un resto de yerba y con fariña y con las dos galletas que quedaban en la casa. Faltó la sal, mas ni se preocuparon por eso. Si entre los del monte no la encontraban, bastaría con revolver el asado en las cenizas como, antes, se hacía siempre. Con solo dos trabucos, arma de fuego para don Lechuzón no hubo. Pero eso fue lo de menos. Porque, días antes, todo el mundo había ido a buscar su prenda a la tapera de las Garzas Rosadas, y allí cada cual la encontró, tal como Don Juan lo prometiera la mañana de la requisa en la pulpería. De vuelta el Aperiá coimero de recoger su Lafoucheux, ¿no había dicho, acaso: “Entre las raíces del

ombú quedó su trabuco, don Lechuzón, que parece estar mandando: “¡Manos arriba!”?

Puestos los ponchos, por el enloquecido bailoteo de la luminaria, con cuidado extinguió a chorros de agua las brasas del fogón, el propietario; colocó sus respectivas trancas a puertas y ventanillos (a la puerta de la cocina, por la que salieron apagando el fétido candil, la aseguró desde afuera mediante su correa trenzada) y, recibiendo de lleno las estrellas los tres compadres clavaron en tierra sus lanzas y se dirigieron a la enramada; el Lechuzón como con zancos al apoyarse cauteloso en los talones. Por eso, a los largos, largos rascos de las espuelas de los otros, él iba encimándoles secos golpes de platillos. En la penumbra del cobertizo cargaron y ataron las maletas, desmanearon. Pero, en seguida, la semiclaridad se posó otra vez sobre ellos, pues aparecieron al punto a la intemperie con los caballos de la rienda, hacia las lanzas. Montaron, las arrancaron del suelo para empuñarlas arrogantes, y ya la morada quedó a sus espaldas, distanciándose y desvaneciéndose con todo lo que la circundaba. Trotaban casi recado con recado los tres, cuando el Carancho contuvo e hizo caracolear su malacara, se descubrió y :

— ¡Bueno, señores —anunció— desde este momento estamos fuera de la ley!

Solemnes, cambiando de mano el astil para librar la derecha, los otros dos ancianos elevaron sus sombreros. Y al cabo de un instante de inmovilidad, en medio de la ancha expectación del campo, encasquetaron con rudeza, cimbrearon sus lanzas y picaron espuelas entre revolidos de los ponchos, tras el viejo Carancho convertido en jefe. Porque habrá de saberse que el bayo y el rosillo, en vez de seguir en la misma línea, como hasta entonces, dejaron adelantarse medio cuerpo al malacara.

Bien pronto recobrado el trote, ante veloces nubes que taparon las estrellas de medio cielo, así se alejaban del trágico pago los airados; así: el regatón de la lanza, hallando cuja en el pie; bien asomada al contorno del grupo aquella calma

que un chasquido, quién sabe qué brusco estremecimiento a ras del suelo, hacían más sensible, todavía. Brillaban acá y allá los yuyos húmedos; pero se apagaban al instante como si jamás, jamás hubieran hecho a nadie señas desde lo oscuro. De súbito, un vaho de entristecedor aliento les soplabas las caras a los insurrectos. Y habría sido inútil el intento de dar con su causante, pues al momento todo quedaba igual que si, lo que era aire fuera vidrio. ¿Quién podría averiguar qué causó evidente brujir, si eso allí, eso duró un parpadeo y otra vez apareció el silencio macizo? En ocasiones, algo les arañaba los ponchos, cuando no era en las traseras maletas que se oían los rasguños; éstos en ellas, los más agudos. Impávidos, impávidos hacia su destino, los compadres Carancho, Chimango y Lechuzón ¡cómo se abrían paso a través de semejante mundo algodonoso, de asordado recogimiento! ¡Y qué prodigiosos los tres, sin embargo, por obra de su incesante trote, al permitir que, delante, volvieran a ser un momento lo que son a una isleta de espinillos, al ombú de la vivienda sin luz que el horizonte (lo único activo del campo a esa hora) fue dejando asomar en su avance sin tregua y expuso luego muy francamente a un costado del pasar de los incontenibles aparceros, para bien pronto interceptarlos con infalible precisión!

Los blancos de pétreos desparramos, bastante lejos ya de la primer cañada; la agachada sombra de las chilcas sin fin; el fresco de los bajíos, que se entreabría a la llegada de los jinetes; el áspero vislumbre de un pantano y, más adelante, la tan sumisa entrega de los charcos a sostener el peso del cielo; todo, todo iba acusando, de algún raro modo, muy intenso influjo al ellos atravesar. Tan poca cosa, al parecer, los tres viejos compadres, siempre trotando y en medio siempre de la noche inmensa, y eran ellos, sin embargo, no había duda, ¡ellos eran los de la acción extraña! Porque el límite, los relieves, las coloraciones, el sosiego mismo, los destellos y el rumor y los hálitos, sólo cuando quedaban dentro del espacio móvil con que el horizonte circuía a los



viajeros, recién entonces, podían readquirir su natural y librarse por instantes del callado poder so el que se anegaban. No ocurría ese trueque ni antes ni después. Cuadras al frente; cuadras, también, a diestra y siniestra del triple trote, sí, por un tris, por un instante, sí, la sombra atenuaba algo de su hechizo o de su sofocación, no más, del mundo, al ellos acercarse. Y era cruzar las lanzas y aquel ondear de ponchos y el apagado repiqueteo de los cascos impertérritos, y vuelta otra vez a la abrumada entrega, a la confusión igualadora, a la común suspensión vuelta, al como asirse de ese algo que no se sabe qué es, y que deja apenas, apenas una vagarosa memoria suya cuando asoma la luz y es ya otro día.

A fin de no quedar también atrás del compadre Chimango, con el costado del talón —por no dar espuela— debía incitar sin tregua el mal montado Lechuzón.

— ¡Usté va a ver! —alentó el Carancho en una de sus tornadas de cabeza—. ¡Flor de pingo le vamos a agenciar en el monte! ¡Allí Don Juan debe tener rejuntada ya una gran caballada!

Como chicotazo a lo oscuro resultó la promesa. Con mucho disimulo, el Lechuzón espoleó, francamente, entonces, sí, y defendió:

— ¡A mi rosillo no lo cambio por el oro del mundo! Viene medio tristón, pero es un animal noble. Tiene una atropellada, mire... que...

Y persistía en el oculto roce de la espuela.

El “superior” mantenía el medio cuerpo de distancia. Consciente de su responsabilidad se agazapaba en sus ojos. Siempre al trote, la mirada como alerta mano minuciosa, él registraba el terreno que de golpe se amplificó por producir un gran ensanche del ámbito el abrirse de dos nubarrones más que cerros y el aparecer de tamaña luna. Coincidió esta salida con la detención del malacara, el cual giró y dio el frente al rosillo y al bayito. Frenados con tanta dureza, los dos caballos últimamente mencionados fijaron como miradas de fiscal en su delantero. Pero ya clavaba la lanza en tie-

rra el Carancho para empeñarse en desprender el “chifle” de los tientos. Luego de un buen trago, pasó el desaforado cuerno al Chimango. Todavía gratamente descendíendole por el gznate como una caricia con las uñas, el Chimango hizo entrega de la pesada asta al que no había estado lerdo en aparareársele, y que aguardaba con gravedad. Como ternero abajo de la madre fue el Lechuzón, de inmediato. Hasta que el malacara del jefe le dio con el encuentro. Después de nuevo trago, el Carancho aseguró su alivianado recipiente a los tientos y manoteó la lanza. Se reinició el trote. El horizonte también se puso en marcha. Y, otra vez, entonces, piedras, árboles, chilcas, pequeños vados o zanjones, juncales, cañadas tomaban paulatina consistencia, se acercaban a los trotantes con la intención de dárselos a conocer en lo que realmente eran, y se quedaban atrás de los imperturbables y sumergíanse en la vaguedad que de un prolongado soplo les iba apagando sin remedio los contornos.

¡Ah, qué luna tan potente, ya! Las ecuestres sombras del Carancho, del Chimango y del Lechuzón, ¡era de verse!, hasta de lanza marchaban ahora, al costado de ellos mismos, refregándose con el suelo. Y, arriba, por el aire ya más diáfano, no dos de las moharras —porque éstas venían muy herumbrientas— mas la tercia, sí, la del Carancho, se adelantaba, espejeando, hecha cuarto creciente; aunque con impostura muy, muy sin suerte. Porque en todo lo que el horizonte, también al trote, iba abarcando, no habría podido conseguirse a aquellas horas siquiera un ojo, un solo ojo que advirtiera esta segunda luna a campo traviesa, rehilando a tan poca altura de los pastos. De existir una pupila allí, su mirar tomaría por ilusión la consistencia de lo terrestre, aquella noche. Y, así, para la distante visión asombrada que pudiera haber habido, el jefe y sus emponchados subalternos serían otros tantos nubarrones, a lo sumo. Tal vez aquella mirada, en ese otro cielo bajo, creería asimismo distinguir a ratos una estrella acompañante, y luego otra y otra, hasta tres, ¡y no más!, cuando, pasada de trotante a trotante la

tabaquera bien repleta del Carancho, muy tiesos, y siempre mudos, se entregaban a su vicio los compadres. Y, ¿por qué no con dicha?, en fija que dejaría subir y bajar y subir... la vista de una luna a otra luna, aquel mirón. Hasta que, embelesado en ese juego, lo sorprendería de golpe el gran desconuelo de sentirse solitario ante el prodigio; de advertir que no podría contar ya con quién atestiguarle, y tendría, por eso, que callar toda la vida. Porque habrá de saberse que, tristemente, sin precisarse cómo, en la altura y abajo obraron a la vez cúmulos de ceniza, o densos humos, o tintas más que negras. Y como sopladitas se apagaron las dos lunas en lo mejor de su lucir. Entonces, una desconfianza desquiciante cayó de tal manera sobre todo, que las cabalgaduras abatieron sus testas casi hasta meterlas entre los cascos para acercar al suelo la mirada; el trotar se hizo receloso, y cualquier cauce de morondanga ya provocaba sentadas en los garrones y hasta obligó al cauteloso incitar de la espuela.

Fue casi a tientas entre las raíces del ombú de la tapera de las Garzas Rosadas (aquellas que habían sido ocho, ¡y lindas!, y que cuando el asalto alevoso salvaron sus vidas todas, pero a poco comprobaron al mismo tiempo que estaban gruesas las ocho); fue a lo ciego que el Lechuzón se empeñó en hacerse de su tabuco.

El Chimango y el Carancho también habían echado pie a tierra, pensando con lógica que el hallazgo no sería tan así como así. El sitio les acentuó a los tres la gravedad. El silencio se les hizo necesario...

Todavía quedaba algo del brocal del pozo. Una pared del rancho estaba casi enterita. Apenas si, en trechos, le faltaban las últimas hileras de terrones. La población se habría conservado bastante bien, aún, si puertas, si ventanas, si el techo no hubieran sido retirados para aprovecharlos en la ampliación de la vivienda, distante una legua escasa, del cuñado del finado (que ahora, a su vez, ya no era cuñado ni nada ni nadie porque en una alegación de carpeta también él había fallecido). Ahora, el yuyal, que al principio ocupó sólo el

patio, lo había invadido todo. Y plantas, lluvias, alimañas apresuraron la destrucción.

— ¡Qué cosa, amigo! ¡Y era una población superior!

Volvía el “chifle” a sufrir otra merma cuando el Lechuzón apareció, iluminados los ojos, quitando a su arma con el extremo del poncho los brillos del rocío.

— ¡Con ésta, soy un presidente!

En efecto: a un dedo de la boca, el taco se mantenía firme; dentro, bien apretados, tornillos, clavos, piedras aguardaban el envión del estampido que al fin los hiciera irrum-pir en desparramo carnicero.

— ¿Estamos, señores?

— Estamos

— ¡A caballo!

Se escuchó el sordo golpetear, otra vez, de los vasos del delantero indiferente. Con insólita arrogancia, muy sentado en su adormilado matalote, no talón, nazarenas aplicó el Lechuzón, al tiempo que contenía, enérgico, de las riendas. Bruscamente, entonces, el rosillo pareció haber desandado en su existencia diez años, por lo menos. Menuditos los pasos, tan pronto presentábase la derecha como la izquierda de su jinete a las ancas (donde el rocío había enfriado el resudor) del bayo y del malacara.

Y estaba oscuro, mismo, cuando se presentó el cuarto o el tercero de los chilcales grandes. Inmóviles los hombros, el Carancho tornaba como con gozne la cabeza, y apenas si distinguía a los que le precedían, pues ellos, ahora de uno en fondo, conservaban cautelosos varias varas de distancia para evitar así el encontronazo de la detención intempestiva o del tropezón a ciegas. Pero el apagado dar de los cascos no se contenía ni por asomo, aunque, ahora, ya no era sólo eso lo que al silencio iba hendiendo en la invisible inmensidad. Aquí y después, incorporábaseles en su trayectoria los rumores del llevarse chilcas con el encuentro y, si el trote establecía al punto su regulación, muy pronto lo acompañaban rayones del crujir de tantas ramillas tronchadas. Resopla

acá el rosillo, los ojos volcados sobre el suelo. Su jinete lo sofrena. Sintieron el imperio de las riendas también el bayo y el malacara. Y, otra vez, muy campantes todos (salvando matorrales con un salto, de súbito, para caer de nuevo en el vago redoble) y más y más los arañazos de uñas a lo oscuro, cuando no alguna fría aspereza de crespón al mojar con su cosquilla el rostro siempre, siempre impasible de los caballeros.

Ya habían conseguido atravesar toda la noche. El incesante trotar estaba hollando ya las puntas de la mañana. Al tiempo que en los bajos una tenue cerrazón se arremolineaba como no sabiendo para donde agarrar antes de que se apareciera el sol a acabarla sin remedio, algo imposible de ver se agitaba hacía ratos en incesantes idas y venidas, despertando las cosas, dando avisos radiantes. Era invisible, pero marcaba patente su presencia en el cambio que operaba al solo cruce de su vuelo. Asomábanse brillos. Un fulgor se tornasolaba, y ya otros y otros aparecían, a lo grillo, entre los pastos. Brotaban los colores, se derramaban sobre sus cosas. Por ejemplo: a cierto tala, empacado entre su enredo de espinas se le abrió sin querer como un tenue rosado. Era todo aquello igual a un desentumecimiento general. General y, en cada cual, con una sonrisa encima, a lo que parecía. Entre los ceibales de la izquierda (que sostenían aún algunos purpúreos florones de raso) por las islas de espinillos, del talar asomado en la dirección opuesta, entre las piedras, a recibir a los tres altaneros sublevados acudía una de trinos, que, sin resignarse a perder a tan arrogantes lanceros, los seguían, estirándose en todo lo que daban, hasta empalmar con las modulaciones a su vez salidas a aquel encuentro desde los boscosos apostaderos de más adelante. Y estos nuevos arpegios tomaban la posta, seguían un trecho a los tres indiferentes compadres, pasaban de largo por el ramaje donde, dele que dele al garganteo, estaban parados sus mismísimos músicos, dejaban a estos atrás, y no volvían sin antes hallar otro coro que se hiciera cargo de aquel emponchado que a

la larga evidenciaba ser un jefe, y de su imperturbable escolta. Y así, por tiempo.

Desde hacía ratos, pues, los ancianos, tiesos como garrotes, adelantaban en la pradera bajo un gorjeante palio por encima del cual, activísimamente, la cúpula verdadera, la del cielo, requiriendo cuanto color imaginarse pueda, preparaba su inminente luz mejor, la bien dorada. A la espera de, en un solo haz, hacerse al fin esa luz de gloria, estaban ya dispuestas vetas de azul acompañadas de sus celestes, azafranes, también, ya, y ciertos esmeraldas, algún violeta clarón. Y, asimismo, unos carmesíes, unos granates, unos escarlatas... que no tuvieron nunca ningún clavel ni ningún malvón de patio alguno.

El frío intenso de la evaporación del rocío, al vencer la tenaz resistencia de ponchos y chaquetas, les hizo soltar la lengua a los herméticos. Y por allí, entre pocos comentarios, a ellos les empezó también el recobrase. Pudieron así los ojos reparar en lo que se les enfrentaba. Cualquier desvío, y ya, siempre de punta a punta del horizonte, el arroyo se les enseñaba en sus cabrilleos, acá y allá sofocados por los bosquecillos criados a sus expensas. Quieras que no, en esa dirección, a la izquierda, entonces, el mirar se iba solito por la pradera, que era plato tras el cauce, hasta dar con la franja del estero y con la otra, delgada y más oscura, del monte sin fin, donde reinaba la libertad completa porque "la autoridad" no consiguió nunca allegarse allí a hacer baza. A la otra mano de los viajeros, el vasto espacio cortado por los pequeños cerros se salpicaba de montes, de rebaños, de chilcales y de grupos de ombúes junto a los cuales, aunque no se distinguiera, se asentaba una vivienda ya de terrón, ya de pared de piedra. Así, la estancia del Coendú, la de la viuda del brasilero... Allá, más lejos, todavía, al pie de las sierras (un punto borroso, apenas, ¡parece mentira!, para representar, no sólo los ombúes, sino los paraísos, las casuarinas, el monte de perales y la población y los galpones) allí, el establecimiento del hermano del Coronel. Y al frente de

los tres lanceros, cada vez, cada vez más cerca, pues no había tregua para las cabalgaduras ya jabonosas de sudor, fue el distinguir, primero, entre sus ombúes, la antigua construcción, a medias derruida, que era la meta; después, a poco andar, la aparición de la manguera de piedra y el corral de palo a pique, haciendo espalda a un vasto muro verde que, al cabo de unas cuantas cuadras de trotar se evidenció añosa arboleda de frutales...

Y ya dejamos a un lado el alambre en el suelo, latas, la cabeza de yacaré de una bota reseca, algún pedazo de loza, de vidrio; ya estamos en el playo de las casas. Los caballos ¡por fin al paso!, en dirección al palenque de la enramada. Y, creyendo verse venir otra vez la guerra, la casera, una chancha negra que soltó su escoba de chilcas desde lucientes achiras y un jazminero moteado todo de blanco, para salir entre aspavientos al encuentro de los lanceros.

A la cabeza un pañuelo negro, de negra bata, de pollerón negro, la negra reconoció a los aparecidos. Pero su zozobra no se atenuó sino a medias, a pesar de quedar enterada en seguida de que solito se trataba de alzados a "la autoridad". Serenidad le renació, apenas, para mejorarse el pañolón y dar algún palmoteo a las abollonadas faldas de luto.

— ¿Cómo le va, doña?

— Bienyusté

— ¿Cómo le va, doña?

— Bienyusté

— ¿Cómo le va, doña?

— Bienyusté.

Sin conseguir rehacerse por completo, la morena se había puesto que ni tamango al sol, de seca, ante los que, de la rienda la jadeante cabalgadura, se le iban acercando por turno. Cuando invitó a pasar, ya los tres le habían dado la espalda y, recostadas las lanzas a sus propias monturas, en cuclillas, maneaban. Al incorporarse (el más entumecido, el Lechuzón) ella desvió con sobresalto la vista. Había aprovechado el momento de la agachada maniobra de los foraste-

ros para hincar la mirada en el sauzal tendido a quince o veinte cuadras, en un bajo.

Apagósele entonces a la anciana el áspero rencor encendido por el chasquear de un “¡Putísima que los parió!” que junto a los jazmines se le produjo al aparecérselo el terceto. Apenas si el rescoldo de aquella brasa le perduró un momento. Es que, en compensación, recibiendo estaba ahora, a modo de ráfagas insistentes, la verde calma del distante sauzal. Entonces, sí, se sosegó. Y sintiéndose con rapidez la de siempre, fue que la dueña de casa —paradójicamente para alguien que pudiera haber observado como llevada al matadero por funesto efecto del cortejo de lanzas— reatavesó su patio hacia su cocina.

— ¡Pasen, pasen, señores! ¡En la casa de ustedes están!

Al darles el frente para la oferta, lanzó ella por entre los astiles una última mirada al siempre tranquilo sauzal lejano.

La cocina era grande, renegrida por cada año, y bien barrida. Buena pared de piedra. Techumbre firme, de teja. En el medio, el fogón: un redondel de caracúes vacunos que asomaban sus calvas a unas pulgadas del suelo. Colgada de un tirante del techo, la cadena con sus ganchos de un lado y de otro para disponer los recipientes de modo que todos iguales pendiesen en el centro mismo del fuego.

Ella ensartó un trozo de carne, situó con adecuación la parrilla, arrimó tizones. De inmediato agregó astillas para ir preparando más brasas. En seguida se puso a aprontar el mate.

Del breve interrogatorio, muy pero muy contrariado quedó nuestro compadre Carancho. No había noticias ni de Don Juan ni de los suyos. La vieja escuchó cierta noche un tropel de caballos hacia el Paso. Después, hasta el momento, ni en un sentido ni en otro había cruzado nadie, que ella supiera. Presumía la señora que los que sintió serían Don Juan y sus amigos, porque dos días atrás ella se había apersonado a la Comisaría y, allí, oyó que aquéllos andaban a monte. Ignoraba si fueron destacadas partidas en su persecución. Tam-



poco sabía cómo andaban las cosas para la Mulita. Sólo sabía, en su oportunidad a la legua se dio cuenta, que el Comisario Tigre estaba con la sangre en el ojo. Y les reveló que fue dominándose mucho cómo él cumplió en algún algo con su deber, y le dio cuenta del asunto en cuya dilucidación la anciana acudía.

Pronto, a una orden del Carancho, el Lechuzón reapareció en el patio. Se oyó en tres ocasiones el chirriar de la cadena del pozo. Andaba baldeando agua a las cabalgaduras, por no bajar al paso del arroyo. Viendo y oyendo beber a su rosillo, el primero en ser atendido, se le acentuaron las ganas de mate. Pero una vez satisfecha la caballada, retomó su lanza con resignada disciplina y comenzó a pasearse y a avizorar la llanura. Le pesaban los años al de guardia. Parecía como que estos se le corrían con el poncho para el lado que afirmaba la bota de potro y le hacían aflojar la pierna.

Adentro, entre cimarrón y cimarrón, el viejo Carancho sentíase con dureza defraudado. Llegó en la fija de que Don Juan se había detenido allí en su paso para el monte, y hasta pensó que estuviera utilizando a la vieja' como espía. Sábase que quien se halla mal con "la autoridad" cuenta en seguida al vecindario como aliado de firme; pero es que, además, la Chancha Negra era muy de la relación de Don Juan y de su primo. Hasta no hubiera causado extrañeza al Carancho hallar allí a alguno de los matreros apostado de avanzada.

— Pues entonces... —y tenía fruncido el ceño— pues entonces nos hemos quedado ¡Buenas noches!

— Sí, señor. Lo que le dije es la purita verdad. Los que pasaron aquella madrugada, parece que se los hubiera tragado el monte. ¡Y los demás, les aseguro... no pasaron!

Al decir estas imprudentes palabras, la vieja lanzó una mirada inquisidora a su interlocutor, echándose para sí unos ajos, asimismo. Pero el jefe parecía tener el marote encerrado en un botijo. Ella, entonces, dejó quieta la lengua infidente y, como el Chimango cebaba ahora el mate, se puso a

deshacer tizones para aumentar el braserío.

El Carancho no contaba con aquella pared que se le había plantado delante de sus esperanzas. Más que la noche oscura reinábale en la mente. Su imaginación estaba como con maña. Sacó los avíos de fumar para recobrase.

— ¿Pita, doña?

— Se agradece, señor. No pito.

El Carancho sufrió otro desacomodo. Recordó que al entrar a la cocina lo había recibido un fuerte olor a tabaco negro.

— ¿Quién había fumado allí, momentos antes, si no era la vieja? —se preguntaba liando su cigarro.

La Chancha Negra pescó en el aire el gesto de contrariedad que siguió a su negativa. También inquieta, expuso su mejor cara de candidez y aclaró:

— No es por despreciar. Sabrá que, a veces, don, fumo. Pero por obligación. ¡Como reciencito! M'hijo, que está de peón en lo del hermano del Coronel, me deja tabaco, siempre, ¿sabe? Para cuando le duelen los oídos a mi nieto.

Y en la puerta, como adrede, de chiripacito de luto, surgió un chanchito negro, con cara de recién levantado, y descalzo.

Tamaña sentada dio el aparecido al ver a los huéspedes. Después, haciendo una gambeta, corrió a formar biombo con su abuela.

— ¡Es bastardito, señor!... ¡Y húerfano! —aprovechó la vieja para, por esa vía, desviar lo más lejos posible los presunibles pensamientos sospechosos del Carancho. —Al pobrecito se le han encimado los lutos. Es hijo de una finada hija mía y del finado dueño de la quesería, que murió faltó, la semana pasada. No sé si habrán oído decir... Porque estoy teniendo el palpito de que, adrede, a esa muerte no se le ha dado propalación.

— ¡Ahá! ¡No me diga!

Sentados muy graves en sus bancos de ceibo, el Carancho y el Chimango aguzaron el oído. Como bandadas de co-

torras pasáronles por la imaginación aquellas carcajadas de unos días antes, en la pulpería. Y se les presentó a lo vivo el desaforado contento que hiciera augurar un tristísimo fin.

— Sí, la finada era pionera del finado —siguió ella al tiempo que trataba de atraer al nieto hacia su frente, deseosa cada vez más, asimismo, de narrar su triste historia. Es que, por el declive que tendiera con éxito para deslizar la mente del Carancho, sin querer se le iba ahora la suya, también, inatajable. Y el finado —agregó— me lo entregó, pero siempre con idea de llevarlo con él cuando estuviera criado.

Sorbiendo el mate, el Chimango miraba al gurí, meditabundo.

— ¡Y es la cara del padre, mismo, salvo la color! —afirmó.

— Ayer lo presenté a la Comisaría. ¡Calculen qué trotiada con él en ancas! El tiene derecho a las cosas del finado porque estaba reconocido a la luz del día como hijo. El Comisario me salió nada menos con que allí no había nada. Y que, además, yo no era quién para presentarme sin citación a la autoridad. Que, en todo caso, había que abrir la sucesión. Y que nos íbamos a pelar la frente porque el gurí no era legítimo. Y que al gurí de poco valía que lo reconociera la inmensidad del mundo si alguna ley no lo reconocía, y que leyes hay hasta de más. Pero que busque quién sea una unita venida al caso. Que cuando el finado fue recogido por la policía, andaba en pelo. Y que para que yo no dijera que el no había tenido lástima de la criatura, él iba a entregar, de recuerdo, el poncho del padre... ¡Era pororó esa boca, señores! ¡y barbaridá! ¡Van a ver ustedes en qué estado lo había puesto!

Se levantó para desaparecer en el otro cuarto con el nieto hecho un abrojo entre sus polleras. Regresó y presentó la prenda cuidadosamente doblada.

— ¡Miren ustedes! ¡Un poncho de éstos! ¡Al pueblo lo mandó hacer expresamente!

— ¡Sí, me parece que se lo estoy viendo puesto! ¡Era una cosa... soberbia!

Para la contemplación admirativa desplegaron las bandas azules y blancas, hechas trizas. En todos los corazones la indignación hizo presa.

La vieja continuó:

— Cuando medio nos serenamos, porque yo no me le iba a quedar callada, explicó el Comisario, y puede que haya algo de cierto, que el finado andaba con mucha, pero con mucha plata en el cinto después del remate de la quesería, y despertó codicia y le armaron juego en “La Flor del Día” para robarlo, la mañana que él se extravió por completo y empezó a hacer disparates. Que eso sí está probado. Según él calculaba, el finado tenía el mal declarado hacía tres meses, por lo menos. Desde que se mandó al pueblo a hacerse el poncho.

Los dos viejos matreros miráronse entre meneos de cabeza. Pero nada dijeron. Eran todo oídos, el pescuezo hacia adelante, tanto por prestarlos más como para mejor apreciar la prenda que a dos manos insistía en presentarles su interlocutora.

— Me contó que el finado empezó hace unos meses con la cosa de que, como oriental que él era, quería andar con poncho del color de su bandera. Y que igual tenían que hacer los argentinos, los paraguayos, los chilenos, también, y los brasileros. Y que el que fuera más lindo, ganaba... ¡Francamente, yo a eso no le hallo que sea estar mal de la cabeza!

El Chimango estiró más el cogote. Pero el viejo Carancho, que inclinado sobre el mate lo sorbía sin dejar de mirar los restos del poncho ya doblado con engorro por la anciana, levantó vivamente la cabeza.

— ¡Valiente! —exclamó—. ¡Es una idea como cualquiera otra! ¡Eso sería bonito! ¡Y nuestra bandera triunfa! La única, la uniqueta que medio le podría hacer fuerza... es la argentina...

Una voz, la del Chimango, tranquilizó:

— ¡Pero qué le va a hacer sin sol!

— ¡Y con sólo tres listas! —desdeñó la vieja.

Con profundo menosprecio, el Carancho alzó los hombros. Y estos no volvieron a bajar porque, rudamente, él subiós todo el cuerpo, en seguida, al ponerse de pie, trabuco en mano. Había oído aproximarse gran chasquido de espuelas y, con el de las suyas abandonando la cocina le salió al encuentro.

— ¡Viene uno, compadre! ¡Viene como con rumbo al Paso! —anunció el Lechuzón.

La lanza del centinela descendió en horizontal, señaladora. Un trabuco recién llegado se elevó, a su vez, buscando en la misma dirección, y otro trabuco, aparecido de la cocina tras el del jefe, se puso también en línea y recorrió el horizonte para ubicar la causa alarmante.

Sobre la expectación de sucesiones de colinas (verdes todas menos la coronada de pedregales asimismo en derrame por su falda) casi identificándose con el granel de talas y coronillas; a la izquierda y no lejos de un ombú situado como puntal entre el cielo y la tierra, aquello era un punto, nada más. ¡Pero un punto que se movía, avanzante!

— ¡Allá viene la novedá!

Bajó su trabuco al decir esto, el Carancho. Fruncido el entrecejo, fue abatiendo el suyo el Chimango. A las azules alturas la pica del Lechuzón orientó su medialuna. Y luego de un instante en que parecieron vueltos piedra, los tres viejos dieron con lanzas, trabucos y sombreros en tierra, para poder quitarse los ponchos, como presas de la fiebre. Después, a una orden del Carancho, recogieron las armas, se dispersaron en remolino. Uno atropelló al palenque, otro se guareció bajo el ombú, el tercero buscó la pared más próxima. Era para apoyarse en algo y quitarse, de pasada, las espuelas...

¡Parece mentira!, tan, tan útiles ellas estando a caballo y cómo son de funestas, sin embargo, cuando ante un cuchillo o frente al sable que se viene buscando carne, trábanse en el pasto o se enredan en el chiripá, o si, reculando de apuro, híncase en tierra algun pico de su estrella...

— ¡Haga el favor, guárdenos las prendas, doña!

La Chancha Negra, que en el umbral observaba estupefacta, acudió dejando al pequeño sin el resguardo de sus faldas. Y al regresar cargada con los tres pares de espuelas y los ponchos, y trabándose en el nieto, ya el Carancho adoptaba urgentes disposiciones.

Diligentes, sus subordinados se evaporaron. El Lechuzón muy agachado, abatiendo la lanza, consiguió meter los caballos en el galponcito y ganó las chilcas. El Chimango buscó hacia su derecha, hacia la manguera. Observó la maniobra, el jefe. Luego, tomó posición tras el brocal del pozo, pegado al pecho el trabuco.

Una calma sobrecogedora se impuso en el patio. Le sintió el efecto, sin duda, el chingolo que iba a posarse sobre el jazminero. Porque, ya estiradas sus patitas, las plegó otra vez y salió hecho pedrada hacia la llanura.

Se había cerrado la puerta de la cocina. Por detrás se le deslizó en seguida muy gruesa aldaba. Pero la trancadora, luego de dar vuelta en un santiamén el asado, se acercó con sigilo al ventanillo opuesto, el que daba al campo, y lo entreabrió justo el ancho del ojo...

El punto aquel, fautor de la conmoción, se había convertido ya en un jinete que avanzaba a tranquilo galope.

— Poncho no trae... ¡ni sombrero! Aunque algo en la cabeza tiene... —se decía la vieja Chancha.

Sin despejarse de la dorada rendija, con un sopapo contuvo el empuje del bastardito trepado en un banco y empeñado en mirar también él, sin saber qué.

En el patio, el Carancho se mantenía en cucullas, media cara asomada a un lado del brocal que le servía de resguardo. A su vista —más avezada que la mirada de la cocina— no escapó el fulgor, en delgada línea, encendido de cuando en cuando al costado izquierdo del caballero.

— ¡Militar! —exclamó—. Viene de espada y de quepis. Bombero, en fija. Ya nos han salido en persecución... ¿Pero asunto de qué viene en pelo?

Esta comprobación sumió al observador en un mar de conjeturas. Mas como al que, a tumbos entre las olas, lo agarran y lo suben chorreando al bote, así, perdiendo suposiciones de todo calibre, quedó sostenido en una certeza medio a los balanceos, no muy rotunda.

— ¡Ahá! ¡De espada y en pelos! ¡El Gobierno debe de haber hecho una leva! Y se le concertó tal mundo de gente, que no le alcanzaron los recados, salta a la vista.

El viejo Carancho aguardó. Y en el preciso momento en que el jinete desaparecía hasta la cabeza tras la inmediata colina, se adelantó muy agachado, corriendo, hacia el camino, y se apostó entre un matorral de chilcas amartillando el trabuco. La mirada de la Chancha quedó pendiente de aquella inmovilidad.

Ahora, sobre la cuchilla, apareció un quepis. En seguida, una chaquetilla militar, equina cabeza, muy rojas bombachas. Luego, la ecuestre figura ya completa tomó cuesta abajo.

— ¡Pah! ¡No hay cómo errarle! --exclamaba la dueña de casa—. ¡Me lo fulmina! ¡Porque le va a pasar rente con el caballo! ¡Hecho regadera va a quedar el pobrecito!

Entreabrió más la ventanita. Y a influjos de una súbita claridad que se le hizo en la mente:

— ¡No hay nada que hacerle! ¡Estos tres son de Don Juan, no más! —se dijo tapándose los oídos.

No oyó, pues, el ¡Alto! que chasqueó junto al camino. Vio, sí, la brusca frenada. Y el meneo de gallina clueca que hubo en las chilcas para dar trabajoso paso al Carancho, avanzante atrás de su trabuco, hacia el jinete.

— ¡El Soldado Macá! ¡El Asistente del Sargento Cimarrón! ¡El Asistente!

Ante este descubrimiento, la Chancha abrió, no más, de par en par, el ventanillo y se asomó, ansiosa, no sólo de ver más sino de no perder palabra, también.

A pesar del aire con que se venía el del trabuco, el miliciano, reconociéndolo, cambió su súbita zozobra por una

sonrisa indulgente. Adrede, en ostensibles reojos, lanzaba significativas miradas sobre sus bombachas rojas y sobre su espada, para que el otro las advirtiera de una vez. Para que también reparara en su quepis, le hizo una solemne venia.

-- ¡Buen día, don Carancho! ¿No me conoce?

-- No, señor. Yo, ahora, no conozco a nadie.

-- ¡Pero don Carancho...!

-- ¡Usted está preso! ¡Eche pie a tierra y dígame de dónde viene y cuál es su destino!

-- ¡Pero, hágame el favor! ¿Cómo voy a estar preso yo, don, si soy policía? --exclamaba con ojazos de estupor el Macá.

-- ¡No le hace! ¡Yo de estos casos he visto muchos! ¿No ve que nosotros andamos sublevados?

-- ¿Pero cómo? ¿Hay guerra desde cuándo?

Cual si sintiese que le estuvieran empujando el quepis desde adentro, ahora se lo sujetaba a cada instante, el Macacito.

-- No es guerra, señor. Es un desacato de los que desde que el mundo es mundo hay en los pagos... ¡Pero usted se me baja en seguida, que no me va a sacar más explicaciones!

Con fastidio el Carancho había advertido que estaba locuaz en demasía. Ante el tono de imperio, el Macá descabalgó, y quedó con el caballo de la rienda, escuchando otra vez. Porque el Carancho, al ver lo diligente del descenso, a pesar de su reflexión consideró caballeresco no extremar el rigor y aclarar las dudas.

-- No hay guerra, ni nada, oígaló. Pero Don Juan está perseguido por la autoridad, nosotros hemos tomado su partido, y usted es prisionero de nosotros.

-- ¡Pah! ¿Entonces ustedes son de la gente de él? --preguntó a un mismo tiempo con asombro y creciente desconfianza.

-- Todavía no nos hemos incorporado; pero puede darnos, no más, ese nombre. ¡Entregue las armas!

Y al ver que el Macá iba a obedecer, el viejo Carancho, receloso, modificó la orden.



— ¡Deje esa mano quieta!

El mismo retiró la pistola. Lo que no tocó fue una manea que pendía al lado de la canana. Preguntábase dónde pucha el miliciano había dejado su recado, cuando aparecieron el Chimango y el Lechuzón. Viendo venírsele, a éste por la izquierda y a aquél por la derecha, otro trabuco más y semejante lanza, el Macá pensó que estaba en pleno último momento. Resistirse era inútil. Y menos sin la pistola, ya. Decidió, pues, dejar hacer, aguardando con decoro el gran acontecimiento, aunque se mordía por satisfacer su curiosidad antes de morir.

El Carancho entregó al Lechuzón la espada y al Chimango su propio trabuco y el cuchillo del prisionero. Después, empuñando como suya la excelente pistola policial, retrocedió dos pasos para ordenar:

-- Ahora, marche a dejar su caballo.

Cabizbajo, a paso de entierro bajo su abrumamiento, obedeció el joven soldado.

-- ¡Lo peor es que a mi Sargento lo dejo colgado! ¡Esa, ésa es la cosa! --pensaba.

De pronto, ya casi llegando a la enramada, se le produjo una conmoción en la mente. Allí, en ella, el ser que tan sorpresivamente había provocado el vuelco le quedó sentado y de espada entre las piernas. Le llamó la atención al Macá, y reconoció en el aparecido al mismísimo Sargento Cimarrón, quien empezó a repetirle una de sus hazañas... El joven Asistente la recordó de inmediato. Al pie del mangrullo de la Comisaría, cierta tibia noche, bajo las estrellas, habíala oído por la primera vez, sin la menor variante. Lo que cambiaba era el modo de volvérsela a hacer escuchar su superior. El acento de modestia conque en aquella pasada ocasión el protagonista refirió hasta los momentos más relevantes de su empresa, ahora era sustituido por un insinuante tono de consejo. Esto hacía surgir con recién revelado valor aleccionante detalles que en la anterior oportunidad hasta innecesarios bien pudieron parecer...

Extrañamente, asimismo, en su oyente el discurso también variaba de efecto.

Sin sombra de aquel su arrobo del mangrullo, el Asistente apreciaba la repetición como quien está abocado a ser sometido sobre el particular a un tenaz interrogatorio. Se bebía las palabras. Y así, en esa actitud, volvía a escuchar que, en aquel antiguo trance, el Sargento Cimarrón interpuso el cuerpo entre sus contrabandistas opresores y las patas del bayo de las mentas; maniobra ésta que el joven miliciano ya llegado a la enramada, imitó al agacharse a manear su malacarita, poniendo mucho cuidado en lo que ahora volvía a oír en su mente. En tal forma, haciéndose pantalla para el mirar del Carancho y sus compadres, el Macacito siguió procediendo como en la lejana vez su jefe; es decir: situó la manea bastante altito; y uno de los botones fue introducido apenas, apenas en el ojal de la presilla, con lo que quedó como para desprenderse al más leve contacto; apenas al toque del pie, no más.

— Yo les voy a ser franco —dijo incorporándose más que reanimado con la inigualable asistencia que estaba recibiendo. — Yo creo que esto no es para tanto. Porque...

— ¡Silencio y pase para adentro! Lo que está diciendo usted es una estratagema. Sepa que por ese lado no va a hallar picada. Nosotros somos veteranos y usted es muy muchacho para nosotros.

— No, pero mire, don, que...

— ¡Silencio, ordeno!

El Macá se rascó la nuca. Y al internarse en el patio ya no levantó la cabeza, otra vez obediente a una interior advertencia de que lo más bien podía aprovechar su inclinación para escudriñar con disimulo entre malvones y hortensias, su esperanza de salvación en franco renacer. Era que: *“Mirá (estaba escuchando al mismo tiempo a su admirado jefe) yo marchaba, ¿sabés?, adelante de los tres malhechores con la cabeza agachada y quietita, quietita para que ellos no pudieran ver la mirada. Así, yo iba pesquisando con los*

*ojos entre las plantas en procura de algún útil de los que siempre quedan olvidados en el jardín... como ser, te voy a decir, pala, rastrillo, azada... y allí, no más, dar media vuelta y acostarlos de un garrotazo..."*

— ¡Pucha! ¡Si yo pudiera... si yo pudiera...! —pensaba el Macá, a su vez, al advertir que se le pronunciaba el olor a asado de una cocina que no veía y no descubrir en el trayecto ningún objeto contundente. ¡Si yo pudiera amontonarlos y echarles ceniza a los ojos! Mientras estos enclenques montan a caballo, me les hago humo.

Cuando entró, vio a la dueña de casa recostada a la pared, el corazón queriéndosele salir por la boca. Aunque, por cierto, no podía considerarse visitante, el Macacito, por hábito, se adelantó y, con una inclinación, le extendió la diestra. Al instante comprendió que estaba haciendo un papel. Mas ya la anciana acudía a estrechársela con efusión. Entonces el Macá distinguió detrás de las polleras al enlutado chanchito y, ya que se hallaba en eso, se le acercó también tendiéndole la mano. Pero debió contentarse con acariciarle de refilón la cabeza porque el pequeño se hacía arco en torno a la abuela.

— ¿Es nieto, misia?

— Para servirlo.

Sonreía ella, ahora, al joven prisionero. La compasión que experimentó íbale haciendo nacer por él, a toda prisa, una profunda simpatía. Fue tal vez empujada por este sentimiento que se acordó del asado y que se adelantó a arreglarle las brasas.

Desde el patio se oyó cómo el Carancho recomendaba al Lechuzón que condujera otra vez los caballos a la enramada y que, después, vigilara la puerta.

— Nosotros dos, compadre Chimango —concluyó— vamos a espulgar al prisionero.

Al entrar encontraron al Macá muy sentado en la única silla y, además, de mucho mate. Había desdeñado tanto las cabezas de vaca como un banquito de ceibo, porque, igual

que si tuviera al lado al Sargento Cimarrón, otra vez le oyó seguir desde lo profundo de su caletre la aleccionante narración: *“Yo elegí la silla de esterilla, ¿sabés? Por ser más alta, ella me dejaría parar con más facilidad, si la situación se me presentaba...”*

Encapotó el Carancho los ojos, miró el mate, miró a la Negra solícita; pero no dijo palabra. Lo que consiguió fue carraspear, tomándose tiempo en la duda de hacer incorporar o de dejar sentado, no más, a su preso, cuando el Macá, presa de la misma vacilación, se resolvió a ponerse de pie. Entonces, dura siempre la mirada, el Carancho cogió por los cuernos uno de los cráneos, lo plantó ante el joven miliciano y ordenó, tomando asiento:

— ¡Quédese sentado, no más!

Desdeñando un banco, en otra cabeza el Chimango se situó a un costado, entre las piernas el regatón de su lanza.

El sol, ya altito, provocaba que desde el patio una sombra cruzara a intervalos por la cocina. Era la del Lechuzón en su celosa guardia.

— ¡Parece que ha trotiado fuerte! —observó el Carancho sin saber qué decir.

— Es verdá, bastantito —contestó el joven Soldado recobrando su alta silla. Y *“...yo siempre serenito, no más (seguía escuchando en su interior a su Sargento) me hice dos planes ¿sabés? Calculé la altura de la ventana, para el salto... ¡Pero el otro plan...! ¡Ese sí era plan de sacarle el sombrero! Vos te das cuenta que si yo conseguía congraciarme con el gurí y me amañaba para atraerlo al lado mío, en un descuido ganaba, no más, con él, de un manotón, la puerta, echándomelo a la espalda, que es fácil. Vos ves que así no se animarían a hacerme fuego. Y, tapándome con él, podría montar a cubierto, sacarles distancia y soltar el estorbo cuando estuviera fuera de la acción de los trabucos...”*

Y de mi mismísima pistola, también, que esa sí, ¡la puta!, es de largo alcance —completó por su cuenta el Macacito, viéndola ahora ostentada como propia por el cinto del Carancho.

Este, con el empaque del toro cuando va a dar la embestida, estaba, sin embargo, que no sabía cómo comenzar. A sus dificultades naturales de expresión se agregaba, en el caso, la circunstancia de no poder aborrecer al alfeñique de soldadote sentado allí, delante, con aquellas bombachas coloradas, la chaquetilla azul y el quepis inclinado, que le sentaba casi con gracia. Tal como cuando se va trotando lo más bien y, al cruzar un paso, el caballo se echa atrás; y uno incita, roza con las espuelas, pero es peor... así, de semejante modo, la dureza le llegaba hasta los ojos al Carancho y, allí, se le sentaba como en los garrones.

Y había que hablar, sin embargo.

— ¡Cansadazo, en fija! —le salió.

— ¡No crea! Regular, regular no más.

El bastardito, embobado, siempre hecho abrojo en las faldas de la abuela, no sacaba los ojos de las rojas bombachas y de los botones de la chaquetilla militar.

En cuanto pudo — ¡Venga, m'hijito, para acá! —le dijo hecho una miel el Macá, siguiendo meticuloso por el surco de la antigua narración de su jefe, que con tanta nitidez ahora reescuchaba desde bien lejanos meses.

El chanchito sufrió un estremecimiento paralizador.

— ¡Pero valiente! ¡No sea cerril! —reconvenía la abuela— ¡Vaya, vaya con el señor!

— ¡Venga con el señor! —suplicaba el Macá alargándose todo, al mismo tiempo que, en lo más recóndito de su ser se le iluminaba un cabeceo de aprobación otorgador a su maniobra por su Sargento querido.

Mas una nueva zambullida se produjo entre las polleras.

El Carancho comprendía, sensibilizado por los carraspeos del Chimango, que aquella situación no tenía fundamento. Nunca había interrogado a nadie, y, sin embargo, no había más remedio que decidirse y cortar semejantes arrumacos. Se compuso el pecho; pues, y soltó a boca de jarro:

— Bueno, empiece de una vez por confesar dónde ha quedado su gente. Porque usté... usté andaba de bombero, ¿no?

Respiró hondo el Chimango. Y el Macá saltó:

-- ¡No, señor! ¡Qué esperanza! ¡Al contrario!

-- ¿Cómo al contrario? ¡A ver si tiene mejores modos!  
¡Desembuche ligerito dónde ande su partida!

Igual que si se hubiera abierto una puerta, el Macá vio la posibilidad de descubrir si el Carancho había mentido cuando habló de su relación con Don Juan y los demás fugitivos. Entonces se lanzó por esa picada.

-- Mire, don, usted me dijo muy clarito que era de la gente de Don Juan. Pues llevemé a su presencia. Yo... ¡yo tengo un parte para él!

Quedó a la espera del efecto. El Carancho se había echado hacia atrás entre las astas de su asiento, como quien trata de sobreponerse a un golpe sorpresivo.

Un poco retrasada, la misma emoción cayó sobre el Chimango. La Negra, que no perdía palabra, quedó instantáneamente ciega.

-- ¿Un parte? --preguntó, recuperándose, el Carancho.--  
¿Un parte, dice?

-- Como lo oye ¡Y, y urgente!

-- ¿Y de quién?

-- ¡Ah! ¡Eso sí es reservado! Porque, ¡y disculpe!, como usted desconfía de mí, yo desconfío de ustedes tres. Y ustedes verán que no tengo más remedio.

Al mismo tiempo que observaba el resultado de sus palabras, el Macá, allá en el fondo de su mente, percibió al Sargento Primero Cimarrón haciéndole señas insistentes en dirección del negrito. Entonces, se resolvió a intentarle otra entrada al chiquilín.

-- ¡Venga, pues! ¡Venga con el señor!

Alelado permanecía el Carancho, centrando una gran confusión que parecía ajena a él, de tan bruta.

-- ¡Sí claro! -- aprobó al fin -- Lo que usted dice es una verdad como una luz. Aquí tenemos que desconfiarnos todos. Pero... ¡qué quiere!... entre tantas desconfianzas, usted ve que yo, a eso que usted dice que es por desconfianza que no

habla claro, también le tengo que desconfiar.

— ¡Es razón! ¡Es razón! ¡Tiene que desconfiar! Y la cosa no se arregla hasta que yo no esté en presencia de Don Juan.

Sacándole la palabra al Carancho,

— Pero no ha de pensar que usted va a ir así —previno el Chimango, presa de otra desconfianza. Irá atado, de pies y manos, para más seguridad...

-- ¡Claro que sí!

-- Usted monta... y nosotros lo amarramos de firme...

— ¡Claro que sí!

Hubo una pausa. El Macá, inclinando el quepis sobre la frente, se rascaba otra vez la nuca; y el viejo Carancho también se rascaba la suya, empinando el sombrero. Luego, éste dijo:

— Sí, está bien... ¡pero qué quiere! ¡Asimismo, desconfío!

— ¡Y claro que sí! ¡Le doy toda la razón! ¡Es para desconfiar! Pero usted ve que no hay otro remedio que hacer lo que digo. ¡Porque le garanto que Don Juan tiene que saber, y pronto, lo que yo le traigo comprometiéndome tanto con todo el mundo... que calculo que me he hundido para toda la zafra!

El Carancho alumbró una taimada sonrisa. Y tal como el gurí, advirtiendo la perdiz, se detiene haciéndose el inocente, elige un sitio en la estrecha senda, cruza los palitos de su trampa, se esconde y espera, así, él dijo con fingida seguridad:

-- ¡Sí, yo sé! Es una cuestión de indulto lo que le proponen a Don Juan.

— ¡Qué indulto! La cosa es para armar más zafarrancho del que se ha armado. ¡Mire, yo no sé en qué va a parar esto, le garanto!

El pájaro no caía. Entonces, así como el niño al que un revolido le desacomodaba el armadijo va y lo arregla de nuevo, sigiloso, el Carancho exclamó, forzando una sonrisa dis-

traída y mirando para el techo:

— ¡Ahá! ¡Conque el Comisario Tigre...!

— ¡Qué esperanza! ¡Ni me nombre al Comisario Tigre! ¡Hágame el favor! ¡Ese está como en un sueño, de inocente! Se trata... ¡de un subordinado de él!

— Yo quería decir que el Sargento Cimarrón...

— ¡Pah! —se le escapó al Macá. Había quedado estupefacto ante la sagacidad de su interlocutor. El mismo efecto debió causar a la imagen del Cimarrón que el Macá tenía dentro. Porque el Sargento Primero se volvió mudo y, como el Asistente, se puso también a la expectativa en la mente de su Asistente.

El Carancho, sintiendo las palpitaciones y calculando que ya la presa era suya, repitió a tientas, tan a oscuras como quien, de cabeza en un pozo, araña y hace fuerzas por darse vuelta y hallar el modo de volver arriba.

— ¡Sí, ya sé, te digo! El Sargento Cimarrón... quiere... hacer un parlamento... ¡Pero eso es en nombre del Comisario! ¿No te das cuenta, muchacho?

Comprendiendo que su bienhechor Sargento lo había dejado en libertad de criterio pues, de golpe, apenas si ahora se le hacía presente, el Macá se incorporó. Admitía las posibilidades de arribar a un entendimiento, aunque, por las dudas, no abandonaba la esperanza de poder llegar al patio y acercarse de a poco, de a poquito, a su cabalgadura para el caso de que no convenciera a su opresor.

— Mire, don, y disculpen los presentes; a usted, si salimos al patio, lo voy a enterar de todo... porque ya no desconfío.

En el magín del Asistente, su superior acentuó su presencia para asentir con la cabeza, evidentemente ufano de su Macá.

En la mano un palillo, parecía empeñada en remover las brasas, la Negra. Mas en realidad, no perdía palabra. Y le estaban llegando en rachas a su mente unos como recargos de conciencia. Había dudado, al principio, de los tres insurrectos. Luego, del joven Soldado. Ahora, estaba por creerles a



pie juntillas a los cuatro.

Por su parte más desconfiado que nunca, el Carancho ya se hallaba de pie, la mente hecha hormiguero. Sacó su pistola ajena, y:

— Bueno, vamos a ver —le dijo— salí para afuera y te me recostás a la paré. Y no me hagás ademán de romper el chiquero porque te voy a dejar el cuero como camoatí descascarado. Y si allí te parece muy cerca para hablar sin que te oigan estos señores, nos vamos lo lejos que vos quieras. Porque te prevengo que si te has hecho la ilusión de hablarme a la oreja, sacatelá de la cabeza. A mí no se me acerca nadie. Y venga usted a buena distancia, compadre Chimango. Cualquier movimiento que vea, con su trabuco usted me lo barre al señor.

Desahogando su desazón, la vieja Chancha alejó las brasas para dejar el ya a punto asado apenas al rescoldo. Y apartando al bastardito que, ahora más animoso, y mordido por la curiosidad llegaba antes a la puerta, se asomó.

En el patio, el Macá, siempre con el Sargento Cimarrón en su magín, observaba silencioso cómo el Carancho, por señas, tomaba nuevas precauciones. El Lechuzón fue destacado junto al caballo del detenido.

— Y ahora, amiguito, elija sitio y desembuche su historia.

Con aire inocente, pero aviesa la intención, el Macacito tomó por derecho hacia la enramada. *“Como te había dicho, m’hijo, abrochada tan flojita como la dejé, la manea se desabotonaría en cuanto le diera con el filo de la bota...”*, le reinició desde adentro su Sargento Primero.

— ¡Para ahí, no, m’hijito! —exclamó con irónica afectuosidad el Carancho.— ¡Para los caballos, no... que te podés ligar una patada!

El Chimango y el Lechuzón, trabucos en mano, vieron desviar hacia el pozo al prisionero y al jefe de ellos. Desde la puerta de la cocina, los ojos de la Chancha daban idea que se hubiese dejado al fogón sin dos de sus brasas grandes. Ahora, a la vieja perturbábanle la atención sus propios manoteos

para impedir la salida del bastardito. Intuía la posibilidad de una treta del policiano y de la consiguiente rociada de metralla.

-- ¡No me diga! --le llegó (y llegó hasta los pacientes caballos) que exclamaba el Carancho. -- ¡No me diga!

En la nueva situación, bruscamente, el Macá se sintió solo de toda soledad. Su admirado Sargento parecíale habersele hecho humo. Al esfuerzo desesperado de evocación nada acudió desde su memoria. Con premura, muy por lo bajo, seguía hablando al Carancho, ya sin guía y en forma tal que, de no estar de pie, su relato podría a distancia confundirse con rezo. También palabras del Sargento Cimarrón eran las suyas... ¡Pero recientes, éstas de ahora (las que la noche anterior, horas apenas, su jefe le ordenó decir a Don Juan) y abridoras de una dilatada incertidumbre en el futuro! Por no perder detalles, el Carancho, olvidando sus previsiones, se le había aproximado, inclinada la cabeza como durmiendo en el aire, y le presentaba la oreja. Asomado a ésta, en puntas de pie y mirando para abajo igual que desde el brocal del pozo, el Macacito le hacía llegar hasta el fondo cosas tales, que el auditor se llevaba las manos a la cabeza, daba unos pasos... y debía acercarse con premura, otra vez, y poner el oído porque el joven Asistente ni interrumpía su historia ni siquiera se dignaba desplazarse, advertido de que ya era dueño de la situación.

No mentía el Macá. Mas cargaba las tintas —si cabe— tapaba alguna rendija y, sin proponérselo, provocaba en el Carancho imágenes de entreveros en que, al lado de Don Juan, y seguido siempre por sus dos lanceros, a los que se incorporaba, decidido, su para él distante, aunque ya veremos muy pronto que no, compadre Zorrino, hacía estragos su media luna, en un afán cada vez más ciego.

Al quedar solo un gotear de datos inútiles, el Carancho indicó a los otros dos que se aproximaran. Empezaba a enterarlos, cuando se interrumpió para pegarse con sus compañeros al Macá, pues éste había recommenzado su declaración, sin

preocuparse por el número de oyentes. En las exteriorizaciones del asombro, se separaban un poco los tres viejos, volvían a encontrarse junto a la fluencia sin tregua. Pero como el Carancho había sentido ya la necesidad de adoptar con urgencia una actitud, la reiteración no le dejaba crecer el desarrollo de sus planes; se los aplastaba y le aumentaba su preocupación.

— Bueno... aquí... hay... que deliberar —interrumpió a la manera de quien emerge de una laguna enredándose en los camalotes.

— ¡Claro! —exclamaron ya ciegos el Lechuzón y el Chimango.

Pero habló el Macá:

— ¡No, señores! ¡Lo que tenemos que hacer es llegar hasta Don Juan en seguida!

— ¡Claro! —hallaron bien, ahora hechos, de dóciles, dos “alguaciles” en la punta de la tormenta, los que acababan de aprobar al Carancho.

— ¡No, parate, muchacho sin experiencia! Siendo la cosa tan apurada como a la legua se ve, mejor es que nosotros cuatro demos vuelta y marchemos a reforzar al Sargento Cimarrón. ¿Qué me dicen, compañeros?

— ¡Claro! —aceptaron los compadres— ¡Con nosotros tres y él y éste, hacemos el desparramo!

— ¡Pero no! ¡Pero no! —se desesperaba el Macá— ¿No ven que me comprometen? Yo me les he abierto a ustedes para que me agarren confianza. Pero con quien tengo orden de hablar yo es con Don Juan. Si no, ¿a dónde puta va a parar la disciplina?

Igual que bajo un baldazo de agua se quedaron los viejos. Vaya a saberse por qué, la palabra disciplina obró como un ¡Sosegate! Abandonando con decisión su frase, el mencionado término ascendió a gran altura. Y desde allí, enérgico, sombrío, lanzaba influjos.

— ¡Sí, tenés razón! —dijo el Carancho, provocando el cabeceo aprobatorio de sus subordinados. — ¡Es que uno se

calienta y pierde los estribos! Bueno, compañeros, a caballo y derecho al monte, no más.

— ¡Momento, don! ¡Momento! ¡Aguarde!

Girando los cuatro, vieron acercarse a grandes zancadas a la vieja Chancha Negra, seguida por el bastardito. Cuando frente al asombro de los cuatro se detuvo, bajó la cabeza en actitud de entonar un ¡Mea culpa! y declaró:

— ¡Tengo que hablar! Como ustedes tres desconfiaban, como el señor Soldado desconfiaba, yo también, señores, desconfiaba.

— ¿Y de quién? —saltó, por los demás, el Macacito.

— De ustedes cuatro...

El Lechuzón y el Chimango se habían quedado fríos. El Carancho la miraba como a rajarla. Y la indignación comenzó a bullirle, propensa al derrame...

Aliviándose de lo que había llegado a constituir gran peso de conciencia, la Negra reveló que una noche le había golpeado la puerta el mismísimo Don Juan, quien llegó acompañado por el Zorrino y por un rechoncho, mitad particular y mitad policía...

— ¡Pah! ¡El Recluta Carpincho!

... que le preguntó si le había llegado algún run run de la pulpería, que le pidió que no perdiera de vista el Paso y que, en caso de ser interrogada por la policía, dijera haber visto mucha gente con rumbo al monte. Contó también que a algunos llegados al rancho en los días subsiguientes les oyó que iban a incorporarse a Don Juan.

— Bueno —dijo para congraciarse al terminar su confidencia— ahora que todo ha quedado en su lugar, pasen a dar tajos al asado antes de irse. Y sepan que yo estoy a la disposición.

De lomo duro, el Carancho fue el último en seguirla.

— ¿Y ha pasado gente para el monte, misia? —inquirió el Macá inclinándose para no dar contra el dintel de la cocina.

— Sí, señor. ¡Mire cuántos!

Ya sin reservas, ella traspuso una puerta haciendo señas de que lo siguiera. Y el grupo entró silenciosamente a un pequeño cuarto a oscuras.

Abierto el ventanillo, los compadres vieron, encima de una cama, sus ponchos y sus espuelas. Sobre la mesa, junto al poncho cuidadosamente doblado del Chancho loco, les fue dado distinguir varios prolijos montoncitos de guijarros.

— Empezando de adelante para atrás: ayer, como a mediodía, tres. Anteayer, ocho juntos. Unos días antes, cuatro un día y cinco, otro. Y esta madrugada pasó uno al galope... pero para el lado contrario... Ese era chasque de Don Juan, en fija...

— ¡Juá! ¡Juá!

El Carancho interrumpió, airado:

— ¿De qué se está riendo usted, compadre Lechuzón?

— ¡De contento, no más!

Volvió a mirar las piedritas, el Carancho. Y no pudo menos de protestar:

— ¡Pero, doña! ¡Los ratos conversando con usted, y usted en esos tapujos!

— Bueno, esas cosas hay que dejarlas... —terció el Macá.— Ahora, todos somos uno. Vamos, si les parece, a dar un tajo. Y, con permiso de ustedes, me voy a poner la espada —agregó al ver que sus opresores se colocaban las espuelas y se emponchaban.

Entre largos rascos pasaron a la cocina, la Negra repartió platos, poniendo en cada uno gran cucharada de faríña, y todos se distribuyeron en torno al asado. Perdido el temor, el Chanchito había ido a situarse junto al Macá, aunque sin conseguir ya que éste le hiciera el menor caso.

A una seña del Carancho, el Lechuzón devolvió al policia-no su cuchillo. El último en servirse fue el jefe. Con dolor veía llegado el momento de devolver también la excelente pistola. Escudriñaba en su mente por ver de hallar, todavía, algún defensor motivo de desconfianza. Pero allí reinaba una plácida claridad de mediodía. El olorcillo del asado,

acentuado con tanto corte, lo desensimismó. Tomó una presa, se sentó con el plato en las rodillas, como los otros y dijo, resignado, al propietario:

— Aunque usted, por ahora, no lo precisa, yo, lo mismo, después que coma, le voy a hacer entrega de su pistola, estése tranquilo.

— ¡Pero valiente!

La Negra rebanaba un gran pan (un poco afectada por la reconversión del Carancho y otro poco porque aún tenía como una espina grande) cuando lo dejó helada una bronca voz que resonó en el ambiente:

— ¡Güen provecho, caballeros! ¡Esto sí que se pone bonito!

El Carancho se incorporó, pistola ajena en mano. Pero no pudo menos que sonreír, en su asombro, al ver lo que vio.

— ¡Qué me dice! —exclamó el Lechuzón, queriendo dar un salto y contentándose con levantarse a dos manos, trabajosamente.

El Chimango, que se quiso echar atrás y que se contuvo de golpe al no hallar respaldo, cerró los ojos. Ya no precisaba ver nada más para el apogeo de su dicha...

Todo esto, especificado a riesgo de pecar nosotros de minuciosos, se debía a que quien estaba encuadrado por el marco de la puerta era el primo de Don Juan, el mismísimo compadre Zorrino.

— ¡Digales, haga el favor, que usted me sentenció si yo hablaba! —soltó la Negra antes de que el recién llegado y el Carancho cayeran en brazos.

El Zorrino estrechó también a sus otros dos compadres. Después, clavando ojillos de pocos amigos en el Macá, le preguntó:

— ¿Y usted es prisionero o desertor?

El Macá, echándose el quepis sobre la cara al rascarse la nuca,

— ¡Mire, si le voy a ser franco —dijo— todavía no sé qué puta soy!

Quiso hablar el Chimango, pero se trabó en las ideas y quedó estupefacto al encontrarse con que su pensamiento había vuelto al punto de partida y que en un todo compararía ahora la duda del Macá.

Intervino el Carancho. El Zorrino prestó atención, meneaba la cabeza, se ponía cada vez más grave.

— Se ve que usted, tan joven, es de ley — exclamó mirando al policiano de pie a cabeza. Y agregó con tono resuelto: — Bueno, tenemos que salir como luz a dar aviso a Don Juan. Si mi compadre me presta su rosillo, ya estoy de vuelta con mi lobuno viejo y el Recluta Carpincho. Lo tengo apostado a unas veinte cuabras, en aquel montecito de sauces. Yo me vine a pie por las barrancas, bombiándolos a ustedes. El que tenía razón era el Recluta Carpincho. Son particulares, me decía por ustedes. Y cuando se apareció el señor, como yo no lo distinguía bien, él era un sastre, pintándomelo prenda por prenda.

El Carancho, que mientras escuchaba había clavado los ojos en la Chancha Negra, interrumpió para decirle, sublevado:

— ¿Pero entonces, usted...? ¿Y el olor a cigarro...?

— Cuando les vi aparecer las lanzas — siguió el Zorrino — nos retiramos al sauzal, en observación...

Otra vez se oyó al Carancho:

— ¡Pero doña!

Reforzada su mirada por la del Chimango que llegaba con retraso a la comprobación de que la Chancha habíalos tenido las horas al palo, los ojos del Carancho ardían.

— Es que don Zorrino me ordenó que no dijera a nadie que él estaba aquí — apagaba la Negra. — Que Don Juan, que la Mulita, que todo el mundo se hundía si yo descubría.

El Zorrino no advertía la violenta situación. Y de su incoherente confianza se desprendía que andaban de descubierta con el ex-Recluta, y que el rancho de la vieja era un puesto avanzado de Don Juan.

Cuando el Carancho fue a exclamar otra vez, el Macá vio

venirse la tormenta e intervino para hacer soplar de otro lado al viento, y porque su apetito no se había aplacado.

— Mire don Zorrino, y disculpe que yo me meta, ¿qué le parece si nos acompaña a dar unos tajos? Así comemos y después salimos hechos unos reyes para el monte.

— ¡No, señor! Coman ustedes, no más, que yo voy a buscar a mi compañero. Aquí mismito, cuando los señores aparecieron, nosotros ya habíamos churrasqueado.

— Sí, cómo no, ellos ya habían churrasqueado cuando ellos llegaron —ratificó la vieja, y en seguida, clavó los ojos en el suelo, maldiciendo su locuacidad.

El Carancho se revolvió en su poncho, que entreabrió para sacar otra vez su cuchillo y deslizarlo con rabia sobre el churrasco, trozando una presa.

Momentos después, del lado de la enramada, se escuchó alejarse un galope.

En la cocina sólo el mascar se oía ahora. El bastardito se había sentado junto al Macá, pasmado de admiración. Este deglutía absorto. Sin darle tiempo a fijarla en la atención, y poder obligarla así a marcar el paso, a que la cosa fuera con orden, una teoría de imágenes desfilaba por su mente. Pasó un mangrullo, una guitarra; pasó un cepo tamaño... pasó (por suerte, también sin detenerse) el Comisario Tigre, muy inclinado —era su manera de montar— sobre la cabezada...

El desfile, por su cuenta, se hizo más lento desde que apareció un “bendito” guardando en su interior una buena, una excelente cama hecha con el recado y la carona, y con bajeras, cojinillos, sobrepuesto. Junto con la piedra en que se paraba a tocar los diana, como estatua que se desvía con pedestal y todo, pasó a los soplidos en su clarín dorado el mismísimo Trompa Tamandúa; llegó el Sargento Cimarrón...

—A mi Sargento no le pago ni con el oro del mundo. Todo lo que yo soy se lo debo a él y a nadie más. —Y, se ve que por antojo del “clase”, ya no pasó nada más. Quedó éste allí, delante de los ojos del Macá, infundiéndole con persistencia una tristeza como la que asalta cuando permanece-



mos un rato asomados a un pozo o cuando, sentados a la puerta del rancho, ya dormidos la madre y los gurises, miramos para arriba y, al toparnos con las estrellas, nos damos cuenta de lo solos que estamos nosotros y de lo solas que están ellas, y se nos aparece de repente eso que entonces comprendemos que es la verdadera soledad... Ahí es que usted se da cuenta que recién la topa como es. Porque entonces no es por nosotros, sólo, que comprobamos que estamos solos, sino también por los que nos acompañan; porque sentimos que ellos también están solos, hasta ése de la cunita de cuero; ¡el más necesitado! Y entonces, al cuajar aquella inmensidad, se lleva por delante y voltea a cualquier cosa que, de buena, olvidada de la soledad suya, nos ha querido acompañar.

Sintió el Macá el estremecerse de su espada. Recién ahí se fijó en el Chanchito Negro que, a su lado, la había palpado en un sin querer de su arrobo. El Macá advirtió con un es y no es disgusto que desde que abandonó sus proyectos de fuga no había hecho más caso del pequeño. Y por reparar el papel, desenganchó la cadenilla para ofrecerle, con insólita ternura que vaya a saberse de dónde le salía, la prenda codiciada.

— ¿Quiere ponerse la espada? ¡Tomelá! ¡Juegue, no más, con ella!

— ¡Pero qué cosa! ¿Cómo va usted a estar incomodando al señor? — saltó la abuela.

— ¡Pero valiente! Dejelá a la criatura...

La criatura ya estaba en el patio, hecho un jefe.

El Macá buscó a su Sargento en su mente. Pero allí había quedado sólo una estela, una sombra apenas, que no le ofreció resistencia a su atención y se desvaneció como de aire.

— ¡Pucha! — exclamó con desaliento. Mas lo venció en un tremendo esfuerzo. Y, ya recobrándose, tornó al Carancho y al Chimango que mascaban ceñudos. — Esto está muy lindo, pero, y no es por despreciar, en cuanto lleguen los señores vamos a ver si montamos a caballo. Como quiera que sea, las

horas pasan... y ustedes ven que yo tengo que enterar a Don Juan de mi misión.

Aprobó el Carancho. Ya iba a hacerlo también el Chimango, cuando se oyó acercarse doble galope.

— ¡Ahí están los compañeros! —previno incorporándose, el Carancho. Se dispuso el trabuco en el cinto, apoderóse de la lanza y a la dueña de casa saludó, diciendo con empaque:

— Señora, muchas gracias por las achuras que da... ¡y a ver si otra vez nos tiene más confianza!

— ¡Cómo no! Lo que es otra vez, usté va a ver, don Carancho... — Y usté, don Chimango —se dirigió a quien a su vez se despedía, también lanza en mano. — Y usté mocito, y disculpe —agregó, saludando al joven miliciano.

En el patio ya, el Macá recuperó su espada.

— Cuando usté sea grande, yo le voy a regalar una... todavía mejor que ésta.

El Chanchito Negro lo siguió extasiado hasta el malacarita.

— ¿Cómo te va, Macá! ¿Pero estabas vos también aquí? ¡Pero qué cosa más grande!

Así no le paraba la boca al que llegaba apareado al sobriño: un jinete de rojas bombachas militares y rabón saco de particular.

— ¡Sí, aquí estoy yo, también, Carpincho, aquí estoy yo, también! ¡Y de veras que esto es cosa grande!

Caracoleaban los pingos al sentir el asiento de sus caballeros, cuando algo cuchicheó el Carancho al oído de sus lanceros. Cabecearon éstos, miraron de soslayo a los dos recientes ex policías y, con imperceptible tirón de riendas precursor, se quedaron atrás.

De a dos en fondo, entonces, el Carancho delante, con el Zorrino: el Recluta y el Macá, después; cerrando la marcha el Lechuzón y el Chimango, mudos éstos y siempre fija, por las dudas, la mirada en los dos, tan locuaces, que les precedían, el escuadrón descendió al trote corto en busca del Paso, entró en la mansa corriente, se detuvo para que los caballos bebieran y, de galope holgado —había que conservar los

fletes— se internaron por el inmenso campo abierto que, quién sabe hasta cuánto tiempo de trotar, era cerrado por una franja verde oscuro a la cual ni a derecha ni a izquierda podrá abarcar el horizonte.

Trotaban recado con recado el malacara del Macá y el tubiano del Carpincho.

— ¿Y qué me contás de estas pellejerías en que andamos? ¡Yo, yo ya tengo la cabeza, te garanto...!

— A vos se te pueden decir las cosas claras, Recluta. Habrás de saber que se trata de que Don Juan acuda esta noche a marcha forzada con todos nosotros a ponerse al lado del Sargento Cimarrón, que se le va a pasar.

— ¡No me lo diga!

— El va a tomar disposiciones para que quede poca gente en el campamento. El va a hacer creer en una alarma. Y, entonces, él va a destacar guardias a todos lados menos al Paso del Figuritas...

— ¡Soberbio!

— ¿Vos te das cuenta? Ni resistencia, m'hijito, ni resistencia van a presentar los pocos que estén. La liberación de la Mulita y del Aperiá, vos ves que es un hecho.

Así, al joven ex Recluta Carpincho en embeleso, confiaba nuestro joven Asistente. Con un entusiasmo al que, en seguida, comenzó a velar con su desaliento la idea recién, recién desde tantas horas, ocurrida de que las intenciones del Sargento Cimarrón pudieran ser descubiertas antes de recibir el refuerzo salvador...

— ¡Pero es un plan divino, Macá! Si no fuese que está tramao contra el Gobierno, se entera el Presidente de la República y, ahí no más, le hace entregar al Sargento el uniforme de General y esa espada de ellos, que ellos agarran siempre de guantes para no empañarla, porque dicen que es un espejo de oro.

— ¡Sí, figurate! Y vos no sabés qué corazón...

— ¡Pero ni para recuerdo vamos a dejar un milico, con ese plan!

— Sí, pero... ¿sabés?, la cosa es que las cosas...

— ¿Qué cosas?

— ...la cosa es que las cosas... Por ejemplo: que nos den tiempo a nuestra llegada.

— ¡Dejate de partes! Con ese plan, mañana a estas horas estamos toditos de mucha tertulia alrededor de un fogón. Y allí me lo veo a Don Juan, parao entre todos nosotros también paraos y diciéndole a la Mulita, que está sentada en un gran almohadón que le hemos hecho juntando toditos los cojinillos: “Bueno, ahora, amiga, le presento al amigo Macá, que antes era autoridá; y le presento al amigo Carpincho, igualmente...”

— ¡Putá que tiene cosas, hermano! —exclamó el Macacito conteniendo un brusco puchero.

— “... y también le presento al amigo del amigo Carpincho, al Montés, que se han hecho uña y carne, los dos”. Y ella, Macá: “¡Tanto gusto en conocerlo!”, acá; “Tanto gusto en conocerlo!” allá... contenta.

— Sí, pero usted me deberá saber, hermano, que anoche cayó al sitio el Sargento Segundo Cuervo, que si vos hubieras tenido tiempo de conocerlo... ¿Y quién le dice a usted que en una no haya agarrao la punta de la madeja y...?

— Tampoco he tenido tiempo de conocer al Sargento Primero, hermano. Pero por las cosas que usted mismo me ha explicado... ¡Mire, esto va a ser un paseo!

— Sí, hermano, sí; ya sé. Pero... yo... mire...

A no ser por no topar con el malacara y el rosillo sobre los cuales respectivamente se erguían, rígidos como sus lanzas, el Carancho y el Zorrino, metería espuelas el Macá a su malacarita para cuadrarse de una vez ante Don Juan.

Pero, por desgracia, ya la prisa era inútil; inútil desde antes de haber aparecido el sol, tan alegremente calentando ahora, y tan dejando como nuevas, ahora, hasta a las prendas más viejas de indumentaria y aperos, tal la vivacidad que sabía arrancarles. Efectivamente: el viejo Sargento Primero Cimarrón hacía unas horas que había realizado su última ha-

zaña, la más grande. Porque ésa, ¡oh sí!, no con difuntos por testigos. Cabo Lobo, Cabo Pato, Soldados Avestruz, Jacú, Flamenco, Gato Pajero, Aguila, Cuzco Overo, Trompa Tamanduá, Fajinero Mao Peldada, y todos los que, en el apresuramiento expositivo, estoy olvidando, ustedes pueden decir si no. Vengan aquí y, sin cumplidos, interrúmpame a la menor exageración en lo que paso a detallar.

## Capítulo X

# La muerte de los Sargentos y de la Mulita

Estábamos en las escenas de la trágica noche; supieron ustedes de la muerte del Aperiá, e interrumpí justo en el momento en que el Sargento Segundo Cuervo advertía la sorpresiva desaparición del Asistente Macá. Ni quien les narra imaginaba en aquel entonces, lo aseguro, que aquel paréntesis iría a resultar tan prolongado. Los hechos se encadenaron, la necesidad de ser veraz obró en seguida encimando detalle sobre detalle, y heme aquí igual a quien, topado en su marcha con un buen amigo, toma, de mucha prosa, otro trillo, al trotecito y, de repente, se ve lejos y desanda al galope, sin despedirse. Sí, como aquel, yo me abrí, arrastrando a ustedes. Y, como aquel del caso, vamos, ahora todos juntos, a seguir. El Cuervo, recordarán, cuando no halló al joven Asistente entre los soldados, había enderezado, rabioso, hacia las estacas, para contar los caballos del campamento sitiador.

— ¡Sí, falta uno!—díjose para sus adentros. — ¡El salió en pelo y yo sé a dónde va!

Así exclamó, y exactamente allí lo dejamos. Ahora, véanlo otra vez: flaco, picudo, como con una lezna en cada ojo, de penetrante que tenía la mirada, centrando la recobrada paz del campamento. Y con la ira empezando muy misteriosamente a atenuársele. Porque, a medida que se le retiraba tras de la mente, sobre esta avanzaba una furtiva emoción, quién sabe de dónde aparecida. ¡Y de las gratas!

Suspenseo el aliento, sin pestañar, tal como el gurí se para

delante del horno al lado de la peona que depositó en el suelo la tapa con sus húmedos trapos de ajuste y, empinado en los ojos, sigue el introducirse de la pala y el retirar de confituras tan brillantes por el embadurne del huevo y del azúcar que ya anticipa el relamerse; a modo de un chiquilín, así suspendido el Cuervo por el intenso arrobó entre la noche inmensa sintió que una invisible mano más que liviana le andaba sigilosa con sus jinetas de dos plateados galones de Sargento Segundo, se las desprendía despacito y, en su lugar, le posaba otras, pero ahora de las de tres galones, correspondientes a un ascenso de grado en la Milicia.

— ¡Oh! —le salió como si chupase un confite, siempre sin adelantar un paso, plantado en la oscuridad, hecho una sombra más, igual a alguna de las tres descomunales nubes que estaba abarcando medio cielo.

Y para ocultar la cara subiendo los hombros ante cosquilleo de una especie de rubor, semejante a cuando de golpe entran intrusos al cuarto y uno recién está empezando a ponerse la ropa, así algo ovillado, pues, aguardó a ver si, en el lindo ensueño que lo subyugaba, aquello seguía haciéndolo ascender en el escalafón. Pero por esta vez parecía que ya había bastante. Las nuevas jinetas estaban como clavadas a martillo; y de la mano premiadora, ni rastros. Entonces, el Cuervo tomó otra vez conciencia de su deber y se dijo:

— ¡Ah, no! ¡Esta noche mismito tengo que pasar el parte al Comisario! Que se aparezca el Comisario Tigre y tome él las medidas. Me parece que aquí lo que hay que hacer es no alborotar el camoatí y armarle una trampa al Sargento Cimmarrón para agarrarlo mansito. Y después, prepararle una emboscada a Don Juan, que es una fija que ha sido mandado buscar con el Asistente Macá, y se nos va a venir del monte con su pandilla. Y después....

Por inercia de su pensamiento iba a seguir. Pero advirtió que lo atajaba un futuro vacío. Se sujetó, pues, retrocedió y volvió a hacer pie en el presente.

--Hay que despachar esta noche misma al Trompa Ta-

manduá con el chasque. Es medio demorón para darse cuenta de las cosas, pero está bien montado y es guapo. Si le sale algún malhechor de los de Don Juan, pelea y se les zafa y cumple.

Ante la posibilidad de que el Sargento Primero estuviera observando, el Sargento Segundo —que se había quitado las espuelas para depositarlas junto a una piedra luego que la miró bien a fin de reconocerla después— viose obligado a hacer un rodeo, con lo que evitó el cruce por el resplandor del fogón aún de brasas encendidas y se libró del encuentro con la guardia de la salida del pasadizo. Cauteloso, mirando de vez en vez hacia la carpa del Cimarrón, aunque al ñudo porque ahora ella no se veía; alzando bastante los pies para no tropezar con algunos accidentes del terreno, enderezó por entre unos talas hacia el desparramo de “benditos”. Casi se resbaló en una bosta y, casi en seguida no más, provocó un crujido al pisar ramillas secas. De tanto atender hacia abajo dio la cabeza contra la rama de un espinillo. Pero la ira que bullía a cada contrariedad era contenida. Y en vez del deseo habitual de empezar a las putiadas, producíanse en él unas aplacadoras cerradas de ojos.

—¿Pero ahora, cómo hago yo para saber dónde duerme el Trompa Tamanduá?

Se inclinó ante el primer ranchejo que halló, agarró una pierna enfundada en su bota y tironeó, cuchicheando al mismo tiempo:

—Che, decime bajito, ¿quién sos vos?

—¿Y no ve? —exclamó escurriéndose hacia afuera, fija una sonrisa ruborosa y casi refregándole la cara en los ojos el Cabo Pato, que estaba despierto, que había sentido el apagado acercarse y que, si no habla tan pronto el Sargento, le mete bala, no más, porque desde la llegada del primer rumor ya tenía la pistola amartillada.

—¿Ah, sí, che? ¿Sos vos? Hablá despacito y decime... ¿el Trompa Tamanduá, dónde caray es que duerme?

--Yo, para serle franco... Pero le calculo que está para el



lado del horno. ¿No ve aquello que parece una mata, a mano derecha de aquel otro bulto que es el barril del agua?

— Hablá bien bajito, che, te digo. Sí, veo... Bueno, mirá, agarrá tu sable y seguime. Y, por favor... sé una tumba.

Y pensó, pero no dijo, el Sargento Cuervo:

— A lo mejor, la cosa revienta esta noche — al tiempo que, muy agachado, seguido por su subordinado, otra vez se ponía en marcha, los brazos algo separados del cuerpo, posando un pie bien delante de donde fundara el otro, muy grave. De no hallarse la luna todavía cubierta por una de las tres gruesas nubes inmensas, un contemplador hubiera podido pensar que dos sombras jugaban aquella noche a caminar sobre un alambre, como en el circo. Y tan viva era la semejanza que cuando, por pisar un cascote, medio quiso trastabillar el Cabo, el observador aquel habría cerrado los ojos para no verlo hacerse plasta sin remedio.

Brotó un rumor a pocos pasos. Pero advirtiéndolo que fue un triscar, justo al nacer el impulso de contención le volvió la tranquilidad al Sargento. Esperó, sin embargo. Y aprovechó la oportunidad para estudiar el contorno.

Hasta el cerco del horizonte todo estaba en suspenso. Sólo allá y acá algún bicho de luz resistía todavía la intensa frialdad del relente y no se había ido a ese sitio tan secreto, que nadie vio jamás, donde ellos descansan. El bulto del horno se pronunciaba; y los de las cabalgaduras adormiladas...

Volvieron a ponerse en movimiento. Ahora extremaban el cuidado de no provocar con su pasaje la menor perturbación.

Dos ruidos revolotearon asustados entre el ramaje de un sauce.

— ¡Putísima que los...! — iba a explotar el Sargento; pero mantuvo el silencio. Y entonces, como quien de sopetón se ve rodeado por tétrica pandilla de fantasmas, un frío sobresalto lo estremeció. Porque él había permanecido mudo y, lo mismo, resonó, bien, bien clarita, la mala frase no proferida.

--¿Y esto? --se preguntó con el mayor asombro de su vida.

Trastabillábale la mente, cuando cayó en la cuenta de que el de la imprudente imprecación había sido el Cabo Pato. Tornose el Cuervo, hecho un santo de paciente, aunque desmayándosele ya las fuerzas con que se dominaba.

— ¡Pero che! —susurró casi pegándose a su vecino—; si andamos despertando pájaros y, arriba, vos putiás fuerte... ¿Te creés que no me dieron ganas a mí también?

Volvieron los dos a adelantarse. Con infinitas precauciones, levantando bien las botas para bajarlas con la prolijidad de quien deposita en tierra un espejo...

Ya faltaba poco. Desviándose de un lunarejo que dormitaba frente al refugio de su dueño, enderezaron al talita. Pero antes de llegar a él, a mano derecha del barril del agua vieron alzarse la comba irregular del supuesto “bendito” del Tamandúá. Se detuvieron. El Sargento Segundo meditaba.

Una esplendente escurridura de la luna hizo que él y su Cabo, para ocultarse, de una zancada buscaran la sombra que le brotó de golpe a un naranjo. Pero por suerte la gran nube taponeó con apuro su grieta y el blanco chorro cesó.

De nuevo a oscuras, el Sargento, sólo él, se aproximó al “bendito”. Y justo en el sitio que calculó debía quedar la cabecera, se inclinó aprestando el fino oído.

—Che, hablame bajito... vos sos el Trompa, ¿no?

— ¡Qué esperanza! —le respondió a través de la trabazón de hojas y ramas la acritud de una voz como de “prima” trasteada—. Yo soy el Voluntario Terutero. ¿Qué pasa, Segundo? ¿Eh?

—Call...!

—¿Hay alguna novedá?

—Ca...!

— ¡Espere que me prenda el chiripá!

—C...!

—¿Entonces...? ¡Paresé, Segundo, que no doy con el maldito cinto!

— ¡Callate! ¡Callate! —con alarma intentaba poner como mordaza el Sargento.

Pero por todos lados surgían de adentro, saltando a lo grillo o en chisperío de bichos de luz, los:

— ¿Y qué hay? ¡Pero mire! ¿Se anda por escapar la prisionera? ¡Mire, esperemé! ¡Yo salgo en calzoncillos, no más!... ¡Total! ¡Con esta escuridá!

— ¡No! —consiguió atajar al fin el Cuervo con voz siempre baja pero que, de iracunda, le salía como arañándole a todo lo largo las vísceras—. Quédate adentro, que no nos hacés falta para nada...

— ¡No, pero espere! ¡No se vaya! ¿Y se escapó ella? ¿O usted le calcula que...!

— Mirá —previno en un susurro el otro, haciendo un esfuerzo de los de reventar por mantener siempre apagada la voz— vos asomás la cabeza, y yo te la parto de un tiro. Vos ni respirés hasta que yo te ordene, ¿escuchás? Y, si no, después te vas a mirar tu cara, te vas a tocar tu cuerpo y vas a creer que sos algún otro, ¿entendés bien?

El Sargento Segundo ya no podía contener las ganas de machacar al Voluntario con ranchejo y todo, y no podía abandonar el sitio sin asegurarse obediencia. Por esto, y a fin de ser oído mejor, permanecía casi en cuclillas.

— ¡Pero escuche, Sargento! ¡Pero mire que yo...! Pero ¿y qué es lo que...?

— ¿Sentís, caray?

Poniéndose de rodillas porque se le envararon las piernas el Sargento Segundo, ramas por medio, amartilló la pistola bien rente con la cabecera.

— ¡Escuchame! —siguió—. Esto es para vos si te asomás antes de que te ordene, y si me decís aunque sea media letra más.

Fue tal como si al de adentro le hubiera dado un ataque, porque el chasquidito de nada que sonó en seguida lo produjo el Cabo Pato al pisar no supo qué cuando intentó dar un maldito paso para acercarse, mordido por la curiosidad.

El Sargento Segundo se incorporó sudando. Y mientras volvía a ponerse en marcha sigilosa, con la izquierda agarró fuertemente la todavía alzada cabeza de uno de los gatillos y apretó su extremo inferior con la derecha.

Obligado en esta forma a descender lentamente, el resorte se libró de la traba y pudo así posarse muy inocente sobre el fulminante.

Acá y allá, como de abajo de la tierra, rascaba el silencio algún plácido ronquido.

— ¡Si no hago así, vos ves! —confió el Sargento al Cabo que lo escoltaba—. Con este repelente, es imposible. Pesca una cosa y al rato, mirá, lo saben hasta en la otra Banda.

Entonces el Cabo Pato no pudo aguantar más aquella su curiosidad que, como en bandeja, le iba llevando atrás a su Superior.

— ¿Pero pasa algo, mi Sargento?

A la manera de latigazo éste giró la cabeza sin detenerse, relampagueando los ojos.

— ¡Pero che, mirá qué lindo! ¿Ahora te vas a poner igual que el Voluntario?

Y casi se bolea en la oscuridad al pisar como unos cañutos.

— ¡Guardé, no pise caray! ¡O está ciego! —protestó alguien desde abajo.

El Veterano Avestruz, arrastrándose hecho un ascua para salir de su “bendito”, y luego levantándose de un salto, se quedó frío al reconocer el objeto de su bufido.

— ¡Hablá despacito, caray, y agachate! ¿Pero por qué no te arrollás un poco al acostarte? ¿O te creés que, porque son tus patas, uno tiene la obligación de verlas a lo oscuro? Decí ¿dónde hace noche el Trompa Tamandú?

— Es allí, ¿ve?, al lado del talita. De los ronquidos más profundos, un poco más acá.

— Bueno, mirá, estoy barruntando que...

Pero la idea del Sargento Segundo se quedó sin la otra mitad de su frase. De golpe su pensador se había echado al sue-

lo, haciendo con enérgica seña que lo imitaran el Cabo Pato y el Soldado Avestruz, quien se le encimó a su compañero casi por completo porque tenía plantados al ladito los cascos de un viejo tordillo acabado de surgir entre las sombras.

— ¡No se muevan! —recomendó, la cara sobre el pasto, el Superior—. Yo voy a recular un momento...

Pero el Soldado Avestruz se movió, lo mismo. Es que siguió viaje sobre el Cabo, por las dudas, hasta dejarlo bien interpuesto entre él y el mancarrón.

En retroceso, el Cuervo se arrastraba ya hacia el ranchejo del recién despertado: luego se puso en cuclillas atrás de él, sacó con sigilo la cabeza, observó la distante mancha blanquizca de la carpa del Sargento Cimarrón... Al momento volvió casi a echarse en el suelo. Y susurró a ras de tierra:

—Avestruz... acercatémé...

A lo pescado se le vino el viejo Avestruz entre la grama.

—Agarrá tus armas. Pero no la carabina. Y no hagás bulla y mantenete en el suelo y ojo con la luna.

En efecto: el vasto mundo estaba ahora de un blanco denunciador porque ella, la luna, recién reaparecida en su marcha a todo lo que daba para la Argentina, iba rozando a uno y otro lado del callejón de nuevas nubes de más carbón que cenizas. Aunque era fatal que en cualquier momento se produjera de lleno el encontrón, ahora, en verdad, aquello no parecía día.

No pudo más la desesperada curiosidad del Cabo Pato que viboreando se acercaba clarito y que, cuando la distancia permitió que un susurro pudiera llegar a ser inteligible, cuchicheó:

—¿Qué hay mi Sargento?

Le respondió otro soplo:

—¡Lo que a usted no le importa!

Y el Cuervo siguió vichando tras el "bendito", con el Pato ahora como bosta en el suelo, mientras el Avestruz se arrastraba en procura de su sable y de su daga de doble filo, y que se iba diciendo:

— ¡Qué lo pangarió! ¡Qué misterio más bárbaro! Se ve clarito que vamos a peliar; ¿pero con quién puta?

En tal instante, a cierta distancia, una sombra emponchada se desdibujaba al dar unos pasos y, así, perder el contraste con el fondo claro de la carpa.

— ¡Mire usted qué cosa más grande!

Aquella sombra se detuvo para empinarse en forma de quien observa con preocupación. Luego se encaminó en dirección contraria e hizo lo mismo, con el mismo sigilo. Después, se agachó esa sombra y recogió luego del suelo, para levantarse en seguida, como haciéndose comodidad, las haldas del poncho. Su mano derecha, entonces, inició corto movimiento circular, igual al de quien con un hilo hace un envoltorio.

Más que intrigado observaba y observaba el Cuervo... cuando una oscuridad llegada de todos lados lo envolvió al de la maniobra. Miró el Sargento Segundo hacia el cielo y calculó que el espeso nubarrón que cubrió la luna debía de tener quinientos metros, lo menos. Y le percibió de escolta, casi a las ancas, una bandada sin fin de otras nubes.

— Por lo menos un ratito la luna se va a dejar de joder — pensó.

Nuevamente de vientre en el suelo, se arrastró hasta alcanzar el refugio que el Avestruz dijo ser el del Tamandúá.

— ¡Trompa Tamandúá! ¡Escuche! ¡Soy el Sargento Segundo! ¡Levantesé y armesé sin hacer ruido, Trompa!

Al tiempo que hablaba, ya otra vez estaba en cuclillas resguardándose tras el ranchejo, los ojos fijos en la distante, ahora más borrosa sombra que seguía empeñada en su misterioso trajín de liar alguna cosa. Así, y con el oído al Tamandúá, aguardó, suspenso.

Pero si en el “bendito” del Terutero las cosas habían quedado, lo dijimos, como si allí sólo hubiera un muerto, aquí parecía haber dos o tres hacía ratos.

— ¡Trompa Tamandúá! ¡Despiertesé!... ¡Trompa! — subió un poquito la voz el Cuervo, la mirada mientras tanto,

siempre fija en el distante Cimarrón.

Después de breve espera infructuosa, tomó una resolución. Renegando con mucho cuidado de que sólo fuera en forma mental, se echó al suelo, enderezó como ariete la cabeza contra la ramosa pared del "bendito", la atravesó y abrazó zamarreando al Tamanduá que, en el desgarrón del sueño, se prendió a su vez del Sargento haciéndole cruzir los huesos y tratando de ponérsele arriba y ventajearlo.

— ¡Nos ha atacado la gavilla de Don Juan! —se decía, cuando oyó que:

— ¡Soy tu Sargento Segundo, canejo! —musitaba el Cuervo buscándole una oreja para ser escuchado sin alzar la voz, al tiempo que, estorbado por la mezclanza de pilchas y de ramas, intentaba trabarle los brazos—. ¡Avisá si te vas a hacer el loco! —susurrábale al fin ya sobre un oído, viendo las estrellas en el dolor de la apretura y mezquinando el pezcuzo para no dejarse ahorcar, mientras pataleaba la estorbante ramazón del ranchejo venido abajo—. Serenate, muchacho, ¡y reconoceme!

Por el aflojamiento —y muy a tiempo— de la terrible presión, el Sargento comprendió que había sido identificado. Entonces abrió también los brazos y ordenó, sintiéndose como con un cinturón de fuego en las costillas:

— Agarrá tu sable y tu pistola. La carabina, no. No hablés palabra, no hagás ruido con el sable... y seguime... ¡Pero con razón tenés mentas de forzado!

Apartando la confusión de ramas y varas y prendas del apero sobre la que se estuviera debatiendo, con cautela alzó el Sargento la cabeza para empezar a arrastrarse, ahora en retroceso y todavía dolorido, hasta el refugio del Soldado Avestruz. Este lo había abandonado ya; y con su inmenso facón a la cintura y con su sable estaba tendido de nuevo junto al Cabo Pato.

— ¡Bruto misterio, hermano!

— ¡Igual nunca vide!

Al pasar junto a ellos jadeante y sudando a mares, el Superior recomendó:

— Quedensenmén quietitos, ¡quietitos! —mientras se acomodaba la roja golilla, pues su nudo se había ido a la espalda en el reciente forcejeo.

De cuclillas otra vez en su observatorio, el Cuervo quedó contraído e integrado a la suspensión del campamento.

De los ronquidos sólo no se había apagado el menos áspero. Es que, a veces, basta con cambiar la posición del cuerpo para que uno ya respire mejor. Claro que, otras, si no se despierta no hay caso. Porque en ocasiones son las mismísimas angustias de la pesadilla las del trastorno. Uno sueña un desastre, se le contraen las narices y, entonces, queda sólo a cargo de la boca el dar abasto. Ahí, es de balde que el cuerpo del durmiente se revuelva. Jotas, erres y des brotan sin contención, en largos apelmazamientos. Hasta que, en lo más feo, viene la luz a la mente —única salvación— abrimos los ojos y, aunque no veamos nada, es un consuelo. Se toca uno la pierna, la cara, lo que se tenga a mano, porque la cuestión es tocarse y ya se empieza a hacer otra vez ovillo, mimoso y como mimante, asimismo, y da en pensar que si esto o que si aquello... El respirar ni se siente. Hasta que pierde pie y ya es una boya, uno, de liviano; de como el aire que entra y sale en silencio por las rendijas del techo y de la puerta y de la ventanita y se mete en las narices.

Cuando resolló un tordillo a poca distancia del Sargento Segundo, éste estaba viendo que, allá lejos, las haldas del poncho habían caído otra vez de los hombros del Sargento Primero. Y así embozado de nuevo, él avanzaba hacia el Soldado armado de carabina que a la salida del pasadizo se paseaba en su guardia. Próximo ya al gacho y pálido resplandor del fogón, su figura se recortó muy nítida, de espaldas, detenido ante el ahora tieso centinela.

-- ¿Pero y éste qué va a hacer?

El Trompa Tamandúa, arrastrándose y aplastando pastos con la cabeza, ya se había incorporado al Cabo Pato y al Ve-



terano Avestruz. Como sólo el “clase” sabía de qué se ocultaban, ponían los otros tres tanto empeño en hacerlo que para secarse el frío rocío de la cara ya estaban necesitando toalla.

-- ¿Qué pasará? —les dejó llegar otra vez el Tamandúá, tal como a la altura de las gramillas se levanta un vapor de nada.

-- A un adivino le paso la posta —dijo el Cabo Pato.

Y el Avestruz interpuso:

-- ¿Pero para qué caray tienen la cabeza ustedes?

Al hablar así introducíansele cosquilleantes pastitos en la boca al Avestruz, de tan rente con la tierra que se hallaba tendido. Se interrumpió. Alzó lo suficiente el pescuezo para librarse del engorro y siguió:

-- Vamos a prender al Macá, que se ha escapado al arroyo. Es loco por el pescado a las cenizas, y esta noche lo que va a sacar es una estaqueada tamaña.

-- ¡Ah, no, m'hijito! ¡Así, le errás a una casa! Esto es mucho despliegue para una cosa de morondanga. ¿No hallás, Tamandúá?

El interpelado no oyó al Cabo Pato, pues por su cuenta exclamaba en ese instante:

-- ¡Pah! ¡Aquél es el Sargento Cimarrón! ¿Qué me...?

Calló. A rastras siempre, y por detrás, el Sargento Segundo habíaseles acercado otra vez.

-- Si yo doy orden —musitó— hagan fuego al que sea; ojo, al que sea, y en seguida echan mano al sable. No tenemos que baearnos nosotros mismos en el entrevero. —Y agregó, de súbito asaltado por una grave desconfianza, pues demasiado sabía que la tropa a él no lo quería y al Sargento Cimarrón, sí--: Y no me dejen solo, canejo, miren que la cosa no va a ser juguete. A mí ustedes me hacen obispo y mañana el castigo que les encajan es el de los cuatro tiros. El Soldado no tiene que andar pensando; lo que tiene es que obedecer ciego. En eso es talmente un civil.

También empuñaba la pistola. Y amartillada.

— Bueno, siganmén. Y cuidado de no llevarse por delante los maneadores y alborotar los matungos.

A quince o veinte metros escasos de la salida del pasadizo, entre los yuyos, estaba plantado un “bendito”. Hacia allí era preciso deslizarse para observar a cubierto desde cerca. Casi por señas el Cuervo había recomendado otra vez que estuvieran callados, no fuera cosa de despertar al usufructuante del refugio. Y, su uniforme ya hecho sopa por el rocío, encabezó la arrastrada. El matungo tordillo, conservando siempre la distancia, los siguió agobiado, mascando.

Llegados al ranchejo, el Sargento Segundo se arrodilló tras él, todo ojos, todo oídos. Y empezó a ser embargado por una creciente dicha.

— Si no asciendo de esta hecha...

El Sargento Primero cuchicheaba con el centinela Flamenco, quien poco a poco se iba recobrando de su adormilamiento.

— Sí, tengo un pálpito feo, mirá. Dejá la carabina y te asomás a la Picada del arroyo. Para mí que las guardias duermen a pata suelta hasta las barras del día, como si estuvieran hospedados en una fonda. Vos no te hagás sentir, ¿sabés? Vos observá bien... y después te venis tranquilo con el “parte”, que yo me hago cargo de la guardia. ¡Dejá la carabina, te digo!

El Cuervo apreció cómo el Soldado Flamenco depositaba en el suelo su arma, cómo hacía la venia y cómo se dirigía lento y agachado hacia el bajo; y vio al Cimarrón quedar inmóvil, observando con fijeza el alejarse. Cuando —avivando primero el rojo de sus bombachas y el azul de su chaquetilla al cruzar junto al fogón; desvaneciéndolos en seguida al distanciarse— el Soldado se perdió en lo oscuro, tendió el Cimarrón una mirada escudriñante por el contorno. Después, alzando la derecha del poncho sobre el hombro, se encaminó al pasadizo. Volvió a mirar alrededor una vez allí, se asomó y, perfilándose, movió varias veces el brazo en amplio voleo, como para tomar impulso y arrojar por la estrecha abertura algo que tenía en la mano.

-- ¡Va a tirar lo que hoy estuvo envolviendo! --se dijo el Cuervo adelantando un poco la pistola y haciéndose arco para disponerse al salto. Sin respirar, con los ojos hincados en el Cimarrón, esperó a que éste volcara el cuerpo hacia adelante en el envión final. Entonces apretó los dos gatillos y, con el relámpago que se dilató, y con el doble estampido, se abalanzó a los gritos.

— ¡Entregate, traidor! ¡A ver que tenés ahí! --y bajó como un resorte la cabeza. Venida de atrás, silbando, había pasado una bala.

— ¡No les recomendé que tuvieran cuidado conmigo, gran siete! --rugió sin detenerse ni tornar la cara—. ¡No tiren más, ustedes, canejo! --Y arrojando la humeante pistola ya sin aplicación, echaba mano al sable—. ¡Arma blanca, no más! ¡Y apurensén!

Ya su hoja fue bien parada en “quinta” por la de la espada del Sargento Primero Cimarrón quien, dejando caer el bulto del misterio, simultáneamente la había empuñado buscando situarse de espaldas a las piedras, mientras con su mano izquierda trataba de sacarse de encima el gran estorbo del poncho para enrollárselo al brazo y hacerlo escudo.

El Cuervo advirtió el juego. Por eso empezó de punta y hacha sin darle alce, a fin de no concederle aquella grande ventaja. Pero, entonces, pareció desistir de su maniobra el Cimarrón porque su brazo izquierdo volvió a bajar, volvió a desaparecer otra vez en el “patria”... y adentro del poncho se hizo un fuerte resplandor que le puso las botas como de día y, en seguida, casi juntas, dos detonaciones estallaron en la noche.

Voló el quepis del Sargento Cuervo. El Soldado Mao Pelada, que todavía adormilado le llegaba por atrás, de tan despierto quedó como a media mañana al sentir la quemadura del roce de una bala. La ahora inútil pistola cayó a los pies del Cimarrón. Su mano ya libre, mientras la del sable zigzagueaba a lo relámpago, volvió a aparecer otra vez, en su insistencia por retirar el poncho.

— ¡Busquelé por la derecha, Cabo Pato! ¡Y ustedes dos, por la izquierda! ¡No me lo dejen sacarse el poncho!

— ¡Vengansén! ¡Ahora la cosa es conmigo! ¡Ahora no es con unos pobres infelices!

Al vociferar así, el Sargento Cimarrón echaba espuma. Previo a cada paso, sin bajar la vista porque los ojos los tenía sobre los ojos atacantes, tanteaba el suelo con un pie, reconociendo la condición de su terreno.

— ¡Vengansemén!

Se sacudía espléndido el Sargento Primero, la cara crispada por la rabia. Atajándose sin recibir alce la lluvia de espejeos, aprovechaba el menor claro para deslizar la punta de su espada hacia adelante y volverse veloz a atender a la irrupción del peligro que, por arriba, por los costados, por abajo con pertinacia lo asediaba.

Cuando, demasiado lejos, el acero no podía acudir a tiempo a la “parada”, su defensa era un quiebro. Quiebro, sí, o el veterano saltaba; y entonces, claro, daba en el aire el encono del hender.

Hecho resorte se encogió el Sargento Primero; y así, un tajo de revés dirigido al pescuezo, le siguió de largo sin ni rozar la chaquetilla. A su vez, casi simultáneo, el Sargento lanzó una estocada hacia la guardia abierta del no tan diestro atacante, centelleando los ojos a los lados para vigilar riesgos de los flancos... Pero el poncho obraba de tremendo impedimento. Hasta entonces no halló un instante en que, de un sacudón, pudiéralo pasárselo por encima de la cabeza y librarse de él. Eso era, sin embargo, lo perentorio. Después, vería el modo de poder recogerlo y envolverlo al brazo izquierdo.

En el momento en que el Cabo Pato, ciego por la encajadura del quepis hasta el cogote, rodó entre los yuyos de un planchazo, ahí, en el mismo momento, el Cimarrón, buscando aire a resuellos como ávidos mordiscos sintió la primera herida. Casi en seguida, una mancha de sangre apareció en el poncho, se acentuó y comenzó a extenderse desde el

hombro, tomando un poco hacia atrás, asimismo, hacia la espalda. Al Cimarrón esto lo enardeció más...

¡Pero fue una gran lástima, Sargento Primero! En la ceguera de la ira que el áspero dolor te produjera, se te acentuó el orgullo de estarte contemplando, ¡al fin!, en la realización de una hazaña de las que sólo tu imaginación te proporcionara hasta aquí para permitirte vivir en paz contigo mismo en tu cotidiana vulgaridad. E intrépido dejaste la piedra que tan bien podía proteger tu retaguardia; como tajo te hundiste temerario, Cimarrón, entre los fulgores y chasquidos de los sablazos, provocaste un desparra-mo y te erguiste, igual que sobre el escenario de teatro inmenso, justo al pie de una simultánea escurridura de luna...

Más, ¡ah!, sin pérdida de tiempo el Sargento Primero Cimarrón debió tornarse y quedar, ya para siempre, ya hasta el fin, de frente al pasadizo, lejos de su defensa, ahora. Era que los implacables le ganaron de atrás, más pronto que ligero.

Tal como al alborear el día el cerro descansa toda su sombra sobre la llanura y, entonces, parece que es ésta la que se ha empinado hasta aquella altura y que no hay dos cosas sino solito una dentro del vasto horizonte... y después va creciendo la claridad, aparece el sol en su ascenso y, cuando quiere acordar, ilumina justo desde arriba, justo desde arriba y, entonces, el cerro queda en tanta soledad que parece un abandono avieso el que han cometido con él, así, así estuvo ya el anciano que, de espada en alto, midió toda la magnitud de su funesta torpeza. Pero no se acoquinó. Por lo contrario, un feroz orgullo lo tomó por entero. Porque su imaginación le acudió y trastrocó con maestría la realidad para convencerlo de que la pérdida del resguardo de la gran piedra fue deliberada; pues al aumentar los riesgos, él ejercería más exhaustivamente su capacidad heroica. Y ya no pensó más —justo cuando la luna se ahogaba otra vez entre macizos nubarrones— y se lanzó en una estocada a fondo... que cuerpeó el Sargento Cuervo viendo insuficiente su parada en “se-

gunda", para ir a costalar en lo oscuro contra el Trompa Tamandú. Pero éste, afirmándose en los pies, aguantó con todo el cuerpo el encontronazo y le hizo eficaz sostén. Y al Segundo le quedó la cabeza mirando para atrás de un sacudón interior, por efecto del llegarle lo que resultó en seguida el borbollón de gritos, sombras, luces en espejeos.

— ¡Qué hay! ¡Qué hay!

Acudían desde sus ranchejos, machete en mano, más milicos, aún asediados por la soñera, entre sentadas de mancarrones al tropezarles en los maneadores o al darles en el propio bulto; aún sin lucidez saltando sobre el fogón y, alguno, hasta pisando tizones en su apuro por acortar camino... Entre botas o pies descalzos rodaron lejos dos calderas llenas de agua todavía tibia. Entonces, empapados, los pastos tal vez pudieron creerse que ya soportaban encima heridos graves. Al incidir en el fulgor de las brasas, las bombachas militares recuperaban un instante su siniestro color de sangre y volvían a confundirse con la opacidad de todo lo que quedaba fuera del espacio donde la luna, siempre, siempre apurada, ahora de lleno conseguía otra vez darse.

— ¡Es un desacato del Jefe! ¡Se ha desacatado!

— ¡Qué escándalo!

Delante avanzaba el Cabo Lobo, el sable a medio desenvainar en la irresolución de su sorpresa.

A mitad de camino, el veterano Soldado Avestruz, que venía comprobando que él no distinguía bien en aquel entretenero, tuvo una idea. Ejecutándola, del atado de ramas yaciente a un lado del fogón arrojó en rápida selección a las brasas un montón de las más delgadas. Siguió corriendo, sí, pero dejando atrás, ahora, crepitación, chisporroteos y, en seguida, unas vivaces llamas que se alzaron blandiendo entre ellas, asomadas al mundo con alegría.

— ¡Pero gran siete! ¿A quién se le ocurrió? ¡Así nos encandilamos todos!

El anciano Avestruz se paró en seco; mas no por el tono de la reprimenda, ya que entre tamaño embrollo el causan-

te de la flamígera perturbación quedaba en el anonimato. No. Lo que produjo su pasmo fue como una visión de pesadilla, sólo del sueño, y que dura poco porque, precisamente, en seguida provoca el despertar. Quien estaba haciendo frente al destacamento y, por consiguiente, con quien él iba a tener que cruzar su ya desnudo machete de punta rota, era, era, no más, su amigo viejo; ¡era su aparcerero Cimarrón!

— ¡Barbaridá! ¿Pero qué es lo que ha pasado en un ratito? Pero... pero...

Allí, recortándose nítidos todos porque la luna, como adrede, apartó las nubes, dije, y estaba bajando otra vez la luz a raudales sobre el campo, el Sargento Cimarrón, con el vientre ahora también manchado de sangre, se había convertido en el protagonista de uno de sus infundios. Gracias a la experiencia adquirida en tan constante abordar al tema en sus mentiras, ya llamaba falsamente la atención con un astuto movimiento de piernas, ya atajaba golpes y estocadas en fatigante aumento para lanzar como rayo sus respuestas; cuidadoso de no resbalarse en el rocío desplazábase un ancho trecho cuando lograba zafarse del asediante sablear; uno tras otro desataba vertiginosos molinetes. Y al fin, consiguió pasarse el poncho por sobre la cabeza y enrollarlo en el brazo, aunque a medias debido al tanto apuro. Arrebataado entre sus pliegues, el quepis había rodado en el pasto. La testa del desponchado, pues, surgió por entero al descubier-to y le imprimió así mayor solemnidad augusta a toda la figura.

— ¡Aquí estoy! ¡Aquí está el Sargento Primero Cimarrón! ¡Mirenlón bien quién es! ¡Mirenlón!

Semejante a cuando sobreviene, no se sabe cómo, uno de esos pamperos brutos que, aún hasta cuando no llega a hacer volar el techo, aún estando la puerta y la ventanita con sus trancas, a uno le hace resultar lo mismo que hallarse sentado arriba de un cerro porque se le mueve hasta la ropa puesta; tal como si uno, debido a no llevar bajado el barboquejo, clava nazarenas al flete y, sofocado por el pon-

cho, no consigue acortarle distancia al sombrero que se va a los tumbos entre el polvo y nubes de hojas y yuyos secos; así quienes a los saltos acudían perdían en el camino la conciencia de su responsabilizante condición de milicos. Con la gran diferencia de que ellos no se daban cuenta. Y muchísimo más lejos les iba a parar la noción al sujetarse delante del furibundo remolino de impetuosos hachazos y de lisas tiradas a fondo; de esquives capaces de descoyuntar, de bombachudas piernas rojas que se fundaban con el peso de la piedra en la gramilla o en el playo de la entrada de la casa del Peludo, y que, de súbito vueltas elástico, iban a dar por el aire a otro sitio —como ahora saltó el Soldado Aguila— mientras las sombras de los combatientes hacían con propia cuenta su pálido juego sobre el pasto en molinetes, en francos sablazos sin ruido. Tamaño estupor se debía a que aquello tan, tan semejante a los desaforados embustes del Cimarón (mas testimoniando ahora con sangre su verdad) mostraba en el mismísimo Sargento Primero a su personaje decisivo, de nuevo atenuada en este instante su imagen por el arrebujamiento de tinieblas que la ocultación de la luna provocó otra vez.

— ¡Pero mirá vos qué nene había resultado el maragato!

Engrosando, pues, los rezagados el irregular semicírculo (que de haber buena iluminación —el brazal que arrojó al fuego el Avestruz duró una nada— presentaría una banda roja en su parte inferior: las bombachas de reglamento, y azul en la superior: las chaquetillas militares, y coronado con un fulgor apagado: el brillo aquí y allá del hule en alguna visera de los quepis) presa el conjunto espectador de encantado pasmo superpuesto en seguida por una irrupción como de bruces del entusiasmo; ya retrocediendo en conjunto los soldados recién aparecidos e inactivos para dar sitio a los desplazamientos del desigual combate, en otras ocasiones adelantándose en barrera de reñidero con el afán de no perder detalle bajo el engorro de tamaña intermitencia lunar, el milicaje que seguía llegando trataba de ubicarse don-



de lo mejor posible se apreciara el cuadro, sin siquiera preguntarse la razón de tal desbarajuste. Es que la natural curiosidad había quedado a modo de una mata florida en oportunidad de que el huracán se le descuelga con la copa descuajada de un árbol o con la batea de lavar o con el zarzo de los quesos, en la rejilla trabado todavía alguno de éstos. Los policianos, su avezada vista sin los velos del papeo, apreciaban este espectáculo como a algo en sí mismo; igual a como la gente de la ciudad va al teatro, se sienta al fin en la silla que debe y no se va a estar preguntando quién hizo la obra ni para qué diablos la hizo: la ve con la atención arrebatada... y sanseacabó.

Allí, ante el hogar inútilmente roquero del finado Peludo, donde, si hubiese Justicia en el mundo, un muy merecido descanso dulce debiera estar posado a esas horas sobre su sobrina, la Mulita, allí se estaba tirando a matarse a sí misma la Autoridad del pago. Allí, hecho resorte, el propio Jefe de un destacamento daba sablazos y planchazos sin hacer distinción alguna entre milicos y "clases"; y para éstos, a su vez, era como si no estuviesen viendo aquel uniforme y aquellas jinetas.

Con el encender y el apagar de los bichos de luz que estrellaban el bajo aire negro de los pastos, así de igual manera, antiguas palabras, en las que en su oportunidad ninguno creyó, se evocaban, por su cuenta ahora, y convincentes en las mentes con fiebre de los presenciadores: "Entonces, muchachos, me abrí paso entre los sables. Este que ustedes ahora ven aquí como si nada, muy mansito en su vaina, allí lo vieran despedir salpicaduras de sangre en sus molinetes"... "¡Paresé, Sargento Segundo Cimarrón, no nos mate a los tres, que nos entregamos los tres!" "Soldados y Clases, yo, como Jefe Político, me he costeado a venir para traerles yo mismito a este nuevo Sargento Primero, porque es como hijo mío..." "Si no estamos confundidos con la cerrazón que hay, y usted es usted mismo, nos rendimos. Si no, no. Así que ya sabe; hable claro"...

Tal como cuando el que una mañana ha llegado al pueblo

y para en la misma fonda que los del Circo, asiste por la noche a la función y allí, desde el no muy seguro alto escaño que exige estarse sin moverse, reconoce uno a uno a los de la farándula y siente a la vez que son otros, y ve que la tan linda que como soñando camina sobre el alambre es ella y no es ella, y son y no son ellos mismos aquellos que tras las renegridas barbas atadas con visible piolín a la cabeza entran a la pulpería de papel al son de sus espuelas nazarenas, y encima, todavía, descubre que el maricón payaso que recibe las palizas durante toda la noche es, sin embargo, el mismo, el mismísimo que los manda a todos y a quien ninguno chista cuando están comiendo en la larga mesa de la posada porque por cualquier cosita se pone que es un ají, así, bajo estado de ánimo semejante, en vez de lanzarse a la acción, el núcleo policial llegado con retardo era todo ojos como ruedas de carreta, todo actitud expectante y mente insujetable. Es que realmente embelesaban aquellos casi dar de espaldas contra el gentío para salvarse del golpe a partir; el fulgurante dar y recibir de los aceros tan en vértigo que la vista más avezada — ¡la tuya, Soldado Aguila, por ejemplo! — a veces no descubre si este venir de cierto sable es el del que recién fue o es el de otro machete que nada tiene que ver con él; y esos quiebro de desconyuntado, aquel inesperado aparecer de una hoja para interponerse en el momento de llegar el filo ajeno en busca de hender hasta el hueso; los —ahora por bastante lejanos— difíciles de distinguir amagos en falso, a los que de súbito seguía el ansioso golpe verdadero lanzado a lo relámpago. Y otra vez —casi encima de los mirones— un resbalón, sin tiempo a reincorporarse bien, del Trompa Tamanduá, en seguida defendido con trabajo por el apresurado pare y pare y dele de abajo a arriba de su sable y para estupefacción mayor, él sólo, ese Cimarrón viejo solo contra todos...

Como legítimo galardón de su primera hazaña sin saberlo esperada tantos años porque él quería que lo quisiese todo el mundo, el viejo Sargento Cimarrón avanzando, re-

trocediendo en medios giros a derecha o a izquierda, lanzando en chicotazo la punta del poncho sobre los ojos enemigos, se daba cuenta de la admiración que estaba sosteniendo y que hacía crecer, si cabe, en quienes, por obra de la estupefacción, ya no eran sus soldados... ni soldados de nadie, en ese momento, seamos francos.

— ¡Los estoy dejando pasmados conmigo!

Lo que a los brincos y sudando a chorros desgraciadamente no advertía el del brazo sin tregua y saltos atrás o hacia adelante o a los costados, era algo que también se tragó el Soldado Mao Pelada, ahora recostado a un sauce en el colmo de su embeleso, hasta que se lo hizo notar, muy por lo bajo, quien estaba delante de él, asimismo con cada ojo como boca de horno: el retacón Cuzco Overo.

— ¡Che, Mao Pelada, fijate! El Sargento Segundo, el Tamanduá y el Gavilán se le van de alma; pero lo que son el Cabo y don Avestruz, éstos no están más que jugando a las barajadas.

Recostándose de lado a su interlocutor, como parejero que se rasca en el palenque, cosa de que no lo oyeran los demás, el Soldado Mao Pelada comprobó la observación del Soldado Cuzco Overo. Entonces exclamó iluminado:

— ¡Mirá que bien! El Cabo Pato y don Avestruz le están tirando solito por cumplir... ¡Pero mirá qué divino, Cuzco Overo!

En efecto: en ese momento, como manejando chispas, acosaban apurando el Sargento Segundo y el Soldado Gavilán, mientras el Trompa Tamanduá se detenía para tomar resuello, y aprovechaba a pasarse por la cara la roja golilla. Al parecer también urgiendo, otro machete ya se alzaba casi por detrás de estos tres, evidentemente decidido a abatir su filo lleno de siniestras melladuras sobre la canosa cabeza descubierta del Cimarrón, cuando el acero quedó amagando en el aire negro y perdió tiempo... Es que quien lo empuñaba, el anciano Veterano Avestruz, había ido experimentando como una lástima, empujada desde el fondo de los años por

su fraternal convivencia en el Servicio: primero, un tiempo en la Comisaría del Queguay; después, tres o cuatro, tal vez seis o siete años en la Comisaría del Arerunguá, él siempre de milico raso pero el Cimarrón ya con la "escuadra" de Cabo... Y después... "Hermano ¿pedimos la baja y nos vamos para el Sur? Hay que conocer mundo". "Bueno, meta"... Y su mente, hecha el hirsuto pajonal de un bañado donde empieza la cerrazón, sentíase de a poco ganada asimismo por muy creciente admiración. De ahí que, al principio, no tirara a dar por la piedad que el viejo cariño le ponía adelante; y ahora, porque le pesaba el brazo algo más enérgico: la sensación de respeto impuesta por el admirable que les sableaba al frente.

— ¿Pero está herido, viejo? — oyó el Avestruz que quien ahora combatía a su lado, el Cabo Pato, le preguntaba con inquietud.

Retrocedió un paso el Avestruz, así ayudando a mejor atajarse en "quinta" un golpe de su Sargento Primero que si le agarra la cabeza se la raja; después, balbuceó a tropezones, con el sobresalto de llegar a delatar su voluntaria inoperancia:

— ¡No! Unos tironcitos o cosa así, mi Cabo, en el cogote. Como de "aire", no más, hermano.

Y detrás de unos adrede inútiles, ¡claro!, molinetes furibundos, se alejó del Cabo. Mas su interlocutor había maliciado todo. Blandiendo también veloz, y también sin dirección, su sable ya lejano del sable enemigo; cuidadoso, eso sí en serio, de no resbalar en aquel suelo vuelto jabón por el rocío, y sumergido otra vez en aquella semi oscuridad que acentuaba su negrura con el punteo de los bichos de luz, buscó, siempre en actitud combativa, de acercarse de nuevo al viejo Avestruz, cual si hubiera sido tocado en su amor propio. Cuando estuvo al lado, musitó como en Iglesia, bien bajito y sin mirar:

— ¡Dejesé de "aires", que no soy bobo! ¡Si yo tampoco le estoy tirando a dar! Pero tenga ojo, no sea que se den cuenta.

Ante una amagada del Cimarrón, echó un salto atrás y agregó en susurros:

— Pero salvación no tiene. Y si desertamos usted y yo y nos pasamos a él, nosotros tampoco la tendríamos. Sería un escándolo al santo botón.

— ¡Claro! Pero si nos hubiéramos podido apalabrar con los compañeros...

— ¡Claro! Así, de sopetón... usted ve que...

— Con tiempo, el Segundo quedaba uniquito, como la luna.

— Como el ombligo, mejor dicho en este caso.

Estos disimulados cuchicheos fueron advertidos por el Cimarrón y lo pusieron sobre aviso. Receloso, pues, mientras atendía al Soldado Tamanduá que ya había descansado, quedó a la espera, por el lado de sus compadecedores, de alguna aviesa maniobra sorpresiva. A cada instante atajándose con el poncho o con el sable, y devolviendo de alma —el Sargento Segundo era un remolino y, por su parte, el Soldado Tamanduá, dije, estaba otra vez fresquito— ya no dejaba de lanzar furtivas miradas hacia los tristemente incomprendidos Cabo Pato y Soldado Avestruz, ¡su aparcerero viejo! Precisamente por ser el sector de ellos el menos agresivo, pensó el Cimarrón que ambos estaban haciendo acopio de fuerzas, y que lo que en los cuchicheos habrían fraguado se iba a producir de un momento a otro; tal vez cuando lo consideraran más extenuado. Convenciéndose de que, aunque no tenía inteligencia, por veterano el Avestruz se le vendría con alguna treta, ahora le costaba atinar a la vez al combate (el Tamanduá era lento, pero sus golpes parecían garrotazos a pesar del resguardo del poncho) y a una amargura que abrió su tétrico resplandor frío derramándose en él. No de su parte, por cierto, pasase lo que pasase, sino del lado de su entrañable amigo Avestruz, creyó que el vínculo que juntos fueron trenzando en tanto quererse tantos años acababa de ser cortado con tajo desgarrante, como hecho a cuchillo mellado. Ahogado por la acongojante, falsa

comprobación, al ver venírsele por su izquierda al Tamanduá, al Segundo Cuervo, al Gavilán, dio un salto atrás el Cimarrón al tiempo que sintió el ardor de un nuevo rasguño en el brazo, y se alejó de las fulgurantes puntas de tanto sable.

En la brusca tregua que se hizo, porque también los demás, bajas ahora las armas y expectantes, aprovecharon aquel resuello y echaban mano a las puntas de las rojas goli-las para enjugarse el sudor, el Cimarrón se secó la frente con el propio brazo emponchado. Su mirada intensa, de fiebre, apagóse un instante sobre el Veterano Avestruz. Por suerte éste no comprendió el sentido del triste cabeceo de reproche — ¡tan injusto! — que quedó tras aquella mirada perdida en lo oscuro, a mitad de camino. Menos pudo oír, porque no pasó la jadeante boca, el doliente:

— ¡Vos también en contra, hermano! — del Sargento Primero Cimarrón.

Lo que el Veterano Avestruz vio claro — y le cobró como tranquilizante porque él estaba en ascuas — fue que su aparcerero viejo, de golpe, se había dado cuenta del peligro de tener un tala atrás; y que, a objeto de separarse de él, y de tener las espaldas libres para retrocesos esquivadores, se debió su lanzarse otra vez de punta y hacha sobre el resollante grupo cuyas espadas abríanse otra vez y los pies otra vez se apoyaban, recelosos, en el resbaladizo suelo que el rocío hacía brillante y helaba más y más...

— ¡Adiós, mi plata! ¡Qué fatalidad!

Alguien, imprudente (el Soldado Avestruz) así exclamó entre el espejeo de los machetes y mereció tamaño codazo del Cabo Pato, su vecino. Fue que, cuando el héroe, amagando al Cuervo un ponchazo por la derecha, le lanzó con todo el peso del cuerpo un mandoble y lo trajo abajo ya de ojos cerrados, sin espada y agarrándose el hombro, en ese instante el Trompa Tamanduá, ahora entre el Cabo Pato y el Soldado Avestruz, afirmó bien la pierna izquierda y se mandó de punta. Alcanzó a esquivar el Cimarrón ladeando la cabe-

za, y a la vez tuvo que atajarse con el poncho un golpe imprevisto del implacable Soldado Gavilán; pero al erguirse cuan largo era, le apareció una raya roja a un lado del pescuezo. Pudo enjugarse con el envés del puño que sostenía la espada, sin dejar de oponer el brazo emponchado a la insistencia del Tamandúá. Después, ebrio de orgullo ante aquel nuevo dolor de latigazo, como el enhiesto gallo clarinea a la naciente aurora — más que viéndola a ella viéndose él desde la cresta hasta los espolones— en otra imprudencia grande e injusta, saltando atrás dos pasos para que lo contemplaran bien y para buscar, a la vez, respiro, gritó por entre la ancha sonrisa manchada de sangre:

— ¡Hagan entrar las reservas, no más, que son pocos! ¡Ensañarse con una débil, parece mentira!

Y llevándole la carga al Soldado Mao Pelada que, con el sable bajo, junto al Cuzco Overo sonreía extasiado sobre sus botas de potro, pensó el Sargento Cimarrón en su ya lejano Asistente Macá. Entonces:

— ¡Pucha, si me estuviera viendo... no cree! —se dijo.

Entre el reiniciado ir y venir de los aceros, cuando otra vez iluminaron chispas, e igual a lascas otra vez saltaron chasquidos, una voz, oscilante como llama de candil sin reparo, la del Sargento Cuervo, surgió desde su charco de sangre:

— ¿Y cuando, canejo... van a entrar los de atrás? ¡Hagan fuego, caray!

Otras palabras del Sargento se perdían arriba de la hemorragia cuando alguien, despacioso, como sin muchas ganas, se adelantó del grupo de arrobados mirones:

— ¡Den lado! ¡Sí, muchachos, esto ya no tiene vuelta! ¡Es un papel para todos nosotros!

Era el Soldado Aguila con la pistola amartillada, cojeando aún del pie que, cuando todavía soñoliento acudió a la refriega, había chantado en el braserío del fogón.

Y ya a diez pasos de los resollantes:

— ¡Echense atrás, señores! —pegó el grito.

Haciendo lado, el Cabo, los Soldados Tamandú y Avestruz retrocedieron, pechos y vientres como fuelles, bajos los sables. Más lejos, el Soldado Gavilán, que enceguedo en el ataque fue el último en advertir la nueva intervención, saltó como mordido, a su derecha.

El de la pistola, entonces, quedó frente al que sangraba por cuatro heridas y por la roja maraña de rasguños desde la frente a la barbilla...

Aspirando a bocanadas, el Cimarrón le clavó los ojos. Tal vez su ex subordinado podría errarle si le tiraba urgido, aunque fuese a quemarropa, barruntó. Y para abalanzarse a lo toro tomaba aliento, cuando el ejecutor, horizontalizada la pistola, ya cerró un ojo.

Resonaron dos estampidos. El Sargento Primero se paró en seco al iniciar su atropellada. Y, como clavado por los pies, quedó meciendo el cuerpo. Sus ojos se entornaron. Pero volvieron a abrirse de par en par, en una intensa mirada que se le acertaba incontenible por más que quiso mantenerla proyectada hasta bien lejos de sí, porque diciendo:

— ¡Mirame, Macacito! — buscaba a su Asistente entre el insólito desbarajuste a oscuras que se le hizo en la mente.

Hubo una pausa. El Cimarrón dejó caer para siempre el poncho lleno de tijeretazos. E igual al trueno, que no por distante pierde su imponencia sobrecogedora, rugió con voz que se le apagaba, mientras trastabillando se precipitaba hacia adelante:

— ¡Vení, que te llevo conmigo!

La mirada ya casi a ras de los ojos, con un agolpamiento del resto de sus energías, el sable del Sargento Primero Cimarrón, que despidió hacia atrás una salpicadura de sangre al abatirse, partió como a sandía la testa del Soldado Aguila, para dar luego contra el pasto seguido por su vieja vaina y por su propio dueño, bajo la luna ahora desnuda y tanta estrella.

Recién, recién fue escuchado un griterío que venía acercándose y que, ahora, empezó a adelantarse con fognazos



y estampidos. Pero el instintivo crispamiento sobre empuñaduras y culatas que a eso sobrevino en los de aquí, se aflojó en seguida. Quienes llegaban eran los de una de las guardias —la del Paso— acudiendo a todo lo que daban y que, ya cerca, con tiros al aire hacían advertir su incorporación inminente.

Interrumpida a mitad de camino su misión al oír los primeros estruendos, tornaba el Soldado Flamenco, también del bajo, con la cabeza hecha un volcán. Y juntando aire se paró al lado de un ceibo, con la estupefacción del que sorprende fantasmas en esas cosas suyas que no sabemos qué son; que abren la boca y no hablan, que “cortan” por arriba del pasto y a éste ni se le agacha siquiera una hojita, y que, por más viento que sople, los blancos mantos de ellos parecen encerrados en la vitrina de una tienda.

Cuando dicho Infante sintió que comprender lo que estaba viendo era imposible, iba a incorporarse a quienes se precipitaban hacia los yacentes; pero cierto roce pesado le hizo darse vuelta de un salto, mano al sable y sin poder evitar el vuelo del quepis. Era su tordillo viejo rascándose en él, buscando mimo. La cabalgadura lo miró fijo del asombro, pues siempre que venía a mano se refregaba en su dueño y éste se quedaba quieto, en vez de pegarle ese grito que le pegó:  
— ¡Usté ha arrancado su estaca, caracho!

Sacado de su pasmo, el Soldado Flamenco recogió su quepis y pudo atropellar hacia la remolineante montonera de milicos.

— ¡La del pecho no es nada! ¡Liguenmén la pierna, que es un chorro! —pedía en el suelo el Sargento Segundo con voz que se acababa—. ¡Quemen bien un trapo y taponeenmén! ¿Murieron todos?

Uno de los recién llegados, de tan servicial que se había puesto, dejó su curiosidad para después y corrió hacia el fogón desanudándose la roja golilla, dispuesto a hacerla cenizas.

Mientras tanto, a los pies del cadáver del Sargento Prime-

ro, los quepis a la nuca, jadeaban chorreando sudor el Cabo Pato y el Soldado Avestruz y el Trompa Tamandúá.

— ¡Pero y qué me decís de este caudillo? ¡Tanto inventar hazañas y no precisaba! ¡Y hasta se quedaba corto!

— ¡Sí, el maragato era un guapo!

Al exclamar esto el Tamandúá se sacó la golilla y empezó a enjugar el hombro de su interlocutor, el Cabo Pato, tratando de entreabrirle la chaquetilla para averiguar hasta dónde había sido el tajo.

El herido se resistió.

— ¡Dejate de partes! Es una bobada de nada. Lo que me ha abombado es el planchazo en la crisma. Me amagó como para que yo lo parara en “tercera”... y caí en la bobada y... ¡Pero vamos a atender al Sargento Segundo, che!

Y en vista de que el viejo Avestruz se mantenía inmóvil, tan inmóvil como la sonrisa de éxtasis que inclinaba sobre el muerto, le dio un codazo.

— ¡Vamos todos, don, que es un papel!

Conseguían entre los Soldados Flamenco y Gavilán bajar al Sargento Cuervo sus rojas bombachas y los calzoncillos aparecidos después, y más engorrosos de retirar porque no daban con los botones de su pretina. El Soldado Cuzco Ove-ro, en la mano un sobeo, aguardaba impaciente. Se agachó con premura, entonces, y ligó la flaca pierna por encima de la herida hecha borbollón. El Voluntario Teruterero, al advertir que los nubarrones otra vez no le dejaban ver nada, por su cuenta había corrido a la carpa. Ahora regresaba con tamaño velón de sebo prendido.

— ¡Si sabré que con ligar no se saca nada! — comentó con suficiencia, colocándose cómodamente en cuclillas y protegiendo del viento con el sombrero el pabilo hecho estrella sobre el pasto—. Hay que ponerle trapo quemado. ¡Pero qué hacen que no traen trapo quemado de una vez?

— ¡Lo hubiera ido a preparar usted, so meterete!

— Baje esa vela, que no la tendrá, yo digo, para que lo vean a usted. Y vaya uno a traer caña de la carpa.

Así dijo en cuclillas el Mao Pelada. Como le hacía sombra la visera, arrojó su quepis, tomó el tufiento trapo al comedido —que por ser de los que cortaron campo desde la guardia del bajo estaba de barro hasta la cabeza— se puso de rodillas y empezó a taponear manchándose de sangre la mano y el cinturón y parte de su chaquetilla y de las bombachas.

— ¡Acerque más esa vela, caray!

— ¡No, así no! ¡Metaseló a dedo, hermano...! Mirá, retírate y dejame.

Era ahora el Cabo Lobo, a cuya resuelta intervención dio un quejido el Sargento Segundo y entreabrió los ojos.

— ¡El bulto! —murmuró con voz de gorgorito—. ¡El bulto, muchachos!

— ¡Quedesé quietito, Segundo!

El Cabo Lobo ayudó al Tamandú a dejar en tierra, con más cuidado que si fuese de vidrio, la pierna ya taponeada.

— ¡El bulto! ¡Es que allá... allá... hay un bulto, muchachos!

— ¿¿El qué??

— ¡A ver... qué era el bulto, les digo!...

— ¡Entró a disvariar!

— ¡La caña, ligero, que se nos queda! ¡Traigan para rociarlo y darle un trago! ¿Pero quién pucha fue a buscar la caña?

Se incorporó furioso ese Cabo Lobo y chasquearon sus espuelas.

Una voz le subió de entre las sombras en cuclillas:

— El Cuzco Overo, fue... ¡Ahí viene!

Por la izquierda aparecía dicho joven Soldado. El Cabo Lobo, que lo aguardó sentándose sobre sus talones otra vez, le recibió la limeta, levantó de costado la vista... y se la clavó como para partirlo. Volteaba de olor a caña el Cuzco Overo, y le era infructuoso el estiramiento del pescuezo con que intentó poner lejos la respiración. El Cabo interpuso la botella entre sus ojos y la oscilante llama de la vela siempre defendida por el sombrero del Voluntario, vio que todavía quedaba

casi la mitad y, callado, bajó a sacudidas la cabeza.

Al darse cuenta el Segundo Cuervo del calor de la caña en su garganta, medio se incorporó, anheloso quiso como a empezar a chupar, y abrió los ojos con atisbos de iracundia cuando el Cabo, alarmado porque aquello ya estaba pasando de remedio, le retiró la botella. Mas, vuelto por completo a la realidad, se serenó al advertir a los milicos, primero y, después, que él mismísimo estaba de espaldas en el suelo. Y le reapareció de golpe una idea.

Como siempre en circunstancias parecidas, fue a llevarse la mano a la frente. ¡Pero de adónde! Ya las fuerzas lo habían abandonado. Se redujo, pues, a repetir:

— ¡El bul...to!

— ¡Pah! ¡Otra vez entró a disvariar!

— ¡Qué disvariar...; gran siete!... ¡ni qué ocho cuartos!  
¡Avisen, pues! —aclaró el moribundo. Descansó un poco y ordenó, aprovechando los eructos de la caña para soltar cada palabra, desfalleciente—: Registrenmén el suelo... al ladito... de la salida...

Calló el Segundo, ahora bien atento a la aparición de otros regüeldos. Y cuando escuchó a alguien, que le pareció ser más o menos el Cuzco Overo:

—Bueno, muchachos, éste estira la pata ahora mismito.

Fue a negar, contando con el fluir que ya le andaba por el estómago. Pero sólo consiguió articular:

—Avisá si... —porque no le salió más que un hipo; uno solo.

Varios soldados se apartaron del grupo, obedientes. El Cabo Lobo, ya parado, alargó al Cabo Pato la botella. Iba éste a agarrarla cuando, con cortés diligencia, la intentó abarajar el Soldado Cuzco Overo.

— ¡No, usted sí que no! ¡Porque usted se la chupa, como lo vino haciendo cuando la trajo!

Como esto era una verdad de a puño, el Cuzco, en silencio, inclinó la frente.

Cuando agarró el frasco quien, no sin vacilar aún, él hubo

elegido, partió ese Cabo Lobo con marcial paso bien deliberado tras los buscadores.

Uno de éstos, ya registrando casi en la triste entrada misma del pasadizo después de meter la diestra en la frialdad de una bosta, pues él mismo interceptaba la luna de pronto aparecida y se hacía sombra, tropezó con un blando envoltorio. Lo recogió, lo olió... y quedó estupefacto.

Por su parte, el Gato Pajero se aproximó portando una cosa en cada mano: el quepis del Sargento Segundo Cuervo con una rozadura de bala, que recogió entre los pastos, y un sombrerito de "particular", color canela, con un luto alrededor de la base de la copa, sorprendido bajo unos cardos. Iba a entregarlos al Cabo Lobo, que observaba el registro con la mano apoyada en una piedra, cuando el del primer hallazgo se adelantó:

—Mi Cabo, este bulto debe de ser el bulto, derecho viejo. Lo agarró el Cabo Lobo, también lo olió y:

— ¡Esto es asado, che! —exclamó asimismo más que sorprendido.

Como sabía que el Cuervo tenía contados los instantes, postergó el pensar en aquel misterio por temor de no llegar a tiempo, y corrió, estirando adelante la voz para que, por lo menos, ella llegase:

— ¡Es asado! —gritaba—. ¡Es un pedazo de asado fiambre, mi Sargento!

Pero al llegar, por lo enhiesto de los cuerpos del destacamento, y por sus caras, comprendió el Cabo Lobo que el Sargento Segundo había fallecido.

Entonces, en medio de aquel silencio que, por las diferencias de estatura permitía percibir en zigzag un cúmulo de respiraciones; entonces, bajo la limpidez de la luna, la cual, alejadas unas nubes, ya no se deslizaba rauda como otrora y tomaba aliento entre la desnudez plateada de estrellas de la altísima comba; entonces el Cabo Lobo se agachó, depositó el chamuscado quepis sobre el pecho ya como tabla de su Superior, y se paró, diciendo:

— Bueno, esto queda terminado.

En seguida empezó a tomar disposiciones. Dispuso que las guardias volvieran a sus apostaderos, recomendando mucho ojo. Hizo traer los ponchos del finado Cuervo y del finado Aguila a fin de cubrirles las caras para que no les diera la luna. Y ordenó asimismo que el Soldado Gato Pajero ensillara de inmediato y llevara el “parte” a la Comisaría.

— ¡Yo también voy! —saltó el chillido del Voluntario Terutero, su chiripá hecho una lástima con los rugosos goterones del sebo—. ¡Yo también voy!

Justo al ir a tirarle una dura patada se contuvo el Cabo Lobo. Pero por no quedarse con las ganas de hacerle algo, le manoteó el sombrero, que aún oficiaba de pantalla, y sopló la vela.

Ya a la sola luz de la luna y al cada vez más tenue fulgor del fogón —desde hacía rato olvidado de alimentar— volvió a escucharse al noble Cabo.

— Y como el finado Sargento Primero está fuera de la ley y no se entierra, alcnlón y dejenlón en el bajo, al lado del Aperiá... ¡Pero se le deja el sable, ojo! Después, si el Comisario pone algún pero, se va a incautarle el arma.

En el grupo de los que quedaban, quien con más decisión cabeceó aprobatorio al oírlo fue el anciano Avestruz. De a poco, de a poco, él se iba haciendo cargo de lo sucedido y de las consecuencias para su corazón.

Calló el Cabo para agacharse en el pasto, y se alzó con la desnuda espada del Sargento Primero.

— ¡Pero si nos ha dado hacha que ni en el monte!

Diciendo así, interponía entre sus ojos y la mansa luna el terrible filo lleno de muescas.

El viejo Avestruz se aproximó por detrás del Cabo y la contempló con arrobo aureolado de melancolía.

— El siempre me decía: “¡Mirá, española legítima!”. Y se ve. Si no... ¡la parte!

Volvió a inclinarse el Lobo e introdujo la espada en la fiel vaina sujeta a la cintura del cadáver. Después, por deba-

jo del cinto, corrió la pretina de las bombachas, muy pegajosa de sangre. Entreabrió la chaquetilla militar. Observó las heridas del pecho... En la cara, sólo rasguños. Pero allí no estaba la expresión bonachona que — pese al fruncimiento del entrecejo asumido al salir de la “cuadra” ya lavado y peinado— acompañó a lo largo de su vida al Sargento Cimarón. Allí no estaba. Y en su lugar había cuajado el aire de intrepidez de cuando, entre sus auditorios de sonrisas solapadas o bajo la insaciable credulidad de su joven Asistente Macá, gritaba, atemperando, que había gritado con voz de trueno, por ejemplo: “¡Rindansé, que por guapos les doy palabra de respetarles la vida!”

El Cabo Lobo jamás dio atadero a las historias del Cimarón. Muchas veces hasta se incorporó y abandonó el fogón sintiéndose a punto de estallar, pues había momentos en que las cosas ya pasaban de castaño oscuro. Mas ahora, asomado sobre el con tanto heroísmo sacrificado, la verosimilitud comenzó a hacerle retroceder en la memoria como una llama blanca. Esta luz se abría paso entre el olvido, y ya dejaba encendida una meridiana claridad de certeza al pie del irrupiente recuerdo de cada confidencia hazañosa de su Superior. Así, hasta le pareció que su Sargento jamás había tenido otra expresión que la denodada que en ese instante él miraba y remiraba bien patente.

— ¡Está igualito, parece mentira! — se musitaba meneando la cabeza.

El noble “clase” se irguió esforzándose por no dejarse llevar de sus emociones hasta quién sabe dónde; capaz que hasta a provocarle pucheros, que sería un papel; cruzó los brazos y se puso a observar sombrío la diligencia con que se iniciaba el cumplimiento de sus disposiciones. Advirtió entonces no sólo en el Soldado Avestruz sino en el Departamento entero la más decidida aprobación al honor de dejar al Cimarón con su espada. Entonces, como, total, quien mandaba ahora allí era él, y como nada le costaba seguir haciendo las cosas bien, resolvió agregar:

— ¡Ojo, no se me vayan a olvidar! ¡Llevenlé también el poncho, y me le tapan con cuidado la cara!

Se quedó un momento absorto, fruncido el entrecejo. Luego, con brusco ademán, resuelto a seguir haciéndose el gusto, detuvo a los que ya se disponían a recoger al muerto.

— ¡Y el caballo, por favor! Soldado Yacú, vaya y traiga al bayo de él para que los acompañe... Y al ladito se lo atan a estaca. Pero no a lo indio, ¡ojo! La estaca la entierran a gatas. Cosa de que cuando se queden solos, si el bayito quiere ganar el campo, con un poco de tironeo quede libre... ¿Y aquél, aquel señor de hoy, me estoy acordando...? — Y señaló con precisión hacia el sitio donde ya no estaba la quietud sin gloria del Aperiá—. Diganmén, ¿no tenía sombrero?

El Soldado Gato Pajero se adelantó alargando el achatado chamberguito color canela con el luto, por él sorprendido entre unas achiras.

— Mire, mi Cabo, le soy franco, para mí que este sombrero es del señor.

Apartando compañeros el Soldado Cuzco Overo tomó el sombrero, le elevó la abollada copa, lo puso a distancia de la vista...

— Sí, no hay nada que hacerle; ¡es el sombrero del señor! —aseguró.

— Bueno, entonces —dijo el Cabo Lobo— entonces lo llevan al sombrero también con ellos al pajonal, y se lo ponen en la cara a su dueño, cosa que tampoco le dé a ella la luna.

No fue una voz; fue un coro el que exclamó:

— ¡Sí, claro!

Todavía insatisfecho con esto se encontró el Cabo. Y no atinaba a ordenar otra cosa, cuando su imaginación acudió en ayuda y lo dirigió a pensar que el Cimarrón bien merecía, no ya sólo que se le dejara con su espada sino hasta que se formara en su honor el Escuadrón y se le despidiera con una descarga, y hasta que de las dos banderas que había en la Comisaría fuera envuelto con la que no estaba remendada.



Mas su fantasía se dio como de bruces contra la sensación de la impotencia a que lo reducía su baja jerarquía. Entonces, su grado de Cabo de la derecha hízosele presente con singular viveza. Y por lo mismo que era menguada su ubicación en el Escalafón, él le exigió, en compensación, que le asumiera —sin ceder ni una— todas sus prerrogativas. De ahí que, rehaciéndose con un encogimiento de hombros, dijera:

— Y ahora, Cabo Pato, como yo soy de su derecha, todo el mundo queda a mis órdenes... ¡Baje la mano, no más, Cabo Pato! Traiga con usted lo que queda de la botella y pase para la carpa... Ahí usted se va a sacar la chaquetilla, y le haremos una cura... ¡Y usted, Voluntario, deme la vela, ligero!... ¡No, demelá, así, no la prenda! ¿A quién, caray, quiere iluminar usted?

Con la hebilla del cinto topó una abatida cabeza de man-carrón al darse vuelta. En el encontronazo, medio quiso pararse de manos aquel tordillo viejo.

— ¡Pero a ver ese Soldado Flamenco, caray! ¡Adónde anda ese Soldado, he dicho!

Del lado de la salida del pasadizo, el Flamenco gritó, sin saber si acudir o no:

— ¡A la orden, mi Cabo! Estoy de guardia.

— ¡Qué guardia ni qué guardia! ¡Agarre en seguida a su mancarrón y clavelé mejor la estaca, so abandono...!

Se interrumpió el Cabo Lobo porque en la mente le surgió un revoloteo de imágenes recientes.

— ¡Pero... pero si ahora me doy cuenta, amigo! —se dijo con aplacante estupefacción—. ¡Pero si ese tordillo ha andado en todas, esta noche!

Como le vino otra vez la rabia, siguió:

— ¡Lo que ha faltado, caray, es que él también hubiera agarrado un sable!

Y salió seguido por el Cabo de su izquierda, el Cabo Pato, quien marcaba los largos pasos como si quisiera darle patadas a su propio quepis.

A la manera del colchón de chala si en la nocturna quie-

tud su yacente, por más vueltas que se dé y le dé a cierto asunto, no consigue tranquilizar la conciencia, así en la recobrada paz crujieron unas risas sofocadas con la mano. Por suerte las carcajadas se hicieron incontenibles cuando los dos Superiores ya debían de ir llegando a la carpa.

— ¡Juá! ¡Juá! ¡Juá! —Y blanqueaba a la luna la infinidad de dientes del Soldado Comadreja—. ¡Pero mire que al Cabo le salen disparates cuando reniega! ¡Hagan el favor...! ¡Juá! ¡Juá! ¡Quién viera... a un caballo de sable! ¡Ju juí!

El Mao Pelada se había sentado en el suelo con la barriga agarrada y las de potro barriendo los pastos, en contorsiones. A una piedra se recostó el Cuzco Overo; y el Flamenco, por no caerse, al cogote del echado al medio tordillo. El sable del anciano Avestruz, colgado muy arriba por lo alto de la cintura, se puso a hacer los intermitentes ruiditos de su ir al trote con su dueño. El Soldado Yacú había salido como bala a desatar al bayo del finado Cimarrón; pero los Soldados Gavilán, Comadreja y Trompa Tamandúá, que ya se disponían a ir a levantar al difunto, paráronse en seco. Y entre las ahogadas risas se apretaban unos contra otros.

— ¡Pero mire que tiene cosas el Cabo! ¡Un caballo, de mucho sable, como nosotros! ¡Quién viera al tordillo de Autoridá!

Allá lejos, los dos Cabos ya habían cerrado la carpa, deliberantes. A través de la lona un resplandor denunciaba que habían encendido otra vez la vela.

De la soldadesca, el primero en reponerse fue el Veterano Avestruz. Por no empaparse los fondillos en el pasto, buscó una piedra, se sentó con el sable entre las piernas y quedó callado, la cabeza gacha, la mirada, de golpe vuelta muy torva, hacia las rayas amarillas que filtraban las rendijas de la tienda donde, sin saber bien sobre qué, conferenciaban los Superiores.

Este brusco cambio de actitud en el viejo aparcerero del difunto Sargento Cimarrón atrajo con viveza la atención de los otros. Y les sopló las últimas risas, y empujoles asimismo el

pensamiento a converger sobre un punto idéntico.

— Sí, para don Avestruz... ¡es un golpe! —musitó el Soldado Cuzco Overo al Soldado Mao Pelada, pidiéndole fuego—. Hay que ver que eran como hermanos desde muchachones.

— ¡Sí, pobre, hay que ver! —compartió el confidente casi con un suspiro, al tiempo que le pasaba su yesquero—. ¡Hay que ver! ¡Es un doliente, casi casi!

— Doliente derecho tiene que ser reconocido por nosotros... —dejó caer absorto, como para sí mismo, el Trompa Tamanduá.

Tal como cuando los gurises, en lo mejor de los chiveos, ven de repente que con un empaque a lo toro están teniendo al lado al mismísimo tata viejo, y cada cual hace un esfuerzo para ni pensar siquiera en las diabluras que estaban haciendo ni en las que pensaban hacer, y sin mirar sienten que el imponente los sigue mirando fijo, cada vez más cerca, y buscan un sitio donde sostener la tamaña quietud que la circunstancia les reclama, así, de esta manera, ante el recuerdo del héroe inaudito atraído por la atención a su aparcerero Avestruz, se guardó brusco silencio... tan intenso de pronto que desensimismó como trueno.

Los Soldados Gavilán, Tamanduá, Yacú y Comadreja, seguidos —al principio sin darse cuenta— por el Voluntario Terutero, se dirigieron lentamente a donde yacía el Cimarón, lo alzaron y con él se perdieron sin decir palabra rumbo al bajo. A medio “cuerpo” iba el bayo. Como las nubes otra vez no se estaban quietas, ya se veían las caras, ya marchaban con cuidado de no matarse contra el suelo.

En el fogón, sacudiéndose las bombachas hechas sopa en la parte trasera, por el rocío, el Mao Pelada se levantó. Y se quedó inmóvil, mirando la noche que perdía estrellas por el Este. Luego, se acercó a la piedra de don Avestruz, quien con no habitual solicitud le hizo sitio para que también la ocupara, y se sentó. Olvidado de su guardia, ya estaba al lado el Soldado Flamenco, en cuclillas, la carabina tendida en

tierra, delante de su tordillito, cuyo maneador empuñaba.

El Cuzco Overo iba a procurarse un asiento cuando reflexionó y dijo:

— ¡Pero muchachos, vamos a ponernos cerca del fuego, mejor!

El Flamenco y el Mao Pelada se incorporaron con resolución para seguirlo. Como a desgano, el Veterano Avestruz se levantó, a su vez. Y exclamando casi para sus adentros:

— ¡Qué se le va a hacer! ¡Así es la vida; corta! —caminó muy lento tras los otros, cual si nada tuviera que ver con ellos, la cabeza colgando como pilón de báscula y cuidadoso de no ir demasiado cerca de las patas del tordillo, pues éste, ahora no de curioso sino obligado por el sobeo que su dueño retenía, también integraba el conjunto.

En torno al fuego asentábanse piedras y troncos muy cómodos. Allí se situaron todos menos el tordillo —sujeto al fin a su estaca pero a escasa distancia, el ojo siempre sobre el grupo— y todo el mundo quedó hecho poste.

El humo de los cigarros empezó a salir por su cuenta, sin impulso alguno, de bocas y narices. El silencio se ponía opresor. Bajo una fuerte necesidad de hacerlo retroceder un poco, por lo menos hasta los primeros “benditos” y las primeras estacas de la caballada, el Flamenco pensó que bien podía exclamar que la noche estaba fría o revelar que al otro día iba a desvasar a su tordillo. Optando por lo segundo se disponía a hablar, cuando se contuvo. Era que el Avestruz empezaba, con el pescuezo cada vez más inclinado:

— ¡Pucha, miren ustedes lo que son las cosas! Toditos lo más amigos y, de repente... ¡Fijensén lo que hemos hecho! ¡Hemos matado a un aparcerero viejo!

— ¡Yo no lo maté! —cortó el Mao Pelada echándose atrás como si le amagara su bote una cascabel de años o le hubieran arrojado al pescuezo frío lazo viscoso.

— ¡Lo matamos todos, sí... porque lo dejamos matar!

La voz de don Avestruz iba creciendo en intensidad hasta que le vino el recelo de que las palabras pudieran andar de-

masiado cerca de la carpa de los Cabos. Para evitarlo siguió bajito, pero en compensación envolviéndose en violentos ademanes:

— Si en vez de estar haciendo pruebas (esto lo digo por mí, sepan la gran verdá, y por el Cabo Pato) o mirando la función (esto lo digo por casi toditos ustedes) le hubiéramos dado un buen sosegate al Sargento Segundo...

Interrumpiose con sobresalto el Avestruz. Y todos, encandilados por tener el fuego delante, intentaron ver quién producía aquel rasco de espuelas que por atrás llegaba.

Era el Soldado Gato Pajero, emponchado, de tiro su ya ensillado medio redomón, dispuesto a marchar con el “parte” a la Comisaría. El aire sombrío, sin sospechar que ponía el dedo en la llaga, exclamó ya sobre sus compañeros:

— ¡Pucha, qué me cuentan! ¡Hemos matado a nuestro Jefe!

— ¿No ven? ¡Sí, señor; él revienta con la verdá! —retomó el Veterano Avestruz—. ¡Lo hemos matado nosotros, nosotros!

El Flamenco agachó la cabeza. Luego, se revolvió como si hubiera dado entre las brasas que le brillaban enfrente.

— ¡Y bueno, qué embromar! —estalló—. ¿Por qué no convidó alguno a insubordinarse? ¿Por qué alguno no lo abajó de un tiro al Segundo, y así se acababa todo, y al que no le gustara también se le dejaba seco, y por qué no se le dio puerta franca a la Mulita y todo el mundo levantó el poncho, eh?

Se interrumpió el Flamenco tomando aliento, y miró al callado conjunto de abatidos junto a los cuales cabeceaba impaciente el picazo del Gato Pajero. Después, como quien hace fuerza hacia abajo con la mano abierta, siguió:

— ¡Y ahora, dele y dele decir que lo hemos matado y que lo hemos matado! ¡Claro que lo matamos! ¡Y ahora, caray —y frenético pateó el suelo ante un súbito recuerdo— ahora yo tengo que meterme de guardia para vigilar que la Mulita no escape... y todo esto es un relajo jamás visto!

Junto a su picazo ya asomando espuma en la boca, y sobre el relucir —ahora rojizo por el resplandor— del charol de sus muy lindas botas nuevas, al Gato Pajero le bailaron los ojos sobre el enardecido. Esperando la continuación del desahogo miró asimismo al grupo en pesadumbre. Luego, ladeándose el quepis, sin decir palabra desdeñó el estribo, montó de un salto y salió desviando los ranchejos para, en seguida al galope, como flotar sobre el campo ya con un poco de baja cerrazón ahora visible por haberse zafado otra vez la luna de los nuberíos.

Extrañamente, este distanciarse acentuó la necesidad de silencio en los sentados. El jinete cabalgaba ya lejos; su presencia se habría borrado del todo de no ser por el redoble del galope que, a su vez, también se iba desvaneciendo, y todavía a ninguno de ellos le hubiera sido posible hallar en sí las llamaradas de encono que momentos antes se habían estado alzando. Cual las enhiestas flores cuando empiezan a sentir el peso del sol, así se agachaba, se amustiaba cada ímpetu. Y una marejada de mansas evocaciones, llegadas desde muy adentro, crecía y crecía en cada cual.

El Veterano Avestruz ahora tenía delante al mismísimo mangrullo de la Comisaría. Delante, sí, y un poco retirado. Y sin nadie al pie; sin nadie. No como tan frecuentemente hasta la semana pasada, con él y el Sargento Primero Cimarrón allí, tomando mate, envueltos en humos, proseando de bueyes perdidos, que es cuando más lindo resulta prosear, porque las palabras de cada cual, en vez de meter barullo en el pensamiento del otro, apenas si se lo van haciendo de abajo, para después, con el solo efecto de aquel impulso, dejarlo haciéndose dulces gustos; ya retrocediendo entre sus memorias en un desandar la vida, ya a capricho llevando prendas hasta allí donde no puede haberlas, porque hasta allí el tiempo no ha llegado todavía...

“—¿Vido?

“—¿Qué?

“—Se corrió una estrella.

“—No, no la vide.

“— ¡Tan linda, y vaya a saberse a dónde puta irá a parar!

“—En cualquier lado que sea, será lindo para ella. Allá “arriba, compañero, no es como aquí abajo... ¿Qué le iba “diciendo?...”

El mencionado alto mangrullo también acababa de aparecerse a los otros soldados. Pero en forma distinta. Como tan frecuentemente hasta la semana pasada, no como lo sería de esa madrugada para adelante; no solitario sino con el finado Sargento Primero y el viejo Avestruz de mucho mate y mucho naco brasilero, el Asistente Macacito ronceándolos... y sentándose en la rueda a escuchar embebecido, en cuanto querían acordar.

Primero una mirada, después otras dos, en seguida la del Soldado Flamenco —que llegó como de tiro, pero llegó— todas las vistas cruzaron el trecho y se posaron compasivas sobre el agobiado servidor.

Uno entre los milicianos, el Cabo Pato, musitó bajando deliberadamente los párpados para adecuarse bien a la situación:

-- ¡Y qué se le va a hacer! ¡Hay que tener pacencia!

— ¡Sí, m'hijos, es claro! —arguyó el anciano Soldado, y dejó salir desde sus adentros—: ¡Contra el destino no hay caso!

— Bueno, la orden se cumplió —cortó desde las tinieblas el Soldado Gavilán.

Adelante él de su sombra y de la correspondiente al Trompa Tamandúá, ambas alargándose y acentuándose a medida que se acercaban a las llamas, tanto un policiano como el otro trataban de evidenciar en el semblante que ni una vez siquiera se habían topado en la vida con el Voluntario Terutero, el cual inútilmente había intentado sobrepasarlos para llegar el primero y entrar antes que ellos en lo que presumía apasionante conversación.

Como los demás, se dio vuelta el anciano Avestruz, cada

vez más triste porque iba percibiendo crecer el número de vistas posadas, tan mansas, sobre él. Y como aquellas conmi-seraciones que despertaba le acentuaban la sensación de situarse más y más en la condición privilegiada de “doliente”, con cierta inseguridad al principio comenzó a asumir las consiguientes prerrogativas y deberes.

— Bueno, Cuzco Overo; y ustedé, Mao Pelada, aprontensén dos mates para esta gente, m'hijos. Y ustedes —dirigiose a los recién llegados— sientensén, no más, y estén cómodos.

Incorporándose con tiesa circunspección, el Mao Pelada y el petiso Cuzco Overo obedecieron. Y los otros conmill-tones, también. El primero que, sobre la empapada gramilla, no más, tomó asiento fue el Voluntario Terutero. Pero antes de sentarse los demás, él ya estaba otra vez parado. Es que el Cuzco Overo, que a unos metros de distancia se disponía a limpiar el mate, lo había llamado con gesto enérgico. Cuando le llegó:

— Mire —le dijo bajito y cimbreándole la bombilla entre los ojos— ustedé se me retira de aquí porque ustedé es Voluntario. Con todo lo que ha pasado, hay orden de los dos “clases” de que no quede levantada más que la gente de tro-pa.

— Sí, pero...

— Y al que no acate, dijeron, y ya ve que solito por ustedé, se le maneja hasta que llegue el Comisario.

El Terutero salió hecho ají hacia su ranchejo. Y contra un tenso maneador se dio y rodó cuando quiso mirar hacia atrás para dirigir con la mente palabrotas de encono sobre el grupo miliciano ahora resplandeciente bajo el flamear que provocó el Tamandú al arrojar sobre las ascuas nuevo bra-zal de ramas.

En cuclillas, algunos; sobre troncos y piedras, otros; atrás sus sombras de golpe densas y ahora mucho más largas que ellos debido a la reciente maniobra del Tamandú, habíase-les avivado el rojo de las bombachas, fulguraban con renova-do ardor en los desemonchados las vainas de los sables y



los botones de las chaquetillas militares, tanto más azules éstas cuanto más cerca del fogón. Y en todos ponía inquietos deslizamientos de negruras y de tintes cobrizos el tremolante resplandor de la fogata.

El silencio del campo y de la noche se les asomaba por encima. Y tan ensimismador era aquello, que cada cual sentía la necesidad de sacárselo de arriba. Pero nadie sabía cómo. Hasta que, con sonrisa forzada, confió el Tamandúá tocándose el pescuezo:

— Pero yo hace ratos que sentía una cosa en el cogote y no me daba cuenta qué tenía. Y era que no tenía la golilla.

— ¿Ahá?

— Sí, me la saqué para pararle la sangre al Cabo Pato y... El me dijo: “Dejesé de partes, hermano. Le va a quedar perdida la golilla”. Fue cuando yo le dije: “¡Valiente!”...

Semejante a cuando se marcha entre un alto pajonal espeso, así andaba su imaginación. Mas, de pronto, el Tamandúá distinguió como una sendita en la mente. Y se lanzó por ella:

— ¡Amigo, qué mandoble me le largó al Cabo el finao Sargento!

En su asiento de piedra el anciano Avestruz alzó con brío la cabeza, que ya casi se posaba sobre el pomo de su espada mantenida entre las piernas.

— ¡Es que ustedes nunca, nunca sabrán quién era el finado Sargento Primero! ¡Nunca!

— ¡Ah, era flor de quiebra este finado! —exclamó el Cuzco Overo en cuclillas frente al fuego, poniendo, ya hinchada la yerba, su bombilla al mate mientras lo mismo hacía con el suyo el Soldado Mao Pelada.

— ¡Pobre! ¡El planchazo que me le mandó al Cabo Pato en aquella arremetida!

— ¡Sí, y a mí, el pobre! A mí casi me abre de par en par, de un hachazo.

— ¿Y a mí, che, que casi me raja la cabeza?

— ¡Sí, pobre! Yo he conocido gente taura; ¡pero como el finado...! ¡Qué finado!

Esperó, paciente, el Avestruz a que se hiciera un claro en el chisporrotear de exclamaciones. Y, al fin, trató de volver a hablar.

—Yo siempre pensaba que este finado Sargento Primero...

— Ah, sí, no hay nada que hacerle —apoyó a ciegas el Tamanduá—; ¡no hay nada que hacerle!

Agachó la cabeza el veterano y embistió de nuevo:

— Yo no sé si él les hizo saber alguna vez... Una madrugada, en la frontera, se topó el finado con cuatro cuatises brasileros que pasaban un contrabando... El finado había hecho noche abajo de un ombú. Bueno, él ensillaba recién... y cuando quiso acordar... ¡Hermanitos... qué pistola ni pistola...!

El milicaje dilatava los ojos de anticipada admiración. Pero el esfuerzo por atender se los achicaba en seguida.

— Saltó a caballo, peló el sable ese finao... apretan el gorro los delincuentes... Y para adelante y para adelante en la persecución ¿quieren creerme ustedes que se mandó al Brasil, engegucido?... Como él me decía: “Cuando me di cuenta que había invadido... ¡Y para peor, che, de uniforme!” Porque ustedes ven que capaz que se armaba una guerra... ¡Y con una patria hermana!

— ¡Hermana, pa joderla! —saltó uno.

— ¡No, m'hijo; eso fue antes! ¡No seas tan atrasado! Y me contaba el finado que, en un de repente, vio que los malhechores se empezaban a agarrar la cabeza sin parar la disparada y sin que él hallara la causa de semejantes aspavientos, porque hasta, más bien, ellos le iban sacando distancia. Ahora ya metiendo espuelas seguía, el finado, cuando, ¡hermanitos!... fue sintiendo una calor, una calor... Y me decía él que pensó: “¡Pero caramba, ¡esta patria no es la mía!” Y se asujetó, miró para todos lados, y ya salió ese finado para atrás, a todo lo que le daba el bayito, antes que

lo agarrasen las barras del día y lo distinguiera algún nativo de allí...

— ¡Sírvase, don Avestruz!

Era el ahora muy solícito Cuzco Overo con el mate.

— ¡Gracias, m'hijo! Pongasemé usted ahí con su caldera. Y usted, Mao Pelada, usted... después agarra la otra caldera.

— ¿Y ese Macá, qué se ha hecho, me quieren decir?

— Si hubiera estado en el arroyo, sentiría los tiros.

— Habría salido con algún "parte". Al pobre le da un patatús cuando sepa.

— La noticia hay que dársela de a poco. Primero, que hay esperanzas. Y cuando lo quiera ir a ver...

— Sí, ahí se le dice, derecho...

— ¿Y no se acuerda don Avestruz —interrumpió el Tamanduá— aquella otra vez...?

— Me acuerdo, sí, ¿pero cuál?

— Cuando el finado se tiró al río, y los tres matreros dieron vuelta haciéndole frente, y con una mano ellos nadaban y con la otra le mandaban viajes con las dagas.

— ¿Cómo fue? ¿Cómo fue?

— ¡Ah, ésa fue otra tamaña! —exclamaron a una el Soldado Yacú y el Soldado Gavilán.

Su enormidad de dientes mostraba el Comadreja al elevarse como en puntas de pie en su embelesadora evocación.

— ¡Mugrientos! ¡Mugrientos! —dirigiales por lo bajo desde su ranchejo el Voluntario Terutero, de costado sobre las pilchas de su apero, sin poder abarajar una sola frase entre el murmullo de voces que le llegaba—. ¡Mugrientos! ¡Mugrientos!

— Dos se ahogaron —recordó el Mao Pelada en aprontes de su propio mate—. ¿Pero el otro? ¿Se le escapó el otro, don Avestruz, o él lo agarró preso?

— ¡Preso, m'hijito, preso!... ¡Figurate! Cuando medio quiso ese cuatrero afirmarse en los camalotes, ya me lo tuvo al finado arriba... Y haceme el favor, muchacho, agenciame el poncho.... Y ya que vas, traé las galletas y un medio queso

que hay en mi maleta, para esta gente.

— ¡Valiente!...

— ¡No, deje!

— ¡Valiente!...

— ¡No, señor, deje!

— ¡No faltaba más...! Tanto mate solo lava el estómago. Y la madrugada da hambre.

En efecto: desde la alta loma del ombú se venía ya la aurora; y el apetito, como desmerezándose, comenzaba a despertarse en el milicaje.

Salió muy diligente el Soldado Cuzco Overo; corriendo salió y corriendo volvió con el poncho, justo al consumarse la desaparición de la postrer estrella. Por no demorar el abrigo para don Avestruz, prefirió traer las galletas y lo otro en un segundo viaje.

Entornando los ojos con cabeceo agradecido, el viejo Avestruz se dejó arrebujar por su joven compañero de armas, mientras a todos —a los sin y a los con poncho— íbalos envolviendo por igual una entonación rosa-celeste. Y ninguno, nadie, nadie advirtió el transcurrir sin sigilo del tiempo; ninguno, nadie vio cómo, en el sitio mismo desde donde, antes, sólo se habían hecho presentes algún resuello, algún sordo ronzar, ahora las cabalgaduras comenzaron a tomar cuerpo hasta asomar los cucuruchos de su orejitas, a la vez que, del ámbito todo, despacio surgían indefinibles árboles, se alzaban piedras, comenzaban, sin apuro, a hacer su aparición colinas y más colinas, por detrás de las cuales, en tardos círculos cada vez más vastos, manteníanse vagas sombras que por grados iban resultando, también, más lomas y más lomas al recibir color.

Y ya eran patentes, entre los rechonchos “benditos”, aquí, casi junto al mancarrón tordillo que no sacaba los ojos del grupo policial, el bragado del Gavilán; allí, el rabicano del Tamandúá entre escuálidos cardos apenas reanimándose con el rocío, y el overo negro del Comadreja; allá, bajo los talas, un oscuro y un malacara y el lindo doradillo del Ca-

bo Lobo; y, más lejos, aparecía un lunarejito o rosillo —no se sabría bien— que, si era lunarejo, pertenecía al Soldado Yacú y, de ser rosillo, al finado Aguila... y que era el lunarejo, no más, pronto no cupo dudas.

—... ¡Sí, cómo no me voy a acordar de ésa, muchachos! Me decía el finado que él venía teniendo en cuenta que capaz que le apagarán la luz cuando se mandara para adentro y les diera la voz de presos. Y que fue voltear alguno el candil en cuanto lo vieron en la puerta, y ya de un salto el finado había cambiado de sitio. Así, lo menos a un metro a su derecha fue que le reventaron los tiros.

— ¡Pero qué cosa divina! ¿Y después, don Avestruz?

La calva del horno, y luego el viejo palenque, sin resultado alguno ya se expusieron también, todavía medio algodonosos, a la contemplación. Ardían rebrillares en todas partes... vagos celeste-limón seguían descendiendo en neblina sobre las hirsutas copas de los espinillos y los talas, bañaban ya, hechos ahora de naranja hasta su mitad superior, las copas de los sauces y la del ombú, y seguían descendiendo más y más. Las cuchillas desemparejaban su lisura; descubriéndose en el bajo las montuosas costas del arroyo; las piedras próximas recobraban su fosca aspereza. Y, rayado de insectos recién desentumecidos y en aumento junto al barril de agua y a la batea, el aire iba envolviéndolo todo, hasta lo de más arriba, en un vaho de pastitos macerados, a cuyo perfume, por el tanto fumar quedaban insensibles los reminiscentes del ya pálido fogón donde, de pronto, hubo viva conmoción. La causó el brusco salir corriendo hacia su ranchejo del Trompa Tamandúá recién consciente de su deber. Se agachó ante el “bendito”, metió la mano adentro... Y se incorporó para quedar rígido y soplando por su clarín, que centelleaba.

— ¡Talarí, talarí... laráaaa...!

Los avanzantes jinetes: Soldados Gallareta, Coatí, Guazuvirá, Bandurria, Aguará... y otros a quienes éstos no permitían ver, sólo escuchaban el redoble de los cascos de sus calgaduras, el golpeteo de los sables sobre la carona, el como

duro palmoteo en las espaldas de la pesada carabina. Ni otra cosa oía el Comisario Tigre quien, por su grado y por mejor montado —aunque nunca como sobre aquel lobuno que le llevaron los de Don Juan— galopaba bien adelante, el emplumado quepis hasta los ojos, feroz el aire, en uniforme de gala por causa de no haberle llegado de la capital el de campaña sustitutivo del que, casi flamante, le quemaron con la plancha.

— ¡Talarí, talarí, laráaaa...!

Bien habituado a que ellos siguieran otro poco después que él dejaba de soplar, el Tamandú bajó el clarín indiferente a otro Talarí... laráaaa... que le pasó de largo proveniente como de la alta loma del ombú, para cruzarle por delante, ahora apareado con los otros dos: uno, llegado del lado del Paso y, el otro, tal vez del totoral o, a lo mejor, de más lejos, todavía, y que, al parecer, pretendían en vano insistir juntos sobre los bultos del Sargento Cuervo y el Soldado Aguila, que como para dianas estaban bajo sus ponchos patria.

Detrás de la carpa, desabrochándose con recato por la proximidad de su interlocutor, el Cabo Pato argumentaba al Cabo Lobo:

—No es posible. Y menos a estas horas, con el sol ya encima. Por más vueltas que vos le des, no tenemos más remedio que cumplir con nuestro deber.

Abrochándose también cuidadoso de la vista de su compañero, el Cabo Lobo aceptaba no sin reticencias.

—Sí, sí, hay que dar el ejemplo, yo sé. Pero yo te digo a vos, y acordate, que en caso de enfrentarnos con Don Juan la mitad de la gente se le pasa. ¡Lo que es yo...! Mirá, yo no sé qué te diga. A veces no hay cabeza que aguante.

A la distancia, el Mao Pelada, su culero de delantal, envuelto en espejeos de trinos había echado troncos al fuego para ir preparando brasas, descolgaba un cordero de la rama donde se oreaba con dos más toda la noche, lo ensartaba bien abierto en el asador... y así lo dejó en actitud de querer

abrazar a todo el mundo, de contento. Junto al barril del agua, desnudos de cintura para arriba, toallas al hombro ahora, en vez del máuser, los milicos empezaban a esperar turno para lavarse. Lejos y cerca, de cada rama, de cada mata, hasta del suelo, rayando ya la ardiente, franca luz, el gorgear surgía incesante, se mezclaba en barullitos como los del rozar de papeles y de vidrios y de delgadas láminas metálicas... primando ése, riente y nunca igual, que tan bien hace la imitación del corcho, cuando éste es frotado, húmedo y en zigzag, con una botella.

Pero sin pájaros ni agitación alguna, el pajonal del bajo permanecía callado. Entre el pisoteadero de espadañas de los que allí se detuvieron ratos antes para dejar su carga, yacía el Sargento Primero Cimarrón, tendidos los brazos a lo largo del cuerpo como en posición militar de firme, la espada a un costado y, al otro, tan arrimado a él como aquélla, y como aquélla tan frío, el vencido protector de la Mulita. Aunque con ropa de "particular", la idéntica postura de los brazos y la rigidez de la muerte dábanle asimismo al joven Aperiá el aspecto de soldado en revista.

Sobre la cara del Sargento Primero llegaba a alcanzar una punta de su poncho. Cubriéndole la suya, el Aperiá presentaba, hecho sopita, su sombrerito color canela.

Y gracias al rezagado frescor de la noche, todavía ni una sola mosca.

\*

Sobre el asiento de vaqueta, ante el fogón apagado desde el día anterior y ya para siempre (porque después del crimen fue destruído todo) era un bulto de ropas azules y blancas lo que se abatía. Quien conoció a la Mulita jamás pudo suponerla cápaz de resistir las emociones de la trágica noche. Cuando le llegaron los primeros ruidos de lucha la desdichada abrazó la ilusión de que, por fin, Don Juan había acudido con sus matrones a libertarla y a llevársela al monte. Pero, por eso, ante los chasquidos y las detonaciones, en vez de

cegarse en la dicha que tal terrible creer a ella le significaba, comenzó a sollozar, pues la angustió el pensar que, traído el ataque salvador un día antes, el tan infortunado Aperiá hubiera podido evitarse el sacrificio, y con ella estaría él en ese instante frente al pasadizo, agarrados los dos de la mano, esperando confiados la entrada vencedora de Don Juan, el Zorro. En su inocencia, ni siquiera admitía que entre aquellos choques de sables y los estampidos su libertador pudiera estar corriendo peligro. Había, pues, en la Mulita sólo una cerrada conmiseración que envolvía al recuerdo de su amigo muerto, que tiraba desde adentro las lágrimas y le mantenía los ojos como secas cuentas, mientras su oído permanecía pendiente de los gritos y del metálico estrépito y del clamoreo que se precipitaban rebotando sobre la casa del Peludo.

Mas, de pronto, sintió en toda su nitidez el horror de su propio destino. Como al ir a apagarse el candil aviva más que nunca su llama y, entonces, su luz abarca por instantes un trecho mayor y, en seguida y de golpe, deja a oscuras, así su deseo de vivir hízosele presente con ardor. Y se vio perdida sin remedio. No eran Don Juan y los suyos, no, quienes peleaban con los soldados. En el misterio de la noche poblada de ruidos de espanto comprendió que, solo, sólo él contra todos, se estaba haciendo matar por ella, no Don Juan, ¡ah no!, sino el mismísimo Sargento Primero Cimarrón. Y fue tal la violencia con que esta revelación irrumpió en su mente, que se la resquebrajó y la dejó insensible a lo de afuera. Y, así, ni siquiera pudo evocar la imagen de aquel a quien una sola vez había visto un ratito: cuando su tío la llevó a la pulpería para asistir a unas carreras a la vez que para ayudar un poco en la cocina. Entonces la compasión de la Mulita, que desplazada de su perdido amigo Aperiá se tendía hacia el denodado combatiente, replegose sobre ella misma. Cada grito, cada fragor que llegaban no eran adjudicados al sitio de donde provenían, ni para ella tenían por origen el evidente. Los recibía la Mulita como el efecto de directos golpes desde bien cerquita. Y sollozaba, bien curvada so-



bre sí misma, cual si, desnudas sus espaldas, le desprendieran lonjas de su carne unos sables empecinados.

No fue un desmayo brusco, de los que a lo relámpago hunden a uno dentro del pozo como la muerte que tenemos abajo del entendimiento, no, lo que le sobrevino. Fue un desfallecimiento paulatino. Un zumbido lejano le hizo su seña quién sabe desde dónde, y hacia él ella inclinó, sumisa, la cabeza, dejando atrás, como a cosa, ¡ay!, ajena, su presente insoportable.

Por suerte, su caer con las blancas alpargatas sobre el fogón no tuvo consecuencias, porque ya ni un tizón quedaba, capaz de hacerle llaga. Y la silla, asimismo, lo sabemos, era baja, de esas de vaqueta.

El suelo la recibió en seguida, pues. Y no lastimó lo más mínimo al dar en él su cuerpo blando.

Quedó así, tirada, entre formas inmóviles que parecían atentas a aquella tan sin proporción ferocidad del destino. Tan sin proporción como la que se establecería si un cerro, desde su imponencia, con ufanía indicase a los campos y al mismo cielo una modesta flor desgajada y hecha trizas a sus pies.

\*

Ya el sol empezaba a tender su angosta alfombra habitual; ya se deslizaba ésta con lentitud inobservable por el rugoso suelo de tierra apisonada de la cocina. Pero en los rincones, obstinadas, refugiábase indemne un tropel de penumbras y de francas tinieblas. De allí, tonos —no formas— oscuros, con brillos de hollín, como con un furtivo y avieso lustre dorado encima, con el algo repelente de lo viscoso, la aguaitaban sin tregua (sentía bien claramente la Mulita) la tenían presente, la vigilaban, mejor, quién sabe con qué propósitos nada buenos. Sin recordar ya el menor detalle ni siquiera del

pasado más inmediato, sin pensar en el más inmediato futuro, sin otro resquicio en la tiniebla de su mente que el de lo que veían sus ojos; como si una cuchilla gigante le hubiera cortado el tiempo por delante y por detrás, la Mulita se había casi arrastrado, a fin de poder llegar a su cuarto y liberarse un poco de tanto peso. Pero allí, también allí, ¡y mucho más!, se encontraba con el misterio tan cerradamente acorralándola e infundiéndole, tan inexorable, su negra frigidéz. Y, para mayor malignidad, todo se operaba sin bulla, con lo cual ella quedaba más echada al medio. Todo venía como descalzo y como en puntas de pie o hecho de goma. Así, el silencio adquiría la existencia de cosa con grosor, con largo y con ancho; de una dimensión desafortada. Y cuando del campo —igual a arañita sigilosa— llegaba algún modesto rumor, o cuando —como guijarro arrojado con cruel acierto— penetraba el bronco grito de algún soldado, el silencio persistía y se hacía más enérgico, obrando aquéllos tan sólo a la manera del simple rasguñar sobre la lisura del acero.

Comprendía a veces la Mulita que el moverse era peor; que lo que hacía con esto era provocar estremecimientos, decididos bamboleos, unos como amagos de avances buscadores con ansias de ese su blando contacto que —debe revelarse ya— que muy, pero muy pronto daría frío. Entonces, otra vez volvía a la cocina y a su silla, sacaba su pañuelo, otra vez lloraba. Sin lágrimas, en ocasiones. Pero enjugándose, lo mismo, porque no era capaz de advertir su inanidad. A hurtadillas, el pañuelito descubriendo a medias aquellos ojillos más achicados ahora por el miedo, miraba a las penumbras téticamente expectantes, como patibularios carceleros, en torno de la asustada. De ahí, más pronto que ligero, posaba la vista en la franja de sol estirada en el suelo. Pero ésta era demasiado débil para llegar a los rincones, vencer a las sombras y expulsarlas por el pasadizo y obligarlas a que se consumieran en la ardorosa luz de afuera sin ni darles tiempo a que las tan malas consiguieran

atravesar el espacio que distaba de la noche siempre en marcha; de la noche ahora ya a espaldas —porque se interponía todo lo ancho de la mañana— de quién sabe qué horizonte nunca visto.

Aquellas penumbras, acentuadas al acercarse al techo o al recostarse a las paredes, insistían en su enconada observación. Y algo tuvo que haber ocurrido, también. Y grave. Porque un espíritu poderoso, inmenso, sin posible cotejo, había penetrado —ella lo advirtió en cuanto, sin objeto, por cambiar de lugar, entró en la cocina—; sí, eso se había escurrido en la mesita, en los asientos, en el mate, en todo, y le estaba prestando a cada cual algún algo de su propio ser sobrecogedor. No era que las formas de las cosas sugirieran ahora visiones monstruosas; no que se transmutaran en imágenes de pesadilla. No. Allí, mucho más feo, lo que ellas cambiaban era su actitud de toda la vida. El manso caballete del recado del finado, colgantes sus estribos de campana, estaba ahora esperando la orden para írsele encima a la Mulita y, con el encuentro, llevársela por delante. Y si la Mulita miraba hacia el banco de ceibo, sentía que al siempre modesto y tan cómodo asiento le había nacido como un odio por ella y que, aunque él no sería capaz de hacer nada en contra, estaría más que contento de que la pechada aquella del caballete sucediera. El negro, gran ollón poníase fulo, como empacado en un rencor lleno de recovecos. Y como, por la falta de la pata trasera, se inclinaba tanto hacia atrás, el grueso recipiente mostraba una altanería despiadada, de esas que permanecen sordas a los ruegos y hasta a las lágrimas.

En sus perillas y cajones la alacena se había vuelto muchos ojos, muchas bocas cerradas como apretando los dientes en el instante de una inquina atroz. Apoyada en el mueble, la escoba de chilcas parecía, unas veces, que se le inclinaba para pedirle que no fuese así con la Mulita; otras, al contrario; otras creeríase que con secretas palabras la incitaba a la alacena contra la asustada. La tinaja, ¡ah!, la pan-

zuda tinaja se disponía a irrumpir para volcarle encima el resto del agua fría que todavía le quedase. Y los tirantes de la parte del techo que suplía la interrupción de la roca elegían, sí, ya el sitio en que, todos a la vez, irían a caer en abatir de garrotazos.

Y en silencio todos, de testigos malos —callados como las cosas de los muertos— los jarros, los platos, los tazones, los tarros cuadrados y cilíndricos para la sal, la pimienta, el ají, el orégano, etc; hasta el ahora ciego candil acentuaban entre tanta hostilidad el ovillo azul y blanco en que estaba convertida la Mulita.

Hasta que —traído por un rumor que en seguida creció hasta el fragor de cascos y de ruedas a barquinazos del lado del arroyo— cobró presencia otra vez el otro espanto, el de lo que había afuera. Igual que por la noche una muchacha, solita y su alma en el rancho, siente un trotar como por sobre trapos que se detiene, y escucha en la puerta leve llamado con los nudillos; y ella enciende la vela, trémula de susto, y después prefiere el miedo a abrir al miedo de quedarse envuelta en el mutismo aún más escalofriante del misterio y, entonces —¿qué ha de hacer, la pobre?— entonces va y destranca y se asoma, y ante aquello ¡al fin! que tiene delante ni gritar puede porque la garganta se le cerró hace rato, así la imaginación de la Mulita quedaba ahora helada al adivinar a los pocos pasos, allí, junto a su propia batea de lavar, detrás del horno y del barril del agua y abajo de la higuera y abajo del gran ceibo como tapado de sangre en su florecer, los aspectos feroces, las cerradas de puño, el fulgor de los sables que la estaban aguardando. Y, entonces, como la que, al abrir fría de susto su puerta, siente que la atraen de un brazo hacia la noche, y su terror es ya más grande que ella y la aplasta, así la Mulita inclinó en su asiento la cabeza hacia adelante. Y cayó redondita.

Fue más o menos al mediar la mañana que ocurrió lo fatal; una iniquidad más, sí, ¡pero la última! Bullicios apagados, que no alcanzaban a la altura de los yuyos, parecían obrar sobre la rutilación de los verdes del campo, cuando eso. Por el callado balancearse de la rama se hacían evidentes alas invisibles que, de inmediato, debían de levantar el vuelo para cambiar de sostén tan poca cosa. En el bajo ya habían cruzado el vado del arroyo, y se alejaban en un carrito de mulas, los finados Sargento Segundo Cuervo y Soldado Aguila rumbo a la Comisaría, para donde la Autoridad había dado cita a los dolientes. De allí venían ascendiendo a pie tres policianos —el Soldado Flamenco, el Soldado Gavilán y el Soldado Gato Pajero— cuando aquello se produjo. Iban tras ellos, del cabresto, cuatro caballos, porque habían incorporado al nuevo pangaré del Comisario, llegado para sustituir al lobuno que le llevaron los matreros. Entusiasmada por su estampa. Y si no era mejor que el otro, le andaba raspando. Húmedos todavía del reciente baño, relucían los cuatro, ahora, sus pelambres; charolándose, vueltos un lujo entre aquella luz. A la sombra de los árboles que circundaban las piedras entre y bajo las cuales el finado Peludo edificara su inútilmente firme morada, otros soldados, en tantos grupos como calderas había en el campamento, mateaban en aquel instante rayados por espejos metálicos, pues la primera orden que el Comisario dio al llegar fue que en todo momento se mantuvieran armados en previsión de un ataque, ya que se corrió que Don Juan tenía un mundo de parciales en el monte. De cuando en cuando uno se desplazaba con su “pava” hasta el gran fogón de los asados, y la situaba junto a las brasas. Al empezar a salir un vaporcillo por el pico, el diligente cogía su sable sin desprenderlo de su cadeni-lla, y aguardaba todo oídos. Surgía de la negra panza un rebullido. El de la tarea, sin desenvainar metía el sable por el asa y alzaba en vilo la caldera para ir a depositarla más lejos, en el suelo. Entonces tronchaba un manojo de pasto y, con él protegida la mano, cogía el recipiente todavía bullen-

do, y así, sin quemarse, la llevaba hasta los suyos. A media cuadra, metros más, metros menos, de la entrada del pasadizo, bajo el tala —la mitad el cuerpo, azul; la otra mitad, roja—; el mismísimo Comisario Tigre estaba sentado sobre un tronco derrumbado, la espada entre las piernas, el empenachado quepis a la nuca, con el empaque del toro cuando mira por entre las astas, que es el momento de la embestida. Ya sabemos lo que unas semanas antes le sucedió al uniforme de diario, al cual planchaba el Asistente Mirasol; dijimos que éste se distrajo y que, cuando el tufo a quemado lo atrajo de un empujón a su realidad, sintió aparecido el momento de abandonar la patria. Había encargado al pueblo otro uniforme, el Comisario. Pero, mientras, no tenía más remedio que andar de gala todo el santo día. En el fondo, en el fondo esto no le disgustaba. Es que ¿a quiénes, en vez de con esta ropa, no nos gustaría presentarnos ante la gente con el pecho hecho un bordado de oro y de alamares, con unas soberbias charreteras, y al caminar meciendo en la cabeza un rojo plumacho? Entrecasa o a la sombra, no tanto; mas cuando a uno le cae de lleno el sol y empiezan a verse un zurcidito, o un botón de otro color... Ahora, allí mismo, al ralo cobijo de aquel tala, cualquier escurridura de la luz lo hacía largar al Comisario Tigre destellos llamativos hacia el campo inmenso. Claro que, en esta oportunidad, él no estaba para atender al goce del efecto. Con el toro lo comparamos líneas arriba. También con el pozo al que se le ve la boca, pero no abandonar su mutismo. O con un cerro, al cual ya de lejos el viajero le distingue que lo está filiando de arriba abajo y con adustez.

Frente al Comisario Tigre, asimismo como enmudecido con candado, el Cabo Pato, de venda al pescuezo, tenía por asiento sus cojinillos. Le cebaba mate sin alzar la cabeza ni para servirlo, al empacado. Es que no se animaba a afrontar sus duros ojos, como si le cupiera alguna responsabilidad en la segunda furia del Comisario: la que lo puso hecho un volcán. La primera estalló al enterarse de la desaparición del

Asistente Macá y del desacato del Sargento Primero. Sus airadas reconvenciones parecieron durar una eternidad a la tropa, sobre todo porque ella estaba aguardando un claro de calma para darle al colérico, con una nueva revelación inaudita, lo que sabían todos que le iba a ser otro golpe más. Paseábase de un lado a otro el Superior, la boca hecha pororó; pateaba el suelo manoteándose el quepis, pues en las sacudidas le andaba sobre la cabeza como maleta de loco... Pero cuando dejó de proferir y se sentó resollante sobre aquel tronco en procura de recuperación, ¡ahí fue la cosa! El que, vuelto por completo tartamudo, se decidió a enterarlo —porque nadie quería empezar— fue el Cabo Pato. Y ahí se volvió a parar el Comisario Tigre. Ahí rodó, no más, por el suelo el quepis, revolcando ese plumacho.

— ¿Pero, manga de zaparrastrosos, cómo me lo dejaron desertar a ese mosca muerta de Cabo Lobo sin hacerle frente? ¿Pero cómo no me le metieron bala? ¿Conque le dio la mano a todo el mundo? Y ustedes, segurito estoy, diciéndole: “¡Qué te vaya bien!”... Y él se estará riendo a estas horas de mí y de la Autoridá entera, de mucho mate y mucha camaradería en el monte con los otros perdularios... ¡Ah...!, ¡ah!, ¡si fusilándolos a toditos ustedes, recién, recién se les empezaría a aplicar lo que merecen...!

Pero ahora, a la sombra del tala, era toro, sí, el Comisario. Era cerro, era pozo.

Sin quepis, sin espada, con un culero de delantal en protección de las rojas bombachas, el Fajinero Mao Pelada, saliendo y volviendo a acogerse a la sombra del gran ombú, con mucho recogimiento interior preparaba su fuego en el momento espantoso. Aquellos troncos ardiendo pronto serían machacados unos con otros, se desharían en brasas. Luego, el largo palo de punta retostada las desparramaría. Y desde el suelo, sin apuro, ellas irían dando bien repartido calor sobre las dos ovejas todavía pendientes de una rama del ombú y ya cuereadas y ya limpias, ya con firmeza abiertas de par en par por las respectivas dos estaquillas que man-

tenían muy separados y tensos los cuartos.

Próximo al tieso y de fusil al hombro Soldado Cuzco Overo apostado ante el pasadizo, el barril del agua, dormido a la sombra de un tala sobre su rastra de ñandubay y con un jarrito de lata encima, mostraba en torno de su boca revoloteos minúsculos, casi como en un juego. En aquel momento grises "vaquillas", avispas de talle ceñido, "guitarreros" metálicos, torpes mangangaes de pechadas imperiosas, modestos gorgojos, moscardones esmeraldas, inocentes San Antonios, el feroz mamboretá giraban, se alejaban, volvían, posábanse un instante en los sitios donde el jarro, al salir, había derramado, chupaban un instante la frescura, mientras con timidez, sin animarse mucho, alguna mariposa y la brisa también, andaban a ras del suelo contentándose con los pequeños hilos de agua que la ancha sed de la tierra borraba al ratito sin dejar rastros.

De pronto, quien se hallaba de guardia, el Soldado Cuzco Overo, abrió tamaños ojos, dio un resoplido y, sin creer lo que veía, se recostó al barril, cuya agua resonó al ser sacudida con tal brusquedad. Todo el mundo quedó de pie y se inmovilizó en su sitio como si, en vez de por desgracia hallarse realmente allí, sólo estuvieran sus estatuas. Era que, la cabeza erguida, la mirada extraviada en la lejanía, las manos cruzadas y posadas sobre los hombros, una de azul y blanco había aparecido en la salida del pasadizo...

Sin bajar los brazos, como quien no se ha desprendido aún de las mallas del sueño, ella pasó lentamente la mirada por tantas formas quietas; quietas, sí, aunque vestidas de rojo hasta la cintura. Así uno da un paso y se para en el interior de la Iglesia... y a su frente y a los costados ve a los Santos, cada cual con su soledad y su silencio.

Ninguna espuela rozó el suelo, ninguna diestra se tendió hacia la empuñadura de su sable o hacia el mango de la pistola de reglamento, como tampoco se escuchó el más mínimo rechinar de cadenillas, pues los colgantes machetes de golpe parecieron, más que verdaderos, tan sólo pintados al



lado de sus tiosos dueños. Asomados los dedos, las botas de potro debieron dar idea de que habían echado raíces. La luz del sol, de tan fija, era una astilla de vidrio sobre el hule de la visera que agarrara en descubierto. Y a la sombra de sus respectivos árboles, con quién sabe qué presentimiento, todas las cabezas de los caballos se habían tornado en dirección de la Mulita y, también, aguardaban quietas; igual, pues, a las de la soldadesca y a la del Fajinero Mao Pelada, quien mantenía en la siniestra enorme cucharón goteando. Lo único que se movía, desde muy lejos, desde el bajo del arroyo, era el Voluntario Terutero corriendo a pie, entre revolidos del poncho, desesperado porque venía calculando que se perdería lo mejor.

Por fin —la mirada siempre por encima del ornado quepis del Comisario Tigre, sin ver ni a éste ni a los dos Cabos— la forma azul y blanca comenzó a avanzar, siempre cruzadas las manos sobre la garganta.

Aquí sí, entonces, se desprendió un rumor de metal de la izquierda de cada Soldado. Y rascó el suelo alguna espuela y palpitó la luz en el hule de las viseras. Los caballos, al ruido, movieron todos sus testas, cada cual hacia su dueño. Y, luego, todos —amos y cabalgaduras— quedaron mirando al Comisario que, el cuerpo bastante inclinado hacia adelante, como el de quien se agazapa, retrocedía para mantener la distancia con aquello lento que se le venía.

Miraban todos y se encandilaron. Porque al salir de la sombra del tala, a la vez que su rojo de sangre acentuaron las bombachas, chispas ardiéronsele en los talones; y el fulgor de los entorchados, del sable y de su empuñadura, el del lustre de las botas de charol dejaban al Jefe como vi- viendo adentro del fuego, aunque en la oscuridad del pecho, sin embargo, su corazón feroz desfallecía por instantes, lo que nunca, y le empezaba a hacer tragar saliva fría. Y así, a cada paso atrás estremeciendo destellos, centelleos, flamas con los que la luz inútilmente lo mordía, el Comisario Tigre hasta a la distancia provocaba parpadeos cuan-

do, de súbito, apagáronse los brillos. Era que, en rudo contronazo, armas y uniforme quedaron al cobijo de corpulento ceibo en flor. Asimismo de golpe, a los expectantes subalternos se le secaron, dilatándose, las pupilas, con cada ceja como arco, no sólo por la dificultad de estar viendo ahora al Jefe en la penumbra sino, también, por el asombro de apreciarlo bajo brusco chaparrón de cien flores punzó.

Dado con las asentaderas el choque —ya precisamos que retrocedía como quien se agazapa, muy inclinado hacia adelante— el pudor del Tigre hízole volar el espanto y atrajo un ardor furioso. Soldados y cabalgaduras presenciaron cómo el Jefe, en su iracundia, se sacudía purpúreas salpicaduras. Pero los rojos pétalos —cuando no corolas enteras— todavía seguían lloviéndole al propagarse el sacudón por el ramaje todo, hasta por el de más arriba. Le rodaban ellos cual gruesos goterones; se le quedaban en coágulos sobre los hombros y dentro de la oquedad del quepis; más tarde, al él continuar su retroceso, debió andar un trecho pisando cuajarones.

Cuando, sin mirar el obstáculo, lo desvió el Jefe, volvió a quedar en llamaradas desde el quepis hasta las espuelas. Y otra vez encandilando pingos y milicos, siguió hacia atrás, a medida que la Mulita, como ciega, como sonámbula, avanzaba hacia aquella fulminación. Mate en mano, el Cabo Pato se le había apartado al Superior como si éste ya no fuese su Comisario o, con más exactitud, como si el propio Cabo no hubiera pertenecido jamás al personal de la policía, o, mejor, como si él, en el pago, fuera forastero de lejos. A varias varas de distancia, pues, sumaba su mirada a la de los demás subalternos y a las de la caballada, fijas todas sobre el hervor de la empuñadura de oro, sobre aquellas botas ardientes, sobre aquellos entorchados flamígeros, sobre las ascuas de aquellas charreteras. Todos, todos vieron, pues, la diestra del Superior descender con lentitud entre las flamas hasta posarse sobre el mango de una de las pistolas. Todos siguieron a ésta abandonar su canana,

horizontalizarse, subir de a poco, varias veces, y, después, bajar, bajar en forma casi imperceptible para gente que no fuera de armas. Y vieron cerrarse duramente el ojo izquierdo del Comisario, cerrarse mientras el derecho se hacía más, más brasa.

Junto con los dos estampidos hubo un blando abatirse azul y blanco sobre los pastos. Y en el contorno se produjo tal inmovilidad durante un momento —bombachas y chaquetillas como de plomo, vidrio los ojos de los caballos, el cucharón del Fajinero todavía pendiente, todavía sin cerrar a boca del Soldado de guardia— que, de lejos, la escena se hubiera creído apreciada sobre un vasto telón recién terminado de pintar.

Lo único que evitaba la suposición era el husmear de las bocas de la aún extendida pistola del Comisario Tigre. Y los acercantes revolidos del poncho del Voluntario Teruero.